JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



¿Qué hace una mujer cuando el hombre que quiere la rechaza, y su hija perece en el coche que ella conduce? Finge que todo marcha bien y asiste a una fiesta. Y luego a otra... y a otra... ¿Y qué hace esa misma mujer cuando su hombre aparece para decirle que su hija vive, pero que él ya no la ama, y tampoco su hija? Se quita su vestido de noche y se dispone a pelear... por amor.

México N$3.50 E.U. y Puerto Rico U.S. Dls. 1.75 Argentina $1.50

72

0 10722 83262 9

IMPRESO EN MEXICO

MOMENTO DE AMAR

Amanda Browning

Tiempo para amar
Momento de amar
Amanda Browning

Tiempo para amar (1995)
En Harmex: Momento de amar (Colección Julia)
Título Original: A time for love (1992)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 759
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Tyler Monroe y Claudia Webster o Peterson

Argumento:

¿Qué hace una mujer cuando el hombre que quiere la rechaza, y su hija perece en el coche que ella conduce? Finge que todo marcha bien y asiste a una fiesta. Y luego a otra… y a otra…
¿Y qué hace esa misma mujer cuando su hombre aparece para decirle que su hija vive, pero que él ya no la ama, y tampoco su hija? Se quita su vestido de noche y se dispone a pelear… por amor.

Capítulo 1

Claudia dormitaba cuando una risa infantil la despertó. Se dio cuenta del sol arriba de su espalda, de la arena bajo sus pies… y más gritos. ¡No! Nadie conocía esta playa, por eso había venido aquí, para cargar sus baterías físicas y emocionales.

Estaba agotada de haber viajado seis meses a través del Atlántico, asistiendo a reuniones interminables con abogados, y visitando las diversas fundaciones con las que estaba relacionada. Se sentó para protegerse los ojos del sol.

Una niña no mayor de siete años jugaba en el agua poco profunda a unos cuantos metros de ella, y la observó con dolorosa fascinación. La tristeza la obligó a cerrar los ojos, y en su mente apareció otra niña de la misma edad, cuyas facciones eran vagas e indefinidas, pues no tenía, ni jamás tendría una foto de ella.

Era demasiado. Se paró para ponerse sobre el bikini unos pantaloncillos blancos y una blusa verde, y deslizó los pies dentro de las sandalias. Tomó sus pertenencias sin importarle su huida precipitada; no podía quedarse allí más tiempo. Después de meter todo en el Ferrari, se acomodó detrás del volante y puso en marcha el vehículo.

Los ojos azules de Tyler More observaban impasibles la silueta del coche rojo deportivo cuando inició el descenso de la carretera que zigzagueaba. La luz del sol se reflejaba en el metal brillante y en la ladera rocosa mientras el conductor tomaba las curvas a una velocidad que rayaba en la insensatez.

La brisa del mar movía los mechones negros de su cabello, mientras que el ruido gutural del coche se escuchaba cada vez más cerca.

El Ferrari había llegado a la parte más baja de la ladera y procedía a tomar la curva pronunciada de la bahía, a una velocidad cercana a los ciento ochenta kilómetros por hora. Las facciones varoniles bien delineadas, escasamente demostraron emoción alguna al presenciar esa hazaña. Era un rostro orgulloso, duro y guapo al mismo tiempo. Aunque la mandíbula demostraba firmeza, la boca era sorprendentemente sensual y al volverse a mirar el coche rojo, una mueca irónica se dibujó en ella.

Cuando el Ferrari tomó la última curva antes de perderse de vista, por un instante vislumbró una cabellera castaña que volaba por el viento, y sólo el ruido del motor resonaba en sus oídos. Segundos

después reinó el silencio y él se dio la vuelta y sus largas piernas cubiertas por jeans desteñidos se tensaron cuando se inclinó hacia adelante. Las mangas arremangadas de su camisa de seda mostraban sus antebrazos fuertes quemados por el sol, el cuello abierto dejaba entrever un pecho con abundante vello. Sus manos se extendieron contra el cemento de la pared de piedra que dividía la terraza del acantilado, y esperó.

Ahora aparecía una fría sonrisa en sus labios, y sus ojos inexpresivos contemplaron el mar.

Claudia detuvo el coche frente a la villa y con tristeza vio el Alfa Romeo estacionado ahí y sujetó con fuerza el volante. Tenía la esperanza de que, al menos por una vez la casa se encontrara libre de visitas. Sin embargo, con un repentino cambio de actitud, tan común en ella, decidió que después de todo, una compañía le resultaría agradable. Su repentina huida de la playa fue inútil. Jamás lograría escapar de aquel tormento… era su eterno acompañante.

A pesar de sus esfuerzos, el trabajo no podía absorber todo su tiempo, después de épocas de excesivo trabajo se presentaban semanas de ociosidad, por lo que quizá necesitaba compañía. Cualquier cosa que la hiciera olvidar el pasado. Y si eso fallaba, podía siempre invitar a amigos. No obstante que la villa era propiedad de su tía Lucía, Claudia estaba consciente que no daría molestias, ya que Lucia adoraba las fiestas; y para Claudia eran un bendito pasatiempo en momentos de tensión.

Después de recoger su bolso de playa, salió del coche y entró en el vestíbulo. Con paredes blancas y techo verde, la villa era un oasis en los calurosos días del verano italiano. Los escalones de las terrazas daban acceso al acantilado empinado y a la piscina, y más allá, a unos cuantos metros, estaban las brillantes aguas del mar de Liguria.

Claudia regresó aquí seis años atrás como un animal herido, y con el tiempo encontró un poco de paz que la libró de enloquecer. Pero su vida había cambiado. Quizá sería más exacto afirmar que había perdido el interés en vivir. Sólo existía ahora la sombra de lo que alguna vez fue, y pasaba los días en una búsqueda constante de lo inalcanzable. Trabajaba y se divertía en exceso; y sin embargo los momentos como hoy, le recordaban que era sólo un hermoso caparazón vacío.

Esa afirmación era cierta, ya que se trataba de una bellísima mujer. Claudia buscó el cepillo en el bolso de playa para arreglar su hermoso cabello castaño que le llegaba hasta los hombros. El loco trayecto dio color al tono dorado de su piel… un color natural heredado de la blancura de su padre y de la belleza latina de su madre.

Fuera de eso, sólo se parecía a su padre en la altura y en la esbeltez. Su cintura era delgada también, y su busto turgente y firme. En su adolescencia, su atractivo fue para ella un tormento, pero ahora aceptaba con modestia la voluptuosidad de su figura. ¿Quién mejor que ella podía afirmar que los pómulos sensuales, los ojos grandes color café, y los labios carnosos eran felicidad?

Pero dentro de ella existían aún los remordimientos. Esa culpabilidad que continuaba destruyéndola día a día. Un desgaste constante que con el tiempo terminaría con ella. Estaba consciente que ése era su castigo… un tormento prolongado era el precio que debía pagar.

Unos pasos apartaron a Claudia de aquellos recuerdos sombríos, y sacando el pecho se volvió hacia Seraphina, el ama de llaves de su tía. Vestida de negro, con un delantal impecable, la regordeta mujer se paró de manera respetuosa a unos cuantos pasos de ella, las manos cruzadas debajo de su abundante pecho, una ligera mueca oscurecía su cara alegre.

—Llegó antes de lo previsto, *signorina* —hizo la observación.

Claudia volvió la cabeza para meter el cepillo en el bolso, disimulando un gesto irónico en sus labios.

—Había mucha gente en la playa, por lo que decidí regresar. Veo que mi tía tiene visitas.

—La *signora* fue a Génova. El caballero llegó hace una hora preguntando por usted. Le informé que no estaba y que ignoraba a qué hora regresaría, pero insistió en esperar.

Claudia frunció el ceño mirando por delante de Seraphina como si pudiera traspasar con la vista las gruesas paredes, para ver quién era el visitante. Sin duda un extraño, o el ama de llaves se lo habría dicho.

—¿Mencionó qué quería o quién era?

—Sólo que quería vería, *signorina*. Habla muy poco, este señor inglés.

Inglés. Trató de disimular su repentina sorpresa. Conocía a señores de todas las nacionalidades y probablemente encontró a éste en alguna fiesta y la había venido a visitar, debido principalmente a la reputación que se creó desde que vino por primera vez a Italia. Su estilo de vida posterior nunca borró aquel comienzo, debido a que ciertas gentes de sociedad tenían buena memoria. No obstante, ahora era una experta en ponerlas en su lugar.

—¿Dónde está?

—Cerca de la alberca, *signorina*. ¿Se cambiará antes de ropa?

Claudia echó un vistazo a los pantaloncillos que dejaban al descubierto sus piernas bronceadas, y la blusa de seda.

—Estoy presentable. Tomaremos café en el patio, Seraphina.

El ama de llaves se alejó parloteando al tiempo que sacudía la

cabeza, y Claudia sonrió a sus espaldas. Después de tantos años de trabajar con la familia Assanti, Seraphina aún no olvidaba sus ideas pasadas de moda sobre la corrección. Ni Claudia ni su tía soñarían jamás en reírse de ella, pues la amaban y respetaban como si perteneciera a la familia.

Al pasar por la casa, Claudia salió al patio y con la mano se protegió los ojos del sol mientras localizaban a la visita. Casi de inmediato la descubrió, una figura solitaria que le daba la espalda mientras miraba el mar.

Algo en la manera de pararse, la obligó a bajar la mano con lentitud, y el corazón le dio un vuelco. Había algo familiar en la forma en que el desconocido movía los hombros y en el porte orgulloso de su cabeza. Mientras bajaba por las terrazas para acercarse a él, una sensación incómoda la invadía. Sin ver su cara, aquella estructura musculosa, los hombros anchos y caderas delgadas, hablaban de un hombre de fuerza considerable, tanto en lo físico como en lo mental. Ahí estaba alguien que sabía con exactitud quién era, sin necesidad de probarlo. Emanaba una atracción poderosa que ella percibía, incluso en la distancia.

Había conocido sólo a un hombre con esa poderosa combinación. Sólo un hombre poseía esa virilidad a un grado tal, que brillaba a su alrededor, como un aura. Y sabiéndolo, Claudia caminó más despacio.

Tyler.

Como si el pronunciar su nombre en silencio lo hubiera alcanzado con toda la fuerza de una llamada de clarín, se enderezó, volviéndose con lentitud hacia ella, sus ojos la traspasaron antes de examinar, sin prisa, la figura inmóvil de la anfitriona.

A pesar de su sobresalto, Claudia sintió aquellos ojos en todo su cuerpo. Su mirada era como una insolación, y tembló cuando el calor de una intensa ola de emoción la invadió, apretando sus músculos, destrozando sus nervios, acelerando el latido de su corazón. Alguna vez lo amó con todos los átomos de su ser. Le había dado la felicidad más grande… y el dolor más profundo cuando desapareció de su vida. Ahora comprendía que no había logrado olvidarlo. A pesar de todo, reaccionó como lo hizo aquella primera vez, con toda la pasión de su naturaleza.

Pero la vida le había enseñado lecciones muy dolorosas, y lo más importante era recordar en este momento que ese hombre no podía olvidar, ni tampoco perdonar el pasado. La causa que lo trajo aquí de ninguna manera estaba relacionada con el amor ni con algo similar. Tratando de ponerse una máscara en la cara para disimular su emoción, no obstante que la palidez de sus mejillas la traicionaba, avanzó en dirección a él.

—Hola, Tyler —el saludo parecía extrañamente ronco, como si su

voz estuviera oxidada.

—Claudia —ninguna calidez en esa palabra, sólo pronunció su nombre con seriedad.

Nada había cambiado. No era que ella lo esperara, ya que para Tyler lo único que importaba era lo que estaba escrito. Ella se encontraba al margen de la sociedad, y estaba destinada a permanecer ahí para siempre. Bajó sus oscuras pestañas para disimular su reacción.

—¿Qué haces aquí?

Apoyándose sobre la barandilla, Tyler cruzó los brazos.

—Admiro la vista —con ironía arrastró las palabras, al tiempo que miraba las bien formadas piernas de su interlocutora.

Claudia ahogó un jadeo mientras el color regresaba a sus mejillas. La insolencia de sus palabras y de su mirada era algo nuevo en él, y el sobresalto la entumeció de manera automática.

—Ya conocías mis piernas; no son un misterio para ti —levantó el mentón en señal de autodefensa, reacción que divirtió a Tyler.

—Quizá no, pero siempre fuiste una mujer muy atractiva, Claudia —inclinó la cabeza esbozando una sonrisa burlona.

Ella abrió los ojos desmesuradamente. Esta táctica era distinta. Desde el día en que se separaron, había aprendido nuevos métodos para herirla.

—Si supones que debo sentirme halagada, te equivocas —instintivamente cruzó los brazos en un ademán de defensa femenina —. Concrétate a informarme por qué estás aquí Tyler, y luego márchate. No tengo tiempo para tus jueguitos absurdos —replicó con toda la dureza que logró reunir.

—¿Por qué? ¿Qué tienes programado para esta noche? ¿Una fiesta desenfrenada o un chapuzón a media noche? Por fortuna, en Italia abundan las fuentes, y necesitarás una vida para probarlas todas. Un cambio total de profesión —reflexionó él con desprecio.

Al oírlo mencionar el incidente de la fuente, Claudia hizo una mueca de contrariedad. Esto había ocurrido poco después de su regreso a Italia. Su desenfreno de entonces, rayaba en la locura. Su desesperación la obligó a hacer tantas cosas. En un momento de imprudencia, después de una fiesta de toda la noche, se metió a una de las fuentes más grandes de Roma… completamente vestida, pero el agua ciñó el vestido a su cuerpo convirtiéndola en algo digno de verse, y por desgracia un fotógrafo que estaba presente, aprovechó al máximo ese momento. Al día siguiente su fotografía apareció en la primera plana de los periódicos y los periodistas morbosos, a partir de entonces, tomaron nota de todo lo relacionado con ella.

Sus escándalos habían disminuido, porque el tiempo logró curar algunas de sus heridas, pero tenía mala reputación. Ya estaba

acostumbrada a encogerse de hombros para salvar su propio orgullo, y por eso ahora prefirió sonreírle.

—Tendrás que esperar, como toda la gente, a leer los periódicos de mañana.

—Gracias, pero prefiero no hacerlo. Tu vida actual es una repetición constante, querida. Es más, corres el peligro de convertirte en una lata. ¿Qué sucede? ¿Ya te aburrieron tus desenfrenos? ¿Es ése el motivo de que corras a toda velocidad… buscando emociones? Observé tu llegada; conducías como si no existiera el mañana.

Inconscientemente acertó. Claudia borró la sonrisa y dejó de mirarlo a los ojos. Caminó hacia la pared para apoyarse en ella, contemplando el mar ondulante.

—Siempre existe un mañana. Mañana, mañana y mañana —repitió inexpresiva. Una sucesión interminable de mañanas—. Si te preocupa que choque o que me estrelle en el acantilado, olvídalo. El destino tiene otros planes para mí —agregó, consciente de que él no le quitaba la vista.

—Es una presunción peligrosa creer que gozas de una vida libre de peligros —comentó Tyler, con frialdad.

—¿Una vida sin peligros? —parecía una opción divertida—. Supongo que así la considerarías tú —la verdad era más dura. Durante el resto de su vida tendría que pagar por sus pecados.

—Sobreviviste a un accidente. No tenemos derecho a más.

Claudia palideció cuando él nombró la vieja herida que jamás se curaría. Sin embargo, como de costumbre, ocultó su desesperación detrás de una máscara de desprecio.

—¿Por qué has venido, Tyler? —demandó, por tercera vez.

Sus fingidos buenos modales lo abandonaron, cuando la retó con una mirada que demostraba todo su desprecio por ella.

—En realidad, no lo sé. Estaba feliz de haberte olvidado por completo. Si no fuera por Natalie, jamás hubiera vuelto a acordarme de tu existencia.

El corazón de Claudia dejó de latir, y se quedó fría. Se volvió hacia él con un rostro pálido… desencajado.

—¿Quién? —dijo la palabra con un susurro de incredulidad ya que ese nombre la destrozaba.

—Maldición, ¿te fue tan fácil olvidarla? —la violencia en el rostro de Tyler era aterradora—. Natalie. Trata de recordarla, Claudia. Natalie… ¡tu hija! —el desdén de él la lapidó.

Claudia se tambaleó ante el dolor que la atacaba por todas partes. No le importaba que su cara revelara su enorme tormento.

—¡Canalla! Maldito ca… —la palabra se convirtió en un gemido torturante, y corrió hacia las terrazas hasta quedarse sin aliento.

Su respiración acelerada y sus sollozos habían acallado las pisadas

de él. Se dio cuenta de que Tyler la había seguido, cuando dos manos fuertes le sujetaron los brazos en el momento en que llegó al patio. Fue inútil que tratara de liberarse. No le quedaba otra alternativa que obedecerlo, su pecho palpitaba por el esfuerzo, y sus ojos brillaban por las lágrimas.

Detrás de ella, la voz de Tyler le lanzó la pulla.

—¿Sigues evadiendo tus responsabilidades, Claudia?

—¡Te detesto! —exclamó sollozando.

—El sentimiento es mutuo, querida. Sin embargo, vine a hablarte de Natalie, ¡y tendrás que escucharme! —declaró contundente, mientras ella hacía una mueca de dolor.

¿Qué trataba de hacerle, destruirla por completo?

—¡Natalie está muerta! —exclamó, su voz se desgarraba por tener que admitirlo.

—Sin duda, te resultó muy cómodo pensar que lo estaba —opinó Tyler con voz cáustica.

El corazón le latía con fuerza, mientras que con una lentitud terrible, el significado de sus palabras atravesaba la pared de la culpabilidad de ella. Se volvió hacia él, sus ojos llenos de confusión.

—¿Qué quieres darme a entender?

—¿Qué imaginas? —le echó en cara.

—¡Canalla, deja de burlarte de mí! ¿Cómo puedes ser tan cruel? Antes no lo eras. Natalie está muerta, ¡y yo la maté!

—Natalie está tan viva como tú y yo —frunció el entrecejo.

La categórica afirmación la dejó sin respiración y la sangre se le congeló. Comenzó a sudar y con un grito inarticulado, Claudia se desplomó en el suelo.

El mundo se infiltró en su mente con el estallido de un látigo, y la regresó contra su voluntad a la realidad. Gemía mientras trataba de salir de la oscuridad para ver la luz, y por un momento no fue capaz de recordar dónde estaba. Sintió que una mano le golpeaba insistentemente las mejillas y gimió de nuevo. De inmediato, la mano dejó de golpearla y se deslizó debajo de sus hombros para levantarla. Un vaso hacía presión sobre sus labios y una voz familiar la instaba a que bebiera. Sin voluntad para luchar, obedeció y estuvo a punto de que le dieran náuseas por el *brandy* que bajaba por su garganta, y que al fin hizo su efecto.

Al abrir los ojos, enfocó la imagen borrosa de la cabeza de Tyler cuando se volvió hacia la mesita del café para colocar el vaso vacío. Como si un interruptor hubiera sido conectado, sintió que el pulso comenzaba a agitarse al recordar cuando le acariciaba a Tyler el cabello con los dedos. Sin proponérselo, levantó una mano para

alisarle el grueso cabello y no podía dejar de hacerlo; era como si un imán poderoso la obligara a seguir su tracción invisible.

—Tyler —su propio tono de voz, ronco y cálido, traicionó su deleite de tocarlo, el hecho de sentir el brazo de él debajo de ella desencadenó espirales de placer que dieron vida otra vez a su sistema nervioso. El *brandy* la había calentado por dentro, y el movimiento acariciante de su mano, establecía una languidez deliciosa en todo su cuerpo. Este era Tyler, y ella lo amaba. Lo amaba como a ningún otro hombre, y nunca lo olvidaría.

—¿Qué diablos haces? —las bruscas palabras rompieron el hechizo que había sentido dentro de ella.

Sus mejillas se arrebolaron y palidecieron de nuevo cuando Tyler se levantó para alejarse de ella. Mientras trataba de ponerse de pie, recordó lo sucedido y se dio cuenta que estaba en un pequeño salón, en un sofá, donde Tyler debió haberla llevado, después que se desmayó, por haber recibido una noticia para la que no estaba preparada. Durante segundos permaneció inmersa en el pasado, olvidando la triste realidad.

Lo miró a los ojos.

—¿Natalie? ¿Vive Natalie? —casi no se atrevía a formular la pregunta por temor de que ahora la desengañara.

—Está viva —confirmó él.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas, como si fuera incapaz de controlarlas. Claudia se tocó la cara con las manos como si algo dentro de ella, que durante seis interminables años estuvo muerto, resucitara. No podía creerlo. Pero sabía que Tyler no le mentiría, porque incluso su odio por ella era sincero.

Por un momento dejó de respirar, las lágrimas disminuyeron al comprender que Gordon le había mentido. Cuando su esposo entró en la habitación del hospital que ella ocupaba, y con lágrimas en los ojos le informó que Natalie no había sobrevivido al accidente automovilístico, la había engañado. Gordon estaba consciente que sin su hija la vida no tendría sentido alguno para ella, porque era lo que más quería en el mundo. Le quitó a su hija, sumiéndola en un período de seis años de tristeza y culpabilidad.

Aunque resultaba increíble, de Gordon podía esperarse cualquier cosa. Lo conocía muy bien. Le había quitado a Natalie, no porque quisiera tenerla a su lado, sino sencillamente para que ella, Claudia, no se quedara con la niña. Mientras viviera, jamás podría perdonarlo.

Miró para arriba, y de pronto se le ocurrió que algo no encajaba.

—¿Por qué cambió Gordon de opinión? —preguntó con voz aguda por el recelo.

—¿Gordon? —Tyler parecía sorprendido.

Claudia se separó del sofá.

—Debe existir una razón. Hace seis años me dijo que Natalie estaba muerta. Ahora te envía a informarme que vive. ¿Por qué? ¿Para torturarme con su sadismo?

—Gordon no me envió aquí. Murió hace seis meses en un accidente aéreo.

—¡Hace seis meses! —Claudia se tambaleó ante este nuevo descubrimiento.

—No hay necesidad de que finjas sorpresa —Tyler entrecerró los ojos—. Te escribí hace seis meses para informártelo.

Entonces comprendió lo que había sucedido, en su mente recordó el montón de correspondencia sin abrir que estaba sobre su escritorio. Había estado fuera de su casa por meses, y habiendo regresado unos días antes, no había abierto el correo.

—No he visto las cartas. No he estado aquí por largo tiempo. Pero… Natalie. ¿Quién se está haciendo cargo de ella?

—Natalie vive conmigo —le informó Tyler sin emoción—. Gordon me nombró su tutor.

Claudia estaba aturdida de que aun después de muerto, Gordon siguiera haciendo su voluntad, y sus ojos brillaron de ira incrédula.

—¿Te la entregó a ti? Es mi hija. ¡Cielos, soy su madre! ¡Tengo el derecho de que esté conmigo! —se quedó sin respiración.

—¿Te preocupa tu hija seis años después? —torció los labios con desdén—. Si te importaba Natalie, debiste solicitar su custodia cuando te divorciaste. Ambos sabemos que no lo hiciste. Todo lo que te interesaba era el dinero, ¡y en cuánto tiempo lo recibirías! Jamás mencionaste a Natalie. ¿Qué clase de madre es aquella que abandona a un bebé?

Sintió que se le destrozaba el corazón. En la época del divorcio sólo le interesaba terminar con su matrimonio. Lo único que hizo fue instruir a sus abogados que no rebatieran nada y se concretaran a pagar la cantidad acordada cuando se casó. En cuanto a Natalie…

—No la abandoné. ¿Cómo podía solicitar la custodia de una niña que creía muerta? Ya te comenté lo que Gordon me dijo. ¡Debes creerme!

—¿Por qué? —hizo una mueca—. ¿Por qué debería creer a una mujer que oculta estar casada? ¿Qué rompe los votos que hizo, en su búsqueda de diversión? De tus embustes no tengo la menor duda, Claudia ¿verdad? Aunque hubieras mentido para justificar tus acciones, no me interesa. Tus mentiras y burlas se acabaron, porque sé quién eres.

Las palabras la hirieron en lo más profundo, y pálida le volvió la espalda. Jamás le creería, porque le había mentido. No escucharía ninguna explicación ahora, como no lo hizo entonces. Y había destruido su última oportunidad con sus acciones de estos seis últimos

años. A él no le importaban los motivos, y jamás la perdonaría.

Desde mucho antes había aceptado su situación y no estaba dispuesta a suplicar. Si alguna vez se lo preguntaba, le contestaría. Pero hasta entonces, lo único que podía hacer era luchar por su hija. Después de haberla perdido durante seis años, nadie iba a detenerla.

Claudia se volvió hacia él, en su cara se reflejaba una decisión.

—Quiero verla, Tyler —exigió con firmeza—. Quiero verla, Tyler. Ahora.

—No va a ser tan sencillo —no parecía divertido.

—¿Quieres decir que no vas a dejarme verla? —apretó los puños. ¡No lo permitiría! ¡Tenía derechos sobre su hija!

—No dije eso. Comenté que no va a ser fácil. Natalie no está conmigo. La dejé en Inglaterra.

—¿En Inglaterra? —su sorpresa se amortiguó por un pensamiento repentino—. ¿Con tu esposa?

—No estoy casado, Claudia, si es lo que deseabas saber —frunció los labios—. Natalie está en un hospital.

—¡Hospital! —Claudia se desplomó en la silla más cercana—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le pasa? —sintió temores de perder a Natalie antes de volverla a ver. Y todo el tiempo Tyler la observaba con esos ojos calculadores, examinando la sinceridad de cada una de sus reacciones. Cielos, ¿qué clase de persona creía que era? No era necesario preguntárselo. De sobra sabía lo que él pensaba, pero le daba igual. Natalie era lo único que le importaba ahora. La vida tenía un nuevo sentido para ella, y no iba a permitir que nada se interpusiera.

De modo que prefirió no agredirlo.

—Explícamelo —le ordenó osadamente, preparándose a escucharlo.

Tyler también se quedó inmóvil, demostrándole que no era inhumano, y que lo que tenía que decirle era doloroso para él. Claudia se sintió extrañamente agradecida de enterarse de que quería muchísimo a su hija.

—Natalie tiene un problema cardiaco. Se pensaba que sería siempre una inválida, pero ahora, gracias a la nueva tecnología, hay una operación que la curará. Aunque es bastante común, se trataba de una cirugía cardiaca importante. Siempre hay cierto riesgo, y aunque Natalie lo sabe, está dispuesta a que la operen.

Claudia apretó la mano sobre la boca, temerosa de gritar.

—¿Cuándo?

—Mañana —un músculo dio un tirón en la mandíbula de Tyler.

—¿Tan pronto? —Claudia cerró los ojos. ¿Y si saliera mal? ¿Y si no volviera a ver de nuevo a su hija? ¿Por qué no había venido antes? ¿Por qué lo dejó hasta el último momento?

Era como si Tyler casi pudiera leerle la mente.

—No pensaba venir, ya que estoy consciente que Natalie no te importa. Sin embargo, aunque te desagrade, Natalie es tu hija, y tenías el derecho de saber lo que está pasando. Lo que decidas hacer ahora, es cosa tuya —en su tono de voz se adivinaba lo que pensaba que ella haría.

Le deprimía saber que había descendido tanto en la estimación de Tyler, y se mordió los labios con amargura.

—De manera que supones que debo agradecerte que estés aquí. No debió haber sido fácil para ti, tomando en cuenta que me detestas. Debiste usar el teléfono.

—Esta clase de noticias no se dan por teléfono. Tenía que decírtelas cara a cara, aunque significara volver a verte, Claudia. Y ahora debo marcharme —consultó su reloj—. Mi avión sale en tres horas, y no deseo perder el vuelo. Le prometí a Natalie, verla esta noche.

Claudia de inmediato se puso de pie.

—Voy contigo —no era necesario pensarlo. Tan pronto como supo que Natalie vivía, sólo había un lugar donde debía estar.

—No es necesario que te molestes. Nadie lo espera.

Era una pulla deliberada, pues la resistió.

—Pero yo sí. Lo creas o no, siempre he querido a mi hija, Tyler. Contra mi voluntad estuve lejos de ella mucho tiempo, y no voy a desperdiciar ni un instante más. Si no quieres llevarme contigo, iré sola. Mi propósito es estar con ella, y lo haré —le aseguró Claudia con firmeza.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —su mirada era rara, calculadora—. Porque si vienes, no permitiré que te retractes.

¿Acaso la amenazaba con algo que ella desconocía? El corazón le dio un vuelco, pero no había sitio para las dudas.

—Voy contigo —insistió ella.

Tyler guardó silencio un instante, antes de inclinar la cabeza con lentitud.

—Está bien. Ve a hacer tu maleta mientras reservo otro boleto. Saldré en quince minutos, ya sea que estés lista o no.

—Estaré lista —le aseguró mientras llamaba a Seraphina. Lo único importante era que iba a ver a Natalie. No lo interesaba lo que Tyler o cualquier otra persona pensara de ella. Iba a ver a su hija, y eso compensaba todo.

Capítulo 2

Cuando el enorme jet emprendió el vuelo, Claudia se acomodó en su asiento con un suspiro de agotamiento. Las dos horas anteriores fueron ajetreadas. Seraphina le preparó la maleta mientras ella tomaba una ducha, y se ponía un pantalón de algodón blanco y una blusa de seda roja, y le dejaba una breve nota a su tía, prometiéndole telefonearle tan pronto tuviera tiempo.

Al verla aparecer en quince minutos, Tyler la había recibido como una sonrisa burlona, pero ella hizo caso omiso. Se sentó junto a él en silencio cuando viajaron a toda velocidad al aeropuerto.

Ahora los esperaba un vuelo de varias horas, con demasiado tiempo para pensar. Junto a ella, Tyler se acomodaba en el espacioso compartimento de primera clase. Había sido atento y servicial en ayudarla con los trámites, pero sospechaba que se debía a que tenía práctica en hacerlos.

A pesar de todo, lo recordaba cómo un hombre encantador y amable, pero todo se terminó al descubrir la situación civil de ella.

—¿Por qué no intentas dormir? —sugirió Tyler, sobresaltándola.

—No podría.

—Haz lo que quieras. Yo lo intentaré —levantó los hombros y cerró los ojos—. Este es el segundo viaje que hago en unas cuantas horas. Además, anoche tampoco dormí gran cosa —en segundos, ella logró oír su respiración tranquila.

Se preguntaba qué diría él si le dijera que ella también estaba bajo los efectos del movimiento del jet. Claudia podía ver el cansancio de su acompañante en el color grisáceo de su piel. Aunque tratara de disimularlo, estaba tan preocupado como ella. Quizá más, porque había estado más tiempo con esa preocupación. Cómo lo envidiaba. Se le formó un nudo en la garganta y sus ojos brillaron por las lágrimas. ¿Cómo pudo Gordon hacerle esto?

Ella misma podía contestar la pregunta. Para Gordon Peterson, el rencor era una segunda naturaleza.

Tyler se movió para acomodarse, y Claudia brincó al sentir la cabeza de él apoyada en su hombro. De manera automática levantó la mano para apartarlo, pero titubeó. Al mirar su cabello negro, sus largas pestañas, se mordió el labio. Había pasado tanto tiempo desde que estuvo así, cerca de ella, y al oler esa fragancia tan peculiar en él, el corazón le latió de prisa.

Se estremeció ante los recuerdos que llegaron a su mente contra su voluntad.

En percepción retrospectiva Claudia reconoció que a los dieciocho

años, había sido increíblemente ingenua, y casarse con Gordon Peterson fue el error más grande. En aquella época no lo consideraba así. Había significado una forma de independizarse y al mismo tiempo un intento de alcanzar el cariño y el afecto de los que careció toda su vida. Había cumplido un sueño, que la realidad hizo añicos.

Su infancia fue un desastre y casi no recordaba a sus padres. Murieron jóvenes, en el mismo accidente que truncó la vida de los padres de su prima Amelia. Las dos niñas quedaron al cuidado de sus tíos. Claudia sólo conocía a sus parientes americanos, porque a su madre italiana la repudió su familia por su matrimonio con Matthew Webster. Los Webster eran ricos, y no obstante de ser Matthew el hijo menor, a los cuatro años Claudia era la heredera de una fortuna razonable, y vivía en Nueva York, en una mansión enorme.

La mansión y la verdadera fortuna eran de Amelia, pero aun así, a las dos niñas por lo general se les conocía como las herederas Webster. Sus tutores… en realidad sus tíos abuelos… sabían mucho de asuntos de dinero, pero poco sobre niños. Las pequeñas fueron educadas por varias institutrices seguidas de una escuela selecta de educación social para señoritas. Era una atmósfera sofocante, incómoda para cualquier niña y más para alguien con un temperamento latino. Mientras que Amelia parecía adaptarse muy bien, Claudia ansiaba escapar de los confines claustrofóbicos de sus vidas, donde otros elegían con cuidado a sus amigos, y estaban educadas para comportarse como lo que eran… las herederas Webster.

A pesar de su bondad, sus tíos abuelos se comportaban como dinosaurios y les desconcertaban las súplicas de ella de que le permitieran hacer algo útil con su vida. Cuando en una ocasión les pidió que le permitieran trabajar en los negocios de la familia, se rieron de ella. Nadie la comprendía, ni siquiera la tolerante Amelia. El concepto de que una mujer… sobre todo una Webster… "trabajara" era inaceptable. Estaba desperdiciando la inteligencia que había heredado de su padre, y sus tíos abuelos vetaban todos sus planes, dejándola frustrada y triste.

Durante un largo fin de semana en Rhode Island, conoció a Gordon Peterson. La deslumbro con sus atenciones, y debido a su enorme deseo de amar y que la amaran, quedó deslumbrada por el atractivo caballero inglés. Cuando les informó a sus tíos abuelos que pretendía casarse con él, quedaron horrorizados. Se negó a escucharlos cuando lo llamaron aventurero y caza fortunas. Quería a Gordon y no podían impedírselo, porque ya había cumplido los dieciocho años.

No les quedó otro remedio que acceder, pero tomaron la precaución de redactar un contrato matrimonial. Educada bajo tales formalidades, y contenta de no pelear con sus tíos, no tuvo objeción pero Gordon se había puesto furioso, acusándola de dudar de su

honor. Eso debió haberle servido de advertencia, pero cometió el error de explicarle que sólo se trataba de una formalidad, y suspiró aliviada cuando él accedió a firmarlo.

La boda se llevó a cabo con enorme publicidad, y los invitados se contaban por cientos. Fue un día lleno de brillo, felicidad y entusiasmo, y resultaba difícil creer la impaciencia con que se había ido a su luna de miel en las Seychelles. El lugar era idílico, pero qué pronto el idilio se convirtió en algo amargo. Su noche de bodas la hizo abrir los ojos a muchas cosas.

Al principio su relación amorosa fue perfecta. Los besos y caricias de Gordon, poco a poco disolvieron la tensión nerviosa de su cuerpo inexperto. Pero no estaba aún lista para entregarse a él, cuando la rodó sobre la espalda y le abrió, los muslos. Aunque Claudia esperaba un poco de molestia, no la dolorosa incitación que siguió. Su inexperto despertar sexual se evaporó y le pidió que se detuviera, porque la estaba lastimando, pero a Gordon sólo le interesaba alcanzar su propio deleite. Debajo de él, Claudia se mordió el labio para no gritar, y cuando todo terminó, cayó rodando encima de ella diciendo entre dientes "fantástico" antes de quedarse dormido, haciéndola sentir enferma y traicionada.

Al principio trató de justificar la insensibilidad de su esposo, diciéndose a sí misma que su intención no había sido lastimarla, pero cuando la luna de miel terminó, había dejado de hacerse ilusiones. El hombre con el que se casó no existía, nunca existió fuera de sus propios sueños. Gordon era un hombre y un marido egoísta, y sólo le interesaba su propio placer. Cuando ella se quejaba de que la estaba lastimando, se enfurecía. Nadie se había quejado antes, le gritaba.

Cualquier amor que hubiera sentido por él terminó, y comenzó a dudar de que alguna vez la hubiera querido. Jamás olvidaría el momento en que acostada junto a él herida y contusionada, la acusó de ser una prostituta frígida y ella se atrevió a preguntarle por qué se había casado con ella.

—Debido, querida, a que eres Claudia Webster, una caja registradora ambulante, y eres mía. Tu belleza es sólo un beneficio adicional. Aunque hubieras sido horrible, me habría casado contigo, pensando en todo ese dinero —rió—: ¿Comprendes lo que quiero decir? Ven aquí, Claudia, ¡y por el amor de Dios, pon un poco de entusiasmo!

El insulto de su esposo la había herido en lo más profundo, pero a pesar de estar acostada con él, controlando las lágrimas, su orgullo había salido a la superficie. No obstante que ahora aborrecía a Gordon, nada en el mundo haría que regresara a su casa admitiendo haberse equivocado. Nadie se iba a burlar de una Webster, al menos de manera ostensible. Había cometido un error pero no quería que la

compadecieran, ni que le dirigieran sonrisas y miradas burlonas. Cualquier cosa era preferible a eso. Incluso seguir casada con Gordon.

Su alivio cuando terminó la luna de miel y regresaron a Inglaterra fue enorme, e incluso se dio cuenta que casi podía ser feliz ahí. Gordon trabajaba todo el día dejándola sola en la casa, disfrutando los jardines. Incluso habría estado contenta si la hubiera dejado sola, pero su pasión por ella no disminuía, a pesar de la falta de respuesta de ella, y Claudia lo encontraba degradante.

Estaba consciente que en poco tiempo le pediría dinero, y un día había llegado a su casa con enormes planes para comprar un terreno y convertirlo en un club exclusivo. Con tranquilidad, ella le había preguntado cuánto dinero necesitaba, y al escuchar la suma se tambaleó.

—No tengo esa cantidad —le dijo simplemente, y él rió.

—Por favor, las Webster son millonarias.

—Yo no —se sentía enferma—. Tengo algunos miles y no podré recibirlos hasta que tenga veintiún años.

—Tratas de engañarme —la cara de Gordon se descompuso—. No creas que no comprobé que eras mayor que tu prima.

—No averiguaste lo suficiente —Claudia temblaba de repulsión—. Sí, soy mayor que Amelia, pero mi padre era el hijo menor. Te equivocaste al escogerme a mí. Amelia es la heredera, no yo —había sentido enorme satisfacción en aclarárselo. Un halago a su orgullo herido.

El coraje de Gordon se convirtió en venganza. Durante días no lo vio y cuando regresó a su casa, comenzaron una serie de aventuras, que nunca trató de ocultarle. Cuando le reclamaba, la atractiva cara de él se deformaba por una sonrisa burlona.

—Si no te gusta, ¿por qué no regresas con tu familia? —le había lanzado la pulla—. Pero tú orgullo te lo impide, ¿no es cierto, Claudia? ¡Pobrecita mi pequeña Claudia, nadie la quiere!

Ya no estaba dispuesta a aguantar más. En vez de lamer sus heridas, se había revelado. ¿Por qué debía permanecer casada con un hombre que aborrecía y que con frecuencia abusaba de ella verbal y físicamente? Su orgullo mal entendido la había mantenido junto a él. Su debilidad permitió que él ganara, pero ahora había descubierto dentro de ella una fuerza y decisión. Se divorciaría de Gordon, para empezar una nueva vida.

Sin embargo, se necesitaba una planeación cuidadosa, pues no pensaba que Gordon con facilidad le permitiera marcharse. Cuando le informó que pensaba tomar unas vacaciones, no le había hecho un escándalo, por lo que supuso que en su vida existía una nueva mujer.

Se había ido a Italia. Tiempo antes, entre los papeles de su madre, había descubierto quiénes eran sus familiares italianos, y se puso en

contacto con la hermana de su madre. Su tía Lucia la había recibido con cordialidad, y de inmediato notó que Claudia no usaba su anillo de bodas. Se abstuvo de hacerle preguntas, y escuchó a su sobrina cuando finalmente se decidió a ponerla al tanto de todo.

Confiar en alguien que se interesaba por ella le quitó un peso de encima, y comprendió que lo mejor sería divorciarse. En realidad, al salir de Inglaterra lo había abandonado, y cuando regresara recogería sus cosas para mudarse.

Más tranquila en cuerpo y espíritu, había comenzado a explorar los hermosos paisajes de Italia, y en una visita a unas ruinas romanas conoció a Tyler. Literalmente se había tropezado uno con otro. Siempre recordaría ese momento. Cuando él alargó la mano para sostenerla, el sol parecía brillar con más fuerza. El canto de los pájaros era dulce y el perfume de las flores la había intoxicado… y él también lo percibía. Se adivinaba en su mirada aturdida.

Ambos quedaron impresionados. Aún luchaba por liberarse de los grilletes de un matrimonio desastroso, y no sabía si ya estaba lista para dejarse llevar por sus emociones. Y sin embargo, durante los días siguientes, parecían encontrarse en los lugares más improbables, y a pesar de que no se hablaban, de alguna manera percibía que a él le agradaba verla. Ella sentía lo mismo por él.

Eventualmente comenzaron a saludarse, hasta que un día Tyler la invitó a tomar café, ella aceptó, y todo su mundo cambió en esos segundos. Pasaron ese día juntos, y los siguientes, charlando incesantemente. Le había comentado que era un asesor financiero, y que pasaba unos días de vacaciones. Ella se concretó a decirle que también estaba de vacaciones, pues le pareció lo mejor por el momento. Parecían tener tantas cosas de qué hablar, y al final de la semana, sintió que lo había conocido toda su vida. También reconoció que estaba enamorada de él. Tyler también lo estaba de ella.

Pasaban el mayor tiempo juntos, la atracción entre ellos aumentaba en intensidad. Desde el primer beso compartieron el fuego de la pasión que ardía entre ellos, pero, como si fuese un mutuo acuerdo, no se apresuraron a consumarla. Algún día se harían el amor, y sería perfecto; entre tanto, estar cerca uno del otro era una alegría que disfrutaban.

En una ocasión decidieron hacer un día de campo en la costa. No había indicio alguno de lo que iba a pasar. Acababan de comer, y ella descansaba junto a Tyler quien hojeaba una revista, cuando sintió que se ponía tenso; con la mano regresó la página donde aparecía la fotografía de una pareja sonriente. Ella tenía un poco más de cincuenta años, hermosísima, su cabello oscuro comenzaba a encanecer en las sienes. Él parecía tener diez años más que ella, no precisamente guapo, pero con gran personalidad. El pie de la foto

decía: ¿Será éste el tercer matrimonio afortunado de Nancy? Lo merece, y se lo deseamos de todo corazón.

—¡Dios mío! —las palabras explotaron en su boca.

—¿Quiénes son?

—No lo conozco a él, pero ella es mi adorada madre.

Decir que estaba conmocionada era quedarse corto. Pero Tyler aún no terminaba.

—¡Las mujeres como ella sólo merecen desprecio!

—¿Qué hizo? —sin saber por qué, el corazón de Claudia latía con fuerza.

—¿Qué hizo? Romper todos los votos y todas las promesas que pronunció con esos dulces labios mentirosos. Me abandonó cuando tenía diez años, y no obstante haberme jurado que nunca me dejaría, se marchó un día y jamás regresó —Tyler refunfuñó al tiempo que se ponía de pie.

El cambio de él era asombroso. Claudia también se paró.

—¿Pero por qué? Debió haber una razón.

—Porque era desleal —apretó la mandíbula—. Porque sus votos no significaban nada. ¡Sólo siento desprecio por ella y por todas las mujeres de su clase!

Claudia sintió que la sangre se le helaba. Respiró con fuerza, seleccionando con cuidado sus palabras.

—¿Tratas de decirme que una mujer debería permanecer casada, a cualquier precio? Existen circunstancias…

—¡Ninguna! —la interrumpió con crueldad—. Para mí, los votos son sagrados. El matrimonio es para siempre, y las mujeres que lo traicionan son despreciables. Nunca he jugado con una mujer casada, Claudia, y jamás perdonaría a esas mujeres que persiguen a los hombres.

Claudia temblaba, pero se vio obligada a continuar.

—Es una actitud muy… estricta. La vida no es tan sencilla, Tyler.

—Para mí sí.

Desesperada, buscaba en él cierta comprensión, para que fuera más fácil lo que tenía que decirle, pero no la encontró.

—¿Y si yo estuviera casada, Tyler?

—No llevas la sortija de matrimonio —bajó los ojos hacia su mano.

—Pude habérmela quitado —agregó con voz ronca, y sintió la mirada de él como un puñal.

—¿Qué dices, Claudia?

Cada uno de sus instintos le suplicaba que se callara, pero ella continuó.

—Te estoy formulando una pregunta. Te amo y me amas. Si te dijera que estoy casada, ¿qué sucedería?

—Todo terminaría entre nosotros.

—¿Así de sencillo?

—Exactamente. Tal vez no te gustaría, pero así son las cosas. Ahora prefiero olvidar que alguna vez vi…

—Estoy casada, Tyler —su confesión inesperada lo dejó estupefacto.

—¿Qué? —palideció—. ¿Qué dijiste?

De alguna manera, ella logró controlarse.

—Que estoy casada. Iba a decírtelo…

—¿Cuándo? —la interrumpió—. ¿Cuándo te hubieras burlado de mí? ¡Cielos, eres una mentirosa!

—Tyler, déjame explicarte —le sujetó la mano.

—No hay nada que me interese oír. Toma tus cosas… nos vamos.

En el largo trayecto a su casa, Tyler no volvió a dirigirle la palabra. Después de dejarla en la villa, se alejó sin mirar hacia atrás. No podía creer que todo hubiese terminado con esa rapidez. Y lo peor de todo era saber que aunque Tyler la quería, la rechazaba sin escucharla.

Su tía Lucia, después de escuchar el relato desgarrador de Claudia, le brindó un rayo de esperanza.

—*Cara*, deja que se tranquilice. Ahora está enojado. Llámalo por la noche para que le expliques todo.

Parecía un consejo atinado, pero cuando intentó comunicarse con él, le informaron que Tyler se había marchado, sin dejar dirección.

Regresó a su casa con la firme decisión de divorciarse, porque en su fugaz romance con Tyler, aprendió lo que era el verdadero amor. Aunque no fuese correspondido, conformarse con algo menos resultaría intolerable.

Sin embargo nada marchó de acuerdo con sus planes, porque le dio la bienvenida un Gordon totalmente diferente. Habían desaparecido sus descaradas aventuras con otras mujeres, y ahora se comportaba como un marido afectuoso y considerado. La contrición de este hombre impidió que ella continuará con sus planes. Incluso le confesó que su ausencia lo había hecho pensar y que estaba consciente que las cosas entre ellos no habían marchado bien, pero que tenía confianza en que pudieran salvar su matrimonio.

En vista de que ella no rechazó la idea de inmediato… pues aún no sabía qué decidir… Gordon lo consideró una buena señal y comenzó a agasajarla. Le compraba rosas rojas y joyas, y sus atenciones la desconcertaban tanto que una noche, después de haberse portado de manera encantadora, la persuadió con halagos para que hicieran el amor.

Dudaba un poco en tomar una resolución, y dejó todo a la deriva. Las cosas habían mejorado bastante, y entonces descubrió que estaba embarazada. Sus sentimientos eran contradictorios. Siempre había deseado un hijo, pero no que Gordon fuese el padre. En esos días llegó

una carta que le quitó la venda de los ojos.

Era de su prima Amelia, comentándole que había tenido una recaída y que sus médicos esperaban que se recuperara. La leyó mientras desayunaban y Gordon había explotado. Maldijo a su prima y se burló de la confusión de su esposa.

—Malditos todos los Webster —fue el repugnante comentario—. ¡No se mueren cuando deben hacerlo! ¡Maldición, ya casi tenía el dinero en mis manos! —rió ante el desconcierto de ella—. Es verdad. Sabía que estaba a punto de morirse. Su carta llegó cuando estabas fuera. ¿Por qué diablos supones que fui tan "amable", querida?

A partir de ese momento volvió a ser el mismo de siempre, y sin la posibilidad de obtener el dinero, ya no le interesó disimularlo. Claudia estaba consciente que dos veces se había dejado convencer por sus mentiras, pero tomó la decisión de que no ocurriría de nuevo. Sin embargo, ahora lo único importante era el bebé, y por esa razón, decidió permanecer junto a Gordon.

Sabía lo que era ser huérfana, y deseaba que su hijo contara con un hogar.

El nacimiento de Natalie trajo alegría a su vida, y se sintió más feliz que nunca. Trataba de no pensar en Tyler ni en lo que hubiera sido vivir con él; todo eso pertenecía al pasado y no esperaba volverlo a ver.

Pero se había equivocado. Cuando Natalie tenía más o menos un año, Claudia y Gordon fueron a una fiesta familiar… y la primera persona que vio fue a Tyler, y Gordon hizo las presentaciones.

—Tyler, creo que no conoces a Claudia, mi esposa. Querida, te presento a mi primo de África. Nos conocimos hace varios años en Oxford.

Después ya no recordó lo que había dicho; sólo se dio cuenta de la mirada de desprecio de Tyler mientras ella le estrechaba la mano, y después él se disculpó. Poco después abandonó la fiesta, y ella tuvo que soportar los comentarios burlones de Gordon, de que lo había dejado.

El haber visto a Tyler la devastó, no podía odiarlo ni tampoco dejar de quererlo, y Gordon aprovechó esta confusión para comentarle que deseaba compartir otra vez la cama con ella. Su rechazo fue categórico y la reacción de Gordon aterrorizante. Jamás lo había visto tan enojado, y la insultó. Furiosa, cometió el error de pedirle que abandonara su habitación, y se dio cuenta de la magnitud de esa equivocación cuando la sujetó para obligarla a acostarse en la cama. La degradación de lo que siguió fue el colmo.

Al día siguiente se marchó, llevando a Natalie con ella. No había decidido a dónde ir, pero no podía permanecer ahí ni un día más.

Pero el destino estaba en contra de ella, porque una llanta se

reventó en la autopista y después del accidente había estado dos días en la Unidad de Cuidados Intensivos. Cuando despertó esa primera vez en una habitación privada, Gordon estaba ahí. Un Gordon que, con lágrimas en los ojos, le informó que Natalie estaba muerta. Estuvo a punto de enloquecer de dolor y el remordimiento la atormentaba en cada latido de su corazón. Era la culpable de la muerte de Natalie, porque si se hubiera quedado en su casa, su hija aún estaría viva.

Atormentada, decidió tomar el avión a casa de su tía Lucia tan pronto como se sintiera bien para viajar. No le había importado que Gordon le solicitara el divorcio, y ella le pidió a su abogado que procediera de acuerdo con lo estipulado en el contrato, aunque eso le había costado casi la totalidad de su herencia.

La última ironía ocurrió unos días después. Se enteró de que su prima había muerto, dejándola como única heredera de la fortuna de los Webster. En un esfuerzo desesperado por olvidar, se había dedicado a llevar una vida desordenada, que se desprendía por completo de su forma de ser. Poco a poco el tiempo ayudó a que sanara la herida, haciéndola soportable.

Claudia se estremeció al volver a la realidad. ¡Todos esos años perdidos pensando que Natalie estaba muerta! Sólo una mente tan enferma como la de Gordon podía haber tramado eso. Pero ahora estaba muerto y no podría mantenerlas separadas. Y debía agradecérselo a Tyler.

Incluso en la imagen distorsionada que se reflejaba en la ventana, los ojos de Claudia brillaban. Por fin, después de tanto tiempo, volvería a ver a Natalie. Hizo un esfuerzo por evocar los primeros momentos, pero la imagen no apareció en su mente. Natalie tenía un poco más de un año cuando la vio por última vez.

Su cara ensombreció ¡Cielos, no podría reconocer a su propia hija! Otro pensamiento la preocupó: ¿la reconocería Natalie? ¿Le agradecería ver a su madre? El estómago le dio un vuelco. ¿Qué le había dicho Gordon? Claudia se mordió los labios con nerviosismo. En esos años, ¿qué imagen de ella le habría pintado? Las posibilidades de su mente vengativa eran ilimitadas. ¿Y si él…? ¡Dios, olvídalo! Enloquecerás de seguir así, se dijo a sí misma con brusquedad. Espera y resuelve cada problema como se presente. Eso era lo único que podía hacer. Independientemente de lo que hubiera hecho Gordon, el tiempo era su aliado.

Un prolongado suspiro la obligó a volver sus ojos sobresaltados a un lado, para encontrar los ojos azules soñolientos, y se dio cuenta que había olvidado a Tyler por completo. Ahora él levantaba la cabeza apoyada sobre el hombro de ella, y sus ojos se entrecerraron.

—Debiste haberme despertado —le dijo, secamente, enderezándose.

—Estabas cansado y mi hombro estaba libre —Claudia suspiró, alisando la chaqueta donde él había apoyado la cabeza—. No te preocupes, tu integridad no se ha comprometido —observó cuando él se estiraba, sus ojos admiraban los músculos flexibles de sus muslos. Se le secó la boca al recordar hermosas situaciones, e hizo un esfuerzo por apartarlas de su mente. Querer a Tyler era como querer la luna y las estrellas, las cuales eran tan inalcanzables como el amor y el respeto de él.

—No se te ocurra empezar donde todo terminó, Claudia —la acusó Tyler, cáustico, y ella levantó los ojos, y sus mejillas se arrebolaron al comprender que la había estado observando—. No me ensuciaría las manos con alguien que ha rodado tanto como tú.

—No es necesario que te esfuerces por insultarme de esa manera, Tyler. Las señales de mantenerme a distancia se fijaron hace mucho tiempo, y jamás se me ocurriría sobrepasarlas. Lo único que me importa es Natalie —estaba consciente que no era cierto, pero había un abismo enorme entre lo que quería y lo que podía tener.

—Te interesaba tanto que ignoraste su existencia seis años.

—¡Qué fácil te resulta condenarme! ¡Qué lealtad encontró Gordon en ti! —lo acusó Claudia con amargura, clavando sus ojos en los de él —. Ya te expliqué que me mintió, diciéndome que Natalie estaba muerta. Uno de los dos miente, y tú prefieres creer que soy yo, porque va de acuerdo con tu punto de vista de la vida. Pero olvidas algo, Tyler. Gordon manipulaba a la gente. Se aprovechaba de su ingenuidad. Lo que consideras como temple, para él era sólo una debilidad, que debía explotar. Y eso fue precisamente lo que hizo. En este momento, no sé por quién sentir más lástima… ¡si por ti o por mí!

—Guárdate tu compasión; no la necesito —la cara de Tyler estaba contorsionada por la ira.

—Oh, Tyler, nunca reconocerás lo que necesitas. Debes aprender a tener compasión de las debilidades humanas, no desprecio —Claudia sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Viniendo de ti, es divertidísimo! —su risa era insultante.

Ella debió comprender que estaba perdiendo el tiempo, pero debía insistir, en beneficio de él.

—Me gustaría conocer a tu madre —comentó categórica.

—¿Para qué? —él sacudió la cabeza.

Claudia tomó su bolso de mano y se puso de pie.

—Para comparar opiniones, desde luego. Creo que ella y yo tenemos mucho en común, mucho más de lo que tú visión estrecha puede ver. Discúlpame, voy a refrescarme —caminó hacia el tocador más cercano.

Después de cerrar la puerta, apoyó la frente sobre el espejo. ¿Por qué diablos se preocupaba? ¿Por qué no podía simplemente

conformarse con haber recuperado a Natalie? Porque todavía lo amaba. Y amar significaba ayudar a esa persona sin esperar recompensa alguna. Desde luego que no esperaba nada, pero a pesar de todo, aún no perdía la esperanza de encontrar un pequeño lugar en su corazón.

Desde luego que era una locura imposible. Sin embargo, que Natalie viviera parecía aún más imposible. Por lo que era su deber andarse con tiento en todo lo relacionado con Tyler. Debía aprender a coexistir con él, a soportar sus actitudes de la mejor manera posible. Era víctima de las mentiras de Gordon, al igual que ella. Probárselo sería casi imposible, pero aun así, trataría de hacerlo.

Cuando se reunió con Tyler se dio cuenta que durante su ausencia se había quitado la cazadora y ordenado café para los dos. Entonces ella comprendió que tenía sed, pues no había tomado nada desde el desayuno. De modo que se lo agradeció mientras se sentaba junto a él.

Sus pensamientos, como era de esperarse, se enfocaron de nuevo en su hija. Había tantas preguntas. Tantas cosas que desconocía. Tanto tiempo perdido que recuperar. No obstante, sólo una pregunta era tan fundamental que la obligaba a moverse en su asiento para mirar a su acompañante silencioso.

—¿Tyler? —su voz ronca llamó la atención de él.

—¿Qué?

La sequedad de su voz ocasionó que ella hiciera una cara de dolor y que se hundiera en el asiento. ¡Dios, su actitud era tan fría!

—Nada importante. Olvídalo —murmuró, sin dejar de mirar las nubes de afuera.

—Claudia, no tengo tiempo para tus juegos —lanzó un prolongado suspiro—. Hazme la pregunta que deseabas.

Apretó la taza con las manos, deseosa de no haber iniciado ahora, lo que tendría que continuar.

—Me pregunto… ¿a quién se parece? —ya había hecho la pregunta y aguardaba la respuesta desdeñosa.

Sin duda, él no esperaba esa pregunta tan particular, ya que guardó silencio por un momento. Le pareció tan largo, que Claudia creyó que no iba a contestarla.

—Usa trenzas.

—¿Entonces tiene el cabello largo? —preguntó ansiosa.

Al ver su entusiasmo él la miró con burla, pero sus palabras eran amables.

—Convenció a Wendy… su niñera… que le dejara crecer el cabello.

—Tenía un cabello castaño precioso —susurró Claudia, llena de recuerdos.

—Su apariencia sigue siendo la misma —observó la expresión

cambiante de ella—. Sus ojos son color avellana. Su nariz respingada, lo que odia, y tiene pecas. También las detesta. Su piel es muy delgada y más blanca que la tuya. Toma nota de lo que te digo. ¡Va a ser una maravilla!

Claudia rió ahogadamente, sus ojos y labios expresaban alegría.

—¿De veras?

—Se parece a ti —la mirada de Tyler se enterneció—. No sacó nada de Gordon.

—Sin duda tienes eso en contra de ella, ¿no es verdad?

—¡Desde luego que no! —respondió con suavidad—. Ella no es culpable de lo que es su madre. Fue un accidente de nacimiento. Es inocente y me aseguraré de que continué así.

—¿Qué quieres darme a entender?

—Que no podrás simplemente aparecer de nuevo en su vida y ocupar tu puesto —le advirtió con sequedad.

—Es mi hija, Tyler —Claudia enfrentó cara a cara la mirada de él —. Me niego a continuar siendo una extraña para ella —contraatacó con firmeza—. ¿Qué le has dicho de mí?

—Ni una palabra —sonrió lúgubre.

El corazón de Claudia dejó de latir.

—No creo. Debió preguntar por mí.

—Jamás lo hizo —levantó la ceja, burlón—. Temo que en lo que se refiere a Natalie, ¡ni siquiera existes!

Capítulo 3

Casi oscurecía cuando aterrizaron en Heathrow. A pesar de que era temprano, había estado lloviendo y oscureció antes. Su tensión aumentaba cuanto más se acercaban a su destino, la situación agravada aún más por el comentario de Tyler. Desde entonces apenas cruzaron palabra, y ella siguió ensimismada en desagradables pensamientos. El saber que Natalie no había demostrado el menor interés por su madre ausente, la llenaba de tristes presentimientos. No estaba preparada para esta reunión, y miles de dudas la atormentaban.

Los trámites del aeropuerto fueron rápidos y en poco tiempo llegaron a la puerta de salida, la mano de Tyler le sujetaba el brazo con firmeza.

—Mi coche está en el estacionamiento —le informó.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—A esta hora de la noche, no —Tyler llegó a su coche y la soltó para dar una propina al maletero—. No limitan las horas de visita, pero pensé que deberíamos dirigirnos directamente al hospital, a menos que prefieras ir a mi hotel y cambiarte —en su tono se adivinaba que ella escogería la segunda opción.

Al verlo que amontonaba las maletas en el portaequipaje, comprendió que comenzaba a ponerse nervioso y se encontró atrapada entre dos emociones de impaciencia y desgano.

—Natalie te estará esperando, ¿no es verdad? —se alisó el cabello con la mano y esbozó una sonrisa tensa—. No importa mi aspecto.

—Entonces, vayamos al hospital.

Segundos después, con excesiva habilidad, Tyler conducía el coche por las calles de Londres. Comenzaba a llover de nuevo, y Claudia seguía el movimiento de los limpiaparabrisas, sintiendo que ellos marcaban los segundos. Si Tyler le demostrara alguna comprensión y le permitiera compartir con él su ansiedad, pero la concentración de él era absoluta y una vez más la dejó que se las arreglará sola.

El momento había llegado. Cuando se cerraron las puertas del ascensor, sintió que el corazón dejaba de latirle. ¿Cómo podía enfrentarse a la situación? ¿Estaba haciendo lo correcto, o era egoísta? Natalie no la esperaba. ¿Acaso sería preferible esperar hasta después de la operación?

El ascensor se detuvo. Aterrada seguía a Tyler de manera mecánica, el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Él se detuvo antes de entrar en la habitación, y se volvió a mirarla, y al ver su ansiedad, su expresión se suavizó un poco.

—Natalie ignora que vas a venir. Es mejor que esperes aquí, hasta

que se lo diga —opinó con brusquedad.

Claudia asintió con la cabeza y tragó saliva incapaz de pronunciar palabra. Tyler vaciló un momento antes de cruzar la puerta, cerrándola con suavidad. Claudia logró escuchar el suave murmullo de su voz, y sintió que se tambaleaba. Sin proponérselo abrió la puerta y se paró en el marco, sus ojos se desviaron a la cama.

Había tres personas en la habitación. Una muchacha joven parada a un lado de la cama. Tyler estaba sentado en el borde, inclinado sobre la pequeña forma de una niña. ¡Natalie!

Claudia respiró con fuerza, haciendo un esfuerzo por no llorar ni hacer ruido mientras contemplaba a su hija, y la angustia destrozó su corazón. Cielos, parecía tan pequeña, tan frágil y vulnerable… y tan hermosa. Sin embargo, no quedaba nada del bebé que ella recordaba, y Gordon la había privado de ver crecer a su hija. Ahora ya no la conocía, Natalie era una extraña que poseía la facultad de destruir a su madre, sin darse cuenta.

Sus brazos añoraban estrechar a su hija, sujetarla con fuerza y jamás soltarla, para desterrar el vacío que la acompañara por seis largos años. Sólo Natalie podía llenar ese vacío.

Su impulso de actuar era tan fuerte, que sin darse cuenta entró en la habitación. Tres pares de ojos la miraron. Hubo un momento de sorpresa, y Tyler de inmediato se acercó a ella.

Frunció el ceño, sujetándole el brazo.

—Me parece que te pedí que esperaras —siseó él.

—No pude —Claudia apenas lo vio—. Por favor no me lo pidas.

Tyler blasfemó antes de pararse delante de ella.

—Claudia…

—¿Es ella?

La vocecita fría interrumpió a Tyler. Por un momento la indecisión apareció en la cara de él, y encogiéndose de hombros, fatalista, se apartó. Un par de ojos hostiles inspeccionaron a Claudia que la hicieron estremecer con su lejanía, y antes que la invadiera el pánico hizo un esfuerzo por sonreír, acercándose a la cama.

—Hola, Natalie —toda clase de emociones la asaltaron. Rápidamente se inclinó para besar a su hija, y encontró que la niña apartó la mejilla, intencionadamente. Fue como si le clavaran una estaca en el corazón y palideció. Se enderezó y un nudo en la garganta le impedía respirar.

La carita impasible clavó los ojos en ella.

—¿En verdad eres mi mamá? —preguntó indiferente.

—Sí —Claudia hizo un esfuerzo por serenarse.

—En ese caso debes saber que todo el dinero de mi papá, es ahora mío. Tyler se encarga de manejarlo, ¿no es verdad? —consultó a su guardián.

Los ojos de Claudia se desviaron hacia Tyler en una súplica sin palabras, antes de clavarse de nuevo en su hija.

—No, no se trata de eso. Vine a verte, Natalie. ¿Por qué… por qué supones que me interesa tu dinero? —la pregunta salió de una garganta adolorida.

—Porque papá dijo que regresarías un día, cuando necesitaras dinero.

Claudia estaba horrorizada.

—¡Pero eso no es verdad! —exclamó, mirando incrédula la carita agresiva de la niña—. Vine porque te quiero.

—Papá aseguró también que me dirías eso —Natalie levantó los hombros.

Claudia se alejó de la cama, luchando por mantener la compostura.

—Qué hábil era tu papá —las lágrimas brillaban en sus ojos.

—¿Estás llorando? —demandó Natalie con curiosidad.

Al limpiarse las lágrimas con la mano, Claudia observó la mirada comprensiva de la joven mujer del otro lado de la cama y sus mejillas se arrebolaron. La compasión de una desconocida era lo último que podía soportar, pero se las arregló para lanzar una risa cascada.

—No seas tonta, Natalie, ¡estoy segura que tu papá te comentó que nunca lloro! —declaró con voz discordante, controlando la respiración —. Bueno, parece que estoy estorbando, ¿verdad? Estoy segura que prefieres quedarte sola con Tyler, por lo que te deseo buenas noches —por un momento desvió la vista hacia Tyler—. Esperaré afuera —ya había soportado demasiado. Con un sollozo ahogado, abandonó la habitación.

Una vez en el corredor, Claudia se acercó a la ventana abierta más cercana, aspirando el aire fresco con desesperación, en un intento de controlar las lágrimas. Lo que Gordon había hecho era imperdonable. No fue suficiente que le hiciera creer que Natalie estaba muerta; tuvo que apartar definitivamente a su hija de ella. De modo que aunque ella descubriera su mentira, como en realidad ocurrió, se protegió a sí mismo, dejándola sin nada.

—¿Señora Peterson? Señora Peterson, ¿por qué no viene a sentarse?

Su angustia le impidió darse cuenta de que no estaba sola. Al abrir los ojos se dio cuenta que la joven mujer la miraba con expresión de tristeza, y le indicaba con un ademán una hilera de sillas. Claudia aceptó la sugerencia, porque no tenía ni la voluntad ni la fuerza para negarse. Temblorosa, se desplomó en una y apoyó la cabeza contra la pared, derrotada por completo.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora Peterson? ¿Gusta un té o un café?

—¿Quién es usted? —los labios de Claudia se torcieron en una

parodia de sonrisa.

—Wendy Nicholls, señora Peterson, la niñera de Natalie. Bueno, ahora más bien su enfermera y acompañante.

—Oh, sí, ya recuerdo. Señorita Nicholls, nadie puede brindarme la única ayuda que necesito —señaló, lentamente.

—Estoy segura que Natalie no quiso ofenderla —Wendy también tomó asiento.

—Oh, sí, desde luego que lo hizo de manera intencionada. Gordon se aseguró de eso —la contradijo con amargura, y volviendo la cabeza, miró a la otra muchacha—. ¿Conoció a mi ex marido?

—Sí —la respuesta fue concisa, mirándose las manos.

—Comprendo —le dijo lentamente, de manera significativa.

—No, no creo que lo comprenda —la niñera alzó los ojos—. No fui una de sus… mujeres —negó con aversión.

—¿Pero trató de convertirla en una de ellas? —al captar la incomodidad de su interlocutora, sonrió con ironía—. Oh, no se apene, no va a escandalizarme. Me enteré de todas ellas.

—No estaba segura. Algunas mujeres… bueno, usted sabe — Wendy parecía más tranquila.

—Pero no estaban casadas con Gordon. Era lógico que yo lo supiera. Me fue infiel desde el día que nos casamos —explicó sin ambages, y después miró a Wendy con curiosidad—. Sin intentar ofenderla, me interesaría saber por qué se negó usted. Por lo general, caían como bolos hechizadas por su atractivo —como ella misma lo había hecho.

—Era demasiado guapo, pero al revés de Natalie, nunca me cayó bien. Su hija es una niña encantadora, señora Peterson. Hoy estaba en un mal día. Es muy perspicaz. Quiere al señor Monroe y a mí porque sabe que la amamos. Por desgracia sabía, al igual, que yo, que su padre nunca la quiso. Para un extraño, era un padre ejemplar. Supongo que fue sólo… un instinto de las dos.

—¡Oh, Natalie! —sintió inmediata simpatía por Wendy.

—No me toca juzgar por qué abandonó a Natalie, señora Peterson, pero estoy segura que usted la quiere. Por eso le aconsejo que no se dé por vencida por lo que le dijo esta noche. Aunque ella no lo comprenda, necesita su amor. La lastimó porque no la conoce ni le tiene confianza. Lo único que sabe es lo que le dijeron, y usted tiene que salir victoriosa. No será fácil, pero estoy segura que lo logrará, porque la ama.

—Gracias —Claudia le apretó la mano—. No sabe lo que significa para mí oírla decir eso. Quiero a Natalie con toda mi alma. Me alienta saber que, cuando no estuve a su lado, la tenía a usted para protegerla. Quisiera que Tyler fuera tan comprensivo como usted. ¿Tiene alguna idea de que Natalie sabe que Gordon no la quería?

—Supongo que no, señora Peterson. Algunas veces, los hombres más inteligentes no ven lo que tienen enfrente. Además, su esposo era un experto en dar gato por liebre.

—Excepto por usted —aseguró Claudia con una sonrisa.

—Es verdad —Wendy asintió correspondiendo la sonrisa, y después miró sobre el hombro de Claudia, haciéndola volver la cabeza.

—Natalie pregunta por ti, Wendy —Tyler se acercó a ellas, con expresión sombría—. Ya me despedí de ella y le aseguré que regresaría mañana antes que baje al quirófano —clavó los ojos en el rostro pálido de Claudia.

—Entonces, voy de inmediato —Wendy se puso de pie al instante —. Nos veremos mañana. Buenas noches, señora Peterson, me agradó conocerla —sonrió dejando a Claudia y a Tyler solos.

Por un momento guardaron silencio, y después Tyler despejó su garganta.

—Lamento el comportamiento de Natalie.

—¿De veras? —Claudia se paró para mirarlo cara a cara—. Supuse que dirías que lo tengo merecido.

—Aunque estaba yo consciente de que no tenía razones para darte la bienvenida, pensaba que sus modales eran mejores. Jamás pensé que te hablaría de esa manera.

—Imagino que no lo esperabas —Claudia asintió con un tono guasón—. Pero no me lastimó de manera definitiva. Quería herirme y lo logró. Pero nunca imaginé que fuera fácil aprender a conocer a mi hija. Gordon siempre le amargó la vida a todos.

—Gordon no tiene la culpa de las reacciones de Natalie —Tyler la tomó del brazo para acompañarla al ascensor—. Tú eres la culpable por haberla abandonado. Natalie ya tiene suficiente edad para saber si la quieren o no.

Entraron al elevador antes que Claudia contestara.

—Así lo espero —declaró con fervor—, porque si hay algo que pueda hacer por Natalie, es asegurarme de que se entere de lo mucho que la quiero.

—Muy conmovedor, Claudia. ¿Y después qué harás? ¿Abandonarla otra vez? Eres una mujer problema con "P" mayúscula. Empiezo a creer que nunca debí traerte aquí —las puertas del ascensor se abrieron y Tyler se apartó para que ella bajara, después se dirigieron al estacionamiento.

—Lamento desilusionarte, pero no vas a deshacerte de mí con esa facilidad —le advirtió de inmediato—. Voy a quedarme, Tyler, y no puedes impedírmelo.

—¿Crees que no? —se mofó de ella—. No me subestimes.

—Oh, no lo pretendo, pero es demasiado tarde para que pretendas

que desaparezca.

—Tal vez tengas razón, pero no olvides que Gordon me nombró su tutor —le puso la mano en el mentón antes de abrir la puerta del coche.

El corazón le dio un vuelco, pero se negó a retractarse.

—¿Es esa una amenaza para que no vuelva a verla? Se reirán de ti en los tribunales… ¡a donde irás si lo intentas! Soy su madre, y tengo más derechos que tú, Tyler, tanto moral como legalmente —tomó nota de consultarlo con su abogado de inmediato—. ¡Nadie tiene más derecho que yo de verla!

—¿Incluso en el caso de que no quiera verte? —la retó.

—¡Eres un canalla! —le dio la espalda, y con la mano enjugó sus lágrimas—. Sé que me odia —susurró con voz ronca—, pero prefiero eso a no verla. Confieso que la necesito. Sin duda sabes que nunca la lastimaría, pero si de algo te sirve, te doy mi palabra que jamás haré nada por molestarla.

Unas manos firmes se apoyaron sobre sus hombros para darle la vuelta y con los dedos le levantó el mentón hasta que sus miradas coincidieron.

—Qué humildad. No es así como te recuerdo.

—No me conoces… nunca me conociste —replicó con voz ronca.

—Al menos en eso, estamos de acuerdo —se mofó de ella.

—Tyler…

—Debiste permanecer al lado de Gordon —la interrumpió con frialdad.

—¡Qué fácil es para ti decirlo! —Claudia estaba furiosa—. Algunos sacrificios son demasiado terribles para explicarlos. Nunca has tenido que sacrificar algo, ¿verdad, Tyler? Te lo comentaré. Duele tanto que crees volverte loca, pero no lo logras. Tienes que vivir con ese sufrimiento cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada año. ¡No sabes lo interminable que puede ser cada minuto cuando tratas de no pensar! De manera que mientras no experimentes ese dolor, ¡no te atrevas a sermonearme sobre lo que debí o no debí haber hecho!

Incluso en la luz lóbrega, pudo ella observar que las ventanas de la nariz se ensanchaban cuando respiró profundo, lleno de ira.

—¡Estás histérica!

—¡La típica respuesta masculina! No estoy histérica, ¡pero tú sí eres el hombre más mojigato y pedante que he conocido!

—Insultarme no te ayudará en nada —contestó con aspereza.

Por alguna razón desconocida, sus palabras la desinflaron como un globo agujerado.

—Hasta ahora nada me ha ayudado, ni obrar como es debido, ni hacer caso omiso de las buenas costumbres.

—Compadecerte a ti misma, tampoco te ayudará —opinó conciso, dejando que se inclinara para abrir la puerta.

—Dime qué actitud podrá ayudarme y la adoptaré. Cualquier cosa que sea, te lo juro —le prometió sin reflexionar, impulsada por la desesperación.

Tyler se enderezó, en su cara apareció una expresión de desagrado.

—¡Tu comentario redondea el día! Súbete al coche, antes que ceda a la tentación de darte la paliza que mereces.

Vencida y agotada, Claudia se vio obligada a obedecerlo, pues sólo estaba empeorando las cosas.

—Discúlpame —se humedeció la boca una vez que estaba dentro del coche.

Sorpresivamente, Tyler dio un profundo suspiro.

—Ninguno de los dos se está comportando con tranquilidad. Sugiero que vayamos al hotel, y después de comer algo, descansemos. Entonces hablaremos. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó con voz cansada.

Aunque no sabía si alguna vez lograrían hablar, la idea le pareció buena.

Sin decir una palabra más, encendió el motor y en el corto trayecto guardaron silencio. Había elegido el hotel por su cercanía del hospital, y aunque no muy exclusivo, la suite de Tyler era un refugio de paz, después de un día tan atareado. Sin embargo, tan pronto como él cerró la puerta, Claudia sintió que su tranquilidad comenzaba a desaparecer. Ahora estaba sola con él por primera vez en varios años, y su sistema nervioso comenzó a trabajar en exceso.

—¿Quieres comer aquí o ir al comedor? —Tyler se arrellanó en un cómodo sillón, y al verlo estirarse, Claudia se quedó sin respiración.

—No tengo mucha hambre.

—No puedes quedarte sin tomar algo. No has comido en todo el día. Ordenaré que suban algo —Tyler levantó el auricular.

—Como quieras, Tyler; de todas maneras siempre te sales con la tuya —no iba a discutir con él—. Discúlpame, voy a tomar una ducha y a cambiarme de ropa —al tomar la maleta, miró las dos puertas—. ¿Cuál es mi dormitorio? —siguió el ademán de él con la cabeza, y mientras cerraba la puerta dejó escapar un suspiro.

La tranquilidad fue efímera. En la habitación había dos camas individuales, y una mostraba signos evidentes de estar reservada. No estaba dispuesta a compartir el dormitorio con él.

Cuando abrió la puerta de nuevo, Tyler colocaba el auricular en su lugar.

—Me temo que tienes poca suerte, porque esta suite carece de dormitorios individuales —él levantó los hombros al observar la sorpresa de ella—. De antemano preví tu reacción… que es correcta.

El hotel está lleno, porque es la época de turismo.

—Hay otros hoteles —aclaró.

—Es cierto —asintió él—, pero éste es el más cercano. No voy a recorrer la ciudad todos los días para ir a recogerte, Claudia. De manera que te agrade o no, vas a quedarte aquí.

—¿Y la otra habitación?

—La ocupa Wendy. Si no tienes más preguntas qué hacerme, te sugiero que te duches. La comida llegará en unos minutos.

¡Maldición, él tenía una respuesta para todo! Y ella no podía insistir, porque lo último que deseaba era que él se diera cuenta de la vulnerabilidad de ella ante su cercanía. Regresó al dormitorio, resignada a compartirlo con Tyler.

Después de ducharse se sintió mejor, el jabón se encargó de quitarle gran parte de la tensión, y mientras se ponía el pijama, Tyler llamó a la puerta para informarle que había llegado la comida.

La mesa estaba junto a la ventana. Tyler ya se encontraba ahí, y Claudia se sobrecogió por la intimidad del ambiente. Alguna vez compartieron varias cenas como esta, cenas impregnadas de amor, situaciones imposibles de olvidar aunque viviera mil años. ¿Acaso él también las recordaba? ¿O las había sacado por completo de su corazón y mente?, se preguntó con amargura. La actitud de él le daba a entender que sí, y de pronto deseó tener puesta una ropa diferente. El pijama, aunque discreto, marcaba las curvas femeninas, y no le quedó duda de que creería que intentaba atraerlo, lo que desde luego no era verdad. Seraphina le había hecho la maleta, y le molestó darse cuenta que el comportamiento de Tyler incluso la obligaba a cambiar de hábitos. Pero, ¿por qué? No había nada de qué avergonzarse. Una vez que se tranquilizó, se dispuso a reunirse con él.

Se había equivocado al esperar una cena fuerte. Tyler había ordenado deliciosos *omelets* con ensalada.

—Me sorprende que no estés en tu apartamento —le dirigió una mirada de curiosidad—. Una vez me comentaste que vivías en Londres.

—Lo vendí cuando heredé una casa en Shropshire hace cuatro años. Me di cuenta que desde ahí podía trabajar con la misma eficiencia.

Después de haber comido lo suficiente, Claudia se recostó en la silla, y saboreó el vaso de vino. El sabor a fruta trajo a su mente una serie de recuerdos, y después de dar otro sorbo, comprendió que no se equivocaba. Al bajar la copa con mordacidad, le dirigió a Tyler una mirada de reproche.

—¿No te gusta? —le devolvió la mirada—. Es vino de California; uno de los mejores.

—Y el favorito de Gordon —Claudia apretó los puños.

—Creí que me agradecerías el detalle —Tyler sonrió.

Ella logró controlar su ira.

—Hubiera pensado que eras incapaz de comportarte así, Tyler.

—Prefiero llamarlo un recordatorio oportuno.

Claudia, llena de frustración, apretó los dientes. No tenía el derecho de hacerle esto.

—Bueno, ni te lo agradecí ni tampoco era necesario. Jamás olvidaré las cosas que me hizo Gordon.

—A menos que te resulte conveniente. Cuando más distancia, más mala memoria. ¿Es por eso que elegiste quedarte en Italia? —preguntó, burlón.

—No te interesaría saber por qué viví ahí, Tyler. No encajaría en tus proyectos —Claudia le lanzó la pulla.

Tyler prefirió hacer caso omiso del comentario.

—Esa casa… cuándo nos conocimos estabas viviendo ahí.

A ella le sorprendió que él lo recordara.

—Es verdad. Pertenece a mi tía.

—¿Estaba al tanto de lo nuestro? —demandó con aspereza.

—Desde luego —afirmó Claudia—. No eras un secreto. No me avergonzaba el haberte conocido. Incluso ella lo aprobaba —agregó y creyó verle en la cara un dejo de sorpresa, que desapareció en un instante.

—Si recuerdo bien, me dijiste que era artista.

—Todavía lo es —el coraje volvía a invadirla—. Veo que tu mente trabaja Tyler. Piensas que es bohemia, con una idea excéntrica de la moralidad, n… o no es verdad. No cree que las mujeres sean propiedades de los hombres, condenadas a sufrir en silencio las impertinencias de sus dueños y señores. Nosotras también tenemos derechos, y debemos aspirar a la felicidad.

—¿Y no significan nada los votos que hiciste? —preguntó, cáustico.

Los ojos de Claudia brillaron. No estaba al tanto de nada y su acusación injustificada la hería.

—Los hombres también hacen votos, no sólo las mujeres. Y los rompen.

—Nunca dije que los hombres fuéramos perfectos —Tyler contraatacó.

—Pero las mujeres sí deberíamos serlo, ¿verdad? —demandó con brusquedad—. ¿Cómo la esposa de César, fuera de toda sospecha? —se puso de pie con brusquedad, y al llegar al sofá, se volvió hacia él—. Te diré algo que en verdad te hará reír. Yo lo era, hasta el día en que te conocí. Mi matrimonio era una farsa, pero cumplía con mi compromiso. Incluso cuando descubrí la clase de hombre con que me había casado, y que se casó conmigo sólo por mi dinero. Llámalo

orgullo, pero ni una vez abandoné esos principios.

—¿Tratas de decirme que sólo yo te convencí de que los rompieras? —preguntó con burla, reclinándose en el asiento—. Suponiendo que fuera verdad, ¿por qué era yo un hombre tan especial?

Claudia se desplomó en el brazo del sofá, las piernas le temblaban. ¿Creyó que ella negaría sus sentimientos tan fácilmente? Jamás había buscado las salidas cómodas y no iba a empezar ahora.

—Conoces la respuesta. Me enamoré de ti —reconoció con voz ronca. Si hubiera esperado conmoverlo, se habría desilusionado.

—¿Y eso te dio derecho a mentirme? ¿Fingir que eras libre? —la acusó con frialdad.

¿Qué objeto tenía explicarle que se estaba separando de Gordon? Ya lo había abandonado en espíritu, aunque no legalmente. Decidió devolverle la pelota.

—Hasta que me comentaste lo sucedida con tu madre, no tenía razón alguna para suponer que no me comprenderías —lo retó.

—Después de lo cual rápidamente dejaste de amarme, y volviste al lado de Gordon. ¡Qué conmovedor! —se mofó.

—Como no me quedaba otra alternativa, regresé a Inglaterra —protestó—. Si lo recuerdas, me abandonaste.

Tyler frunció los labios sin alegría.

—Parece que tu matrimonio no te desagradaba lo suficiente, para negarle a Gordon el acceso a tu cama —le echó en cara, cáustico—. De modo que es tiempo de que me digas la verdad, Claudia. ¿Me amaste alguna vez?

Tanto, que habría estado dispuesta a morir por ti, gritó su corazón. No obstante, el orgullo le impuso la respuesta.

—¿No eres que esa pregunta ya no viene al caso? —levantó los hombros.

—¿Fui sólo un pasatiempo en tus vacaciones? —preguntó, conciso.

A pesar de su orgullo, no podía tolerar que lo creyera.

—Nunca fuiste eso, Tyler —negó, enronquecida.

—¿De veras? —la desafió, al tiempo que se ponía de pie para acercarse a ella—. Cuando te vi en el aniversario, comprendí por qué me habías mentido. ¡Nunca me di cuenta que eras esposa de mi primo! En realidad me hiciste quedar en ridículo, ¿no es cierto?

—No fue mi intención, Tyler, a pesar de que no espero que me creas —Claudia sacudió la cabeza, sin esperanza—. Ignoraba que tú y Gordon fueran parientes. Nunca conté con volver a verte.

—Esperabas no volver a verme —le corrigió con rapidez—. Cuando me miraste, parecías horrorizada. Sin duda pensabas que iba a delatarte.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¡Sólo Dios sabe! Pero debí haberlo hecho.

—De todas maneras, agradezco tu discreción.

—No me lo agradezcas —de nuevo parecía distante—. No lo hice por ti. No encontré nobleza alguna en decirle a Gordon lo infiel que era su esposa, cuando eso significaba admitir que yo era el culpable.

Como si le hubieran dado una bofetada en el rostro, Claudia hizo una mueca de dolor.

—Si así te pareció, entonces tu amor era algo muy superficial, Tyler. Menos mal que ya ha llovido mucho desde entonces —anunció con tristeza, sintiéndose ahora más traicionada que nunca.

—No vas a intentar justificarte a ti misma, ¿verdad? La mayoría de las mujeres lo harían.

—Yo no soy la mayoría de las mujeres —levantó los ojos, furiosa—. Soy yo misma, y no tengo que justificarme ante nadie. Pero si te interesa oír el resto de la historia, te la contaré.

—Ya pasé la edad de los cuentos de hadas —sonrió al tiempo que se dejaba caer sobre el sofá más cercano—. Tu registro está escrito en los archivos de los periódicos. Si alguna vez deseo leerlo, sé a dónde ir.

Claudia se dio por vencida. Era inútil seguir intentando derribar una pared. Con un suspiro, se sentó en una esquina del sofá.

—¿Crees siempre lo que lees en los periódicos? —no disimulaba su coraje.

—¿Qué, no es verdad? —Tyler se detuvo el mentón con los dedos.

—En realidad los periódicos dijeron la verdad alguna vez. Hice todo lo que publicaron —sólo que nunca le preguntaron por qué actuaba así, y Tyler tampoco lo sabía.

Él le dirigió una mirada escalofriante, a la que ya estaba acostumbrándose.

—No es algo de lo que te sientas orgullosa. Si pretendes estar al lado de Natalie, te sugiero que te comportes como una dama. No creo que la ayudaría en nada ver tu nombre en las primeras planas de los periódicos.

Claudia miró sus manos por un momento mientras controlaba su ira, y después lo miró de frente.

—Eso no va a suceder, y si te detienes a pensar por un momento, comprenderás que estoy tan interesada en Natalie como tú. Sé que mi reaparición imprevista en su vida no va a ser fácil para ninguna de las dos, pero no intento obligarla a que me acepte.

—¿Y si no está dispuesta a aceptarte? —Tyler la miró con expresión seria.

—Lo enfrentaré… cuando… llegue el momento —afirmó Claudia, serena.

—Es tarde… debemos dormir un poco. Utiliza el baño antes que yo

—comentó él después de consultar su reloj.

—Gracias, lo haré —suspiró, y de prisa ahogó un bostezo—. Buenas noches.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Estaba agotada. Sacó de la cómoda sus cosas para dormir y entró en el baño a cambiarse. No quería correr el menor riesgo de que Tyler entrara.

Pero él entró en el dormitorio después que ella ya estaba acostada, y a través de sus pestañas observó cuando sus dedos desabrochaban los botones de la camisa. Sus manos eran bellas, con dedos largos, artísticos. Recordaba muy bien la ternura que había en ellas.

De repente, las lágrimas cubrieron sus ojos y ella hizo un esfuerzo por controlarlas. No era el momento de recordar esas cosas. Cuando Tyler en silencio pasó junto de ella para entrar en el baño, enterró la cabeza en las almohadas, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Cuánto deseaba poder olvidar.

Al cerrar los ojos deseó que el sueño llegara cuanto antes.

Capítulo 4

Claudia no recordaba haberse quedado dormida, pero el ruido de la ducha la despertó a la mañana siguiente, y por un instante no sabía dónde se encontraba ni por qué motivo. Después recordó todo… Tyler, el vuelo, Natalie… y se levantó de la cama. Tyler escogió ese momento para entrar en el dormitorio, el cabello mojado, el pecho y los pies desnudos, y unos jeans que se amoldaban a su cuerpo.

Aunque él se dirigió al guardarropa a buscar una camisa limpia, Claudia no dejaba de mirarlo. En aquel cuerpo masculino no había ni una gota de grasa, y ella sintió que la sangre comenzaba a bombearle en las venas. El deseo estaba aún ahí, quemándola como en aquellos lejanos días. Más fuerte aún era la necesidad de que la estrechara con amor, para tranquilizarla y darle esperanzas… lo que nunca haría.

Tyler se abotonó la camisa y comenzó a enrollarse las mangas. Los ojos de Claudia seguían el movimiento de manera automática y después levantó la vista. Sus nervios se sacudieron al encontrarse a sí misma mirando un par de ojos azules sardónicos, y para su contrariedad comprendió que él había sido plenamente consciente de la inspección de ella.

—¿Hambrienta? —levantó la ceja de forma interrogadora.

—¿Qué dices? —Claudia abrió los ojos de par en par.

—¿Quieres desayunar? —sentado en la cama, se puso los calcetines y los zapatos, antes de mirar por encima de su hombro.

Él no se refería al deseo de comer y los dos lo sabían. Era ridículo sentirse herida por una implicación barata, pero lo estaba. Tyler tenía ese poder y seguiría teniéndolo. Para disimular extendió la mano sobre su cabello, lo cual, observó con cáustico regocijo, ocasionó que sus ojos miraran sus senos generosos, apenas cubiertos con seda y encaje.

—Sólo quiero café.

Los ojos azules miraron los de ella, y brillaron picarescos.

—¿Estás segura que no podré lograr que te intereses en algo más? —continuó incitándola.

Dispuesta a enfrentarlo, Claudia sonrió con acidez.

—Gracias, pero no tengo tanta hambre.

Tyler se puso las manos de forma negligente sobre las caderas.

—Tu paladar ya se hartó, ¿verdad? Eso sucede a menudo con los excesos.

—Supongo que hablas por experiencia —una típica reacción latina propició que lo ojos de ella echaran chispas.

—Es cierto.

Molesta con ella misma por su tontería de tolerar que la obligara a participar en el intercambio, Claudia enderezó las rodillas y las abrigó con sus brazos.

—Comparar insultos antes del desayuno, jamás fue mi ideal para empezar el día, pero no me resulta extraño. De modo que si te agrada, continúa. No me harás sangrar.

Esta vez él parecía genuinamente divertido.

—¿Piensas que eso es lo que busco?

—¿No es cierto? —clavó los ojos en él—. Eres primo de Gordon aunque sea lejano. Nada me sorprendería.

—¡Lo dices como si él fuera una especie de demonio!

—Era diabólicamente astuto para descubrir el punto débil de las personas y usarlo contra ellas. Quizá deberás meditar en eso, Tyler, porque nadie se libró. Lo hizo contigo, pero te niegas a reconocerlo.

—Quizá porque el Gordon que describes no se parece en nada al que conocí.

—Nadie lo conoció, ¿no te das cuenta? Gordon era un camaleón —Claudia suspiró.

—Desde luego que sabía ser simpático con la gente —Tyler sonrió.

—Sin duda. ¿De qué otra manera podía salirse con la suya? Era un experto para lograrlo. Pero contéstame esto: ¿considerarías a Gordon un riesgo financiero sólido?

Tyler comenzó a hablar, después se detuvo y entrecerró los ojos.

—Muy hábil.

Claudia levantó los hombros. Cuando menos propició que él comenzara a pensar, poniendo a prueba su integridad en su propio terreno. En el trabajo juzgaba a la gente en forma impasible, y deseaba que hiciera algo similar a Gordon.

—¿A qué hora es la operación? —preguntó para cambiar de tema.

—A las diez. Te aconsejo que te apures —sugirió Tyler, claramente molesto por los comentarios de su interlocutora. Salió de la habitación y segundos después oyó que hablaba por teléfono.

Al bajarse de la cama, Claudia entró en el baño con ropa limpia. El traje de dos piezas que había seleccionado era elegante y fresco al mismo tiempo, y le daba un aspecto de "no me toques". Un blindaje bastante endeble contra las dos personas que amaba, y las que parecían decididas a lastimarla cuando pudieran.

Mientras se maquillaba reflexionó que no había nada extraño en esa actitud. Tyler quizá era un caso perdido, pero Natalie era diferente. No debía olvidar las palabras de Wendy Nicholls, ya que le ofrecían la única esperanza verdadera de tener éxito.

Pero no parecía ayudarle mientras se acercaba a la habitación de su hija, junto con Tyler, una hora después. Le había pedido a Tyler que antes fueran a una tienda para comprarle a Natalie una muñeca.

El problema era que ignoraba si a su hija le agradaban las muñecas. Tyler se había abstenido de hacerle comentario, y era evidente que deseaba que cometiera sus propios errores con Natalie.

Cuando entró detrás de Tyler en la habitación, el ritmo de su corazón se aceleró. ¿Cuál sería la reacción de su hija hoy? No tuvo que esperar mucho para saberlo. De las dos personas que estaban en el dormitorio, únicamente Wendy le sonrió, y Natalie sólo le prestó atención a Tyler. Como acababan de aplicarle una inyección preoperatoria, estaba un poco mareada, no obstante esbozó una sonrisa y alargó los brazos.

—¡Tyler! —su alegría y tranquilidad eran sinceros, pero mientras le rodeaba a Tyler el cuello con los brazos, vio a su madre y le envió un mensaje que Claudia tuvo problemas en interpretar: No te necesito, ¿por qué no te marchas?

Sus ojos le dijeron a la niña con idéntica firmeza, que de todos modos iba a quedarse.

—¿Por qué la trajiste aquí? —demandó petulante, al tiempo que se apoyaba en las almohadas.

—Tiene derecho de estar contigo —explicó Tyler, amablemente.

—¡Nadie te pidió que vinieras! —ojos rebeldes miraron airadamente a su madre.

Claudia reconoció que la niña tenía razón, respiró con fuerza.

—Nadie me lo pidió. Vine por mi voluntad. Así se comportan las mamás —cuando se les daba la oportunidad.

—No estuviste conmigo cuando me dio el sarampión, o cuando me rompí el brazo —le hizo notar Natalie con rapidez.

—Lo habría hecho, si me hubiera enterado, créeme.

—No te creo —Natalie gritó y se volvió hacia su tutor—. Sácala de aquí, Tyler —le suplicó, llorosa.

Tyler abrazó a la niña para tranquilizarla, y a Claudia la invadió una inesperada reacción de celos, que apartó de su mente de inmediato. Era lógico que Natalie quisiera a Tyler, porque había crecido a su lado. Su madre era la intrusa.

Pero no tuve la culpa, gritaba su corazón cuando se volvió a mirar por la ventana. Las lágrimas controladas quemaban sus ojos… una mezcla de coraje y lástima de sí misma. Las dos emociones eran insustanciales y destructivas, y sacudió la cabeza, descartándolas.

Podía oír la voz de Tyler que murmuraba frases de consuelo y aliento, y las palabras de Natalie, aunque no captaba lo que decía. Comprendió que era un error mantenerse alejada, porque ella también se lastimaba. Debía luchar contra el rechazo de su hija, por muy doloroso que fuera, fingir insensibilidad, y esperar ganar la confianza de Natalie algún día.

Con un discreto suspiro regresó a la cama y miró a su hija.

—Lamento que pienses así, Natalie. No fue mi intención enfadarte. Algún día comprenderás que las cosas no son siempre como queremos —era ilógico agregar más a un par de oídos que no querían escucharla, de modo que colocó la caja encima de las rodillas de su hija.

—Te traje algo que supuse podría animarte —esbozó una sonrisa optimista.

Wendy, quien había sido una observadora silenciosa del intercambio de palabras, se inclinó para ver el regalo.

—Oh, qué muñeca tan preciosa. Di "gracias", Natalie —le sugirió.

—Gracias —dijo a regañadientes.

Claudia se sintió impotente por completo.

—Si no te gusta, puedo cambiarla por otra cosa —le ofreció.

—¿Te comentó Tyler que quería una? —demandó la niña, suspicaz.

Al recordar su silencio sobre el asunto, Claudia sonrió con ironía.

—No, fue idea mía. ¿Te parece bien?

—Supongo que sí —Natalie levantó los hombros.

Mientras Claudia buscaba la respuesta a la actitud de Tyler, llegaron a buscar a Natalie para bajarla al quirófano. Era terrible ver a una criatura tan pequeña y frágil en una camilla. Incluso la sonrisa estimulante de Wendy mientras acompañaba a la niña, no logró disipar la ansiedad de Claudia. El silencio que reinó en el dormitorio una vez que Natalie se había ido la puso más nerviosa, y con un nudo en la garganta se volvió a Tyler. Su ficticia alegría para animar a Natalie había desaparecido, y ahora su aspecto era pálido y tenso mientras se pasaba la mano alrededor del cuello y aspiraba profundamente.

—Ahora puedes marcharte si lo deseas —le dijo, conmocionándola hasta la médula.

—¿Qué dices? —Claudia jadeó, incapaz de creer lo que había oído.

—No tiene caso que permanezcas aquí —la miró de mal talante—. Aún faltan horas, y Natalie no sabrá si estás aquí o no.

—De todas formas, voy a quedarme.

—¿Estás tratando de hacer algunos méritos? —le preguntó con sorna, después levantó los hombros y le volvió la cara—. Como quieras.

Esas fueron las últimas palabras que le dirigió en más de una hora. Se quedó parado junto a la ventana, las manos en los bolsillos, mirando hacia afuera. Claudia se sentó en una de las sillas, sus ojos no dejaban de mirarlo. Cuánto deseaba acercarse a él y abrazarlo. Dar y recibir consuelo y palabras tranquilizadoras.

De pronto, no pudo soportar más el silencio y el alejamiento entre ellos. Era ridículo. Deberían ayudarse mutuamente, no ignorarse.

—Se pondrá bien, Tyler, lo verás —lo animó con voz suave.

—¿Esa es tu autorizada opinión? —se burló de ella. Incapaz de ocultar su desaliento por la injusticia del comentario, Claudia se puso de pie y con rapidez levantó su bolso de mano de la cama.

—Voy a tomar un café… ¿quieres uno? —le preguntó con voz ronca, y escuchó un prolongado suspiro.

—¡Maldición! Discúlpame. No había necesidad de lastimarte. Comprendo que estás tan preocupada como yo —se disculpó.

—Gracias —expulsó el aire con fuerza.

—No debería descargar mi mal humor en ti.

—No soy susceptible —Claudia esbozó una sonrisa forzada—. ¿Por qué no charlas conmigo? Estoy consciente que te ayudará. Háblame de Natalie, Tyler.

—Voy a pedir el café. Disponemos de toda la mañana.

Tenía razón… el tiempo pasaba con una lentitud desesperante. Él habló todo el tiempo. Que la niña le importaba mucho era obvio, y Claudia lo escuchó con atención.

Parecía que había transcurrido una vida antes que oyera pasos cerca de la puerta y un doctor entró, saludando a Claudia y sonriendo a Tyler.

—Ya puede estar tranquilo, señor Monroe. La operación fue un éxito completo. Natalie en este momento se encuentra en la sala de recuperación. En poco tiempo la traeremos aquí.

El alivio ocasionó que la cabeza de Claudia le diera vueltas.

—¡Gracias a Dios! —las lágrimas empañaron su visión al mirar a Tyler, y captó que los ojos de él estaban húmedos. Inadvertido, el médico abandonó la habitación, dejándolos solos.

Lo que hizo ella después fue meramente instintivo. Medio riendo, medio llorando se acercó a él; Tyler la estrechó entre sus brazos y Claudia lo imitó al tiempo que enterraba la cara contra el cuello femenino. Ambos necesitaban consuelo, y ella se lo entregó voluntariamente, y con las manos le dio palmaditas en la espalda.

—¿No te lo dije? —preguntó feliz, besándole la cara.

Tyler rió de mala gana. Levantó la cabeza y al hacerlo, los labios de Claudia rozaron lo de él, y ambos se quedaron inmóviles, sólo por un instante, porque con un gemido Tyler bajó la cabeza y sus labios oprimieron los de ella en un beso que no encontró oposición.

Claudia no tenía pensado negárselo. Abrió los labios como pétalos a la luz del sol y dio la bienvenida a la exploración masculina, regresándole el beso de manera febril. Durante segundos se olvidaron del mundo que los rodeaba. Claudia arqueó el cuello llena de deleite cuando los labios de Tyler dejaron los suyos para explorar la piel sensible de su garganta. Escalofríos de incomparable placer se presentaron en su cuerpo cuando la ávida boca de Tyler descendió aún más, sólo para encontrarse con el obstáculo de su ropa.

Una vez más él gimió, era como si hubiera recuperado la sensatez, porque sus manos estrujaron la delicada piel al apartarla con brusquedad. Con el rostro contraído con una emoción que Claudia no pudo definir, sacudió la cabeza como si quisiera despejarla.

—¡Cielos! ¡Debo estar loco! —exclamó con voz ronca, ahora su expresión; era de disgusto.

Claudia respiró llena de tristeza como si algo hermoso dentro de ella muriera. Estar en sus brazos había sido como regresar a casa… un refugio que ahora volvía a negarle. Por un instante quiso gritar su dolor, pero se controló con un esfuerzo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Le volvió la espalda, disimulando el movimiento con una rápida búsqueda de su polvera dentro de su bolso de mano. Polveándose la nariz con mano temblorosa, respondió.

—Los dos estamos locos. No vine aquí para eso —de alguna forma, las palabras salieron de su boca con firmeza. Al menos la suficiente para engañar a Tyler, y eso era lo que planeaba.

—¿Qué es exactamente lo que te propones, Claudia? —la retó.

—Natalie —metió la polvera en el bolso y se volvió hacia él—. Eso es todo. El beso fue un error. Los dos estábamos demasiado emocionados. Créeme, no volverá a ocurrir.

—¡Por supuesto que no! —Tyler le contestó con crueldad—. En el futuro, mantente apartada de mí.

—Estaré encantada —accedió con una sonrisa alegre que ocultaba muchas cosas. Lo que había sido un despertar radiante para ella, para él no representaba nada en especial.

Se hizo un silencio incómodo y fue un alivio enorme cuando Natalie al fin entró en la habitación en una camilla. El corazón de Claudia se encogió al ver a su hija, tan pequeña y vulnerable, mientras yacía conectada a varios monitores.

Su primer intento de hablar fue un graznido y de prisa despejó su garganta.

—¿Cuánto tiempo tendrá que permanecer Natalie en el hospital?

—Espero que no demasiado tiempo —Tyler se acercó al pie de la cama—. No obstante que fue una cirugía de corazón, supongo que ahora ya la consideran de rutina.

—¿Podrá ahora vivir una vida normal? —insistió Claudia, ansiosa de palabras tranquilizadoras.

—Oh, sí.

—Cuando la estaba esperando no tenía especial interés de que fuera hombre o mujer. Lo único importante era que estuviera bien. Nunca me di cuenta de lo que debió haber sufrido. ¡Debí estar junto a ella!

—También debiste estar junto a ella cuando dio sus primeros pasos, y cuando pronunció las primeras palabras. Debiste estar con

ella para ver los dibujos que pintaba en el kinder y que con tanto orgullo traía a la casa. ¡Y no debemos olvidar cuando fue María en la obra de teatro dominical sobre el nacimiento de Jesús! —Tyler amplió la información con toda la precisión de un experto torturador.

Claudia lo escuchaba horrorizada. Estaba consciente que él lo hacía a propósito, en un intento por destrozarla… y lo logró.

—¡Por el amor de Dios! —el gritó salió de los labios pálidos—. Me habría arrastrado de rodillas para estar con ella, si hubiera sabido que vivía. Pero Dios es testigo que lo ignoraba —confesó, mirando a su alrededor.

—De modo que insistes en esa historia, ¿verdad? —él también estaba pálido.

—¿Por qué iba a mentir? —gritó enfadada.

—A las mujeres les parece fácil —Tyler la acusó.

Claudia se volvió hacia él para mirarlo de frente.

—¿Estamos hablando de mí o de tu madre? —utilizó la única arma que le quedaba.

—No la incluyas en esto —su cara se contorsionó.

—Sabes que no es posible. Está en el centro de todo.

—¡Te dije que lo olvidaras, Claudia! —le advirtió, furibundo—. O soy capaz de…

—¿De qué? —se negó a dar marcha atrás—. ¿Qué cosa me harías? ¿Golpearme? ¿Es eso lo que tu padre le hizo a tu madre para que se fuera?

La furia de Tyler era impresionante, pero hizo un esfuerzo por hablar con tranquilidad.

—Para tu información, le suplicó que se quedara con él.

—No fue eso lo que te pregunté —contestó Claudia.

—Nunca la golpeó —pronunció las palabras espaciadas, como balas—. ¿Satisface eso tu curiosidad malsana?

No del todo. Olvidó su propia pena, intrigada por el pasado de él que había causado que el futuro de los dos se destruyera.

—Entonces debió haber otra razón. ¿Trató alguna vez de ponerse en contacto contigo?

—Jamás recibí ni una carta suya —le informó Tyler, conciso—. ¡Ni tampoco contestó las mías!

Habían transcurrido veinte años, Claudia sintió lástima por él.

—¡Oh, Tyler!

—No malgastes tu compasión. Aprendí una lección muy valiosa… no confiar en las mujeres. Y tú me demostraste que tenía razón.

—¿Y tu padre? ¿Qué hizo?

—¿Qué hizo? —los ojos azules se volvieron de piedra—. Mi querida Claudia, se dedicó a beber en exceso durante un año. Eso fue lo que hizo. ¡Eso fue lo que ella le hizo! No es un relato muy

agradable, ¿verdad?

—¿Y qué ocurrió contigo?

—Me fui a vivir con mis abuelos, y estuve muy contento ahí —sus músculos tensos lograron relajarse—. Final del relato. Final de la investigación. Ahora ya conoces todos los detalles sórdidos. Ya dejé satisfecha tu curiosidad, y no quiero oír una palabra más sobre el particular —le ordenó antes de irse a sentar junto a Natalie.

Claudia lo siguió con los ojos. Con razón era un amargado. La vida lo había tratado muy mal cuando era demasiado pequeño para comprender. Quizá la historia de su madre era tal como la había contado, pero algo dentro de ella le decía que estaba incompleta.

El impulso de encontrar a la madre de Tyler creció dentro de Claudia. Ella era la clave de todo, la única persona capaz de lograr que él volviera a pensar en el pasado. Ella no se atrevía a pensar más allá. Considerar lo que tal reunión podría significar para ellos, era ir demasiado lejos. Porque, con franqueza, no creía que ella y Tyler volvieran a reconciliarse, ya que habían pasado demasiadas cosas. Jamás lograrían recapturar el pasado, y cada vez que la hería, no estaba segura que su comportamiento fuera intencionado. Ojalá que no siguiese amándolo tanto.

Al cambiar de posición por milésima vez. Claudia ahogó un suspiro y consultó el reloj que estaba sobre la mesa de noche. Eran un poco más de la una de la mañana. Con un gemido silencioso se hundió sobre las almohadas. Durante horas dio vueltas en la cama, y sabía que estaba demasiado emocionada para conciliar el sueño.

Habían permanecido largo tiempo junto a la cama de Natalie esperando que la trajeran, y fue un descanso verla entrar en la habitación, aunque no permaneció despierta por mucho tiempo. Después se fueron al hotel para dormir un poco, siguiendo el consejo de la enfermera. La charla durante la cena había sido afectada, para no decir más, y después que Tyler llamó al hospital para saber si todo estaba bien, Claudia se retiró a la tranquilidad de su dormitorio.

Cuando Tyler se metió a la cama, ella fingía dormir, pero su respiración le indicaba que estaba profundamente dormido.

Sentía una intensa tensión emocional. Dos días de simular que no le importaba que la rechazaran, comenzaron a deprimirla. Le importaba mucho y siempre le importaría, porque no podía amar a ninguno de los dos, de forma moderada. Lo que sentía era desmedido. De manera que resultaba una tortura no poder demostrarlo. Tenía mucho cariño que dar, pero ninguno de los dos lo quería. Tyler la consideraba una desvergonzada, y Natalie… su hija había crecido con la creencia cruel de que su madre no la amaba, y su padre tampoco.

Cómo ansiaba que las cosas cambiaran. Ella había sufrido una terrible soledad cuando perdió a sus seres más queridos, pero nunca esperó que Natalie también se hubiese sentido sola. Debía agradecerle a Dios que Tyler y Wendy Nicholls le dieran una vida estable, llena de afecto. No obstante era lógico que tuviera celos, que deseara darle a su hija su propio cariño, al que tenía derecho.

Este deseo doloroso, la hizo levantarse de la cama. Necesitaba estar con su hija. Tal vez sentarse junto a ella sería una ayuda, y de alguna forma misteriosa, Natalie podría sentir un poco del amor que le pertenecía.

Claudia entró en silencio en el baño para ponerse unos jeans y un suéter. Recogió su bolso y cuando iba en un taxi en dirección al hospital, dio un suspiro de alivio.

Era bastante misterioso caminar por los corredores vacíos en la noche, y nadie objetó su derecho de estar ahí. Al entrar en la habitación de Natalie se detuvo, sorprendida al tiempo que la joven niñera levantaban los ojos, sonrió al reconocerla y se paró de prisa con un dedo sobre los labios.

—¿Viene a cuidar a Natalie? —preguntó en voz baja.

—Sí. No podía dormir y… —su voz se apagó, mirando a su hija.

—Me parece muy bien. Comprendo su estado de ánimo —señaló Wendy con simpatía—. Ocupe mi silla. La dejaré sola un rato. Si necesita ayuda junto a la cama hay un intercomunicador —sonriente salió de la habitación.

Una vez sola, Claudia se acercó a Natalie, quien dormía profundamente. El corazón le dio un vuelto. Hizo bien en venir. Cuando acercó la silla a la cama de su hija, la invadió una enorme tranquilidad.

—Oh, Natalie —la voz de Claudia apenas se oía—, no puedes comprender cuánto te extrañé, cuánto te quiero. Deseo ser una verdadera madre para ti, enderezar las cosas. Eres tan linda, todo lo que una madre quisiera ver en su hija —con suavidad estiró la mano para quitarle un mechón de cabello de la mejilla—. Nos dijo a las dos mentiras tan horribles, que no sé si podré salir victoriosa. ¿Qué voy a hacer si continúas rechazándome? Creí que la vida ya no tenía nada que ofrecerme, pero ahora estás tú. Tengo grandes planes para nosotras… ¡no puedes imaginártelos! Por favor… dame la oportunidad de demostrarte que te amo, mi amor. Te juro que no te defraudaré.

La niña no hizo movimiento alguno. Claudia se apoyó en el asiento con un suspiro de tranquilidad. Aunque no durmió, tampoco la atormentaron los pensamientos.

Cuando Wendy regresó, además de dirigirle una sonrisa comprensiva, no la apresuró para que se marchara. Se iría cuando amaneciera y la actividad comenzara en los pasillos del hospital.

Se puso de pie y miró por última vez a su hija antes de volverse hacia la joven niñera.

—Me marcho antes que se despierte. No quiero correr el riesgo de contrariarla. Gracias por permitirme quedarme —le dijo en voz baja.

—Nadie tiene más derecho que usted para estar aquí, señora Peterson —insistió Wendy.

—Me temo que otros no comparten su opinión —Claudia sonrió, irónica, y vaciló un momento antes de agregar—: Sé que es una imposición, pero prefiero mantener esto en secreto por un tiempo.

—No tenga cuidado, no diré nada —le prometió Wendy y la observó cuando se fue.

Una vez en la calle, Claudia miró a su alrededor para buscar un taxi, pero no encontró ninguno. Caminó hacia el final de la avenida e hizo un nuevo intento, pero fue inútil. De pronto un Porsche negro se dio la vuelta para detenerse junto a ella.

—*Cara*, tu aspecto es malísimo. Sube y te llevaré a donde quieras —le indicó una voz atractiva con acento extranjero.

—¿Marco? —Claudia no podía creer lo que oía, pero, inclinándose para ver dentro del coche, reconoció a su primo. Subió, devolviéndole su amigable beso—. ¿Qué haces aquí? —la última vez que lo vio fue unos meses antes en una fiesta alocada en Milán.

En el trayecto al hotel, le explicó que estaba de vacaciones en Londres. La noche anterior había ido a una fiesta y cuando regresaba a su casa, la vio por accidente. Como Claudia tenía antecedentes de la vida privada de su primo, no lo criticó, aunque la entristecía ver aún la tristeza en sus ojos. Le explicó todo lo relacionado con Natalie, y le conmovió la preocupación que revelaban sus ojos.

Al llegar al hotel, él se bajó del coche para ayudarla a apearse con toda la galantería latina. Su invitación de que cenara con él sí necesitaba oídos compasivos, fue reconfortante para ella. Se despidieron con un beso.

Todavía con una sonrisa en los labios se volvió hacia la entrada para encontrarse con una mirada azul escalofriante, y su sonrisa desapareció de inmediato. Al ver el disgusto en la cara de Tyler, el estómago le dio un vuelco. Sabía con precisión lo que él pensaba, después de haber observado la escena que la puso en evidencia.

Tyler no dijo anda… no era necesario… mientras caminaban al ascensor. Esperó a que estuvieran solos en la suite.

—¡De modo que no pudiste esperar! —la acusó con enorme desprecio.

Claudia puso el bolso sobre una silla y se volvió hacia él para mirarlo.

—No, no pude —asintió con el mentón levantado en señal de desafío, y él no hizo caso de la advertencia que le lanzó con la mirada.

Sin darse cuenta que ella no estaba ratificando las acusaciones de él sino sus propios actos, la cara de Tyler adquirió un aspecto glacial.

—Te lo advertí, Claudia.

—No me amenaces si no tienes pruebas —contraatacó con rapidez.

—¡Pruebas! —explotó—. Cuando desperté me di cuenta que no estabas, ¡y al bajar al vestíbulo soy testigo de la despedida de unos amantes tiernos! ¿Qué más pruebas necesito?

Cielos, ¡su actitud era intolerable!

—¿Por qué no me preguntas dónde he estado, qué he estado haciendo? —le sugirió, incisiva.

—No necesito palabras para saber lo que ocurrió —le sujetó los brazos con fuerza.

—¿Por qué recuerdas todo con extremada claridad? —entrecerró los ojos como un felino—. ¿Te pusiste celoso, Tyler? —lo desafío y comprendió, con malsano regocijo, que lo había presionado demasiado.

—¿Celoso de las sobras de otros hombres? —la mirada salvaje de Tyler la congeló—. ¡Oh, no, querida! —su boca presionó la de ella.

La lastimó como él pretendía, la suave piel se desgarró y ella probó su propia sangre. Surgieron a la superficie emociones contenidas, y le golpeó la espalda con los puños hasta que él le sujetó las muñecas, sin dejar de besarla. La estrechó entre sus brazos y al hacerlo, el cuerpo de ella se pegó con el de él.

Claudia emitió un gemido ante la conmoción de ese contacto vital, consciente de cada centímetro del musculoso cuerpo, lo que la puso más frenética, utilizando sus rodillas y pies, las únicas armas que le había dejado. De alguna manera funcionó, porque se vio obligado a suspender el beso al recibir el puntapié a fondo, pero sólo el tiempo necesario para blasfemar en voz baja y meter la pierna entre las de ella, haciéndole perder el equilibrio.

Con un grito de alarma, Claudia sintió que se caía de espaldas. Se había olvidado del sofá y fue igualmente humillante que Tyler cayera al mismo tiempo que ella. Pero aprovechó su inmovilidad temporal para sujetarla, con el peso de su cuerpo.

Abrió los ojos a tiempo para ver qué Tyler bajaba la cabeza, y se dio cuenta de la decisión inflexible en su cara, un instante antes que su boca descendiera sobre la de ella, exigiendo sometimiento. Claudia apretó los labios con fuerza, consciente de que comenzaba a invadirla un manantial de entusiasmo y comprendió lo que era… un deseo embriagador. Consternada se dio cuenta que había olvidado lo que era tener a Tyler tan cerca, aunque estuviera enojado. Sus sentimientos inactivos volvieron a cobrar vida… aterradores en profundidades y violencia.

Incapaz de moverse mientras continuara agrediéndola, se hizo el

propósito de no traicionar sus sentimientos… rezó por tener la fuerza suficiente para continuar rechazándolo, no obstante que deseaba ardientemente corresponderle. Pero actuar así ante la rabia y desprecio de él, sería aplastante. Si él se diera cuenta de lo mucho que lo amaba, ¡su venganza sería terrible!

Tyler debía detenerse ahora, antes… de lejos oyó los gemidos de Tyler, y sus labios permanecieron inmóviles sobre los de ella. Le soltó las manos, y se apoyó sobre los codos para mirar los ojos febriles, la cara enrojecida y contorsionada por la ira… y algo más. Algo que los sentimientos sobresaltados de Claudia comprendieron, y la dejaron sin respiración. Sí, estaba iracundo, pero la deseaba.

Contra su voluntad, sintió que el deseo recorría su cuerpo y que su corazón se aceleraba. A pesar de que cada uno de sus instintos la exhortaba a escapar, no pudo hacerlo. Sólo fue capaz de mirar fijamente los ojos de Tyler, cuando descendían hacia sus labios, ahora temblorosos.

—Maldita sea, Claudia —reclamó al tiempo que una vez más bajaba la cabeza.

Fue la perdición de ella. Con un estremecimiento entreabrió los labios, impotente, y con un gruñido victorioso Tyler aprovechó la ocasión y deslizó la lengua en las cálidas profundidades de la boca de Claudia. Toda precaución en defensa propia fue arrastrada por una ola latente de sensaciones. Con un gemido incoherente, Claudia le devolvió el beso, deslizando la lengua, al parejo de la de Tyler en una exploración sensual tan íntimamente erótica que su mente sólo podría recordar este momento, cuando transcurrieran los años.

Ella no fue capaz de reprimir nada al rodearle con las manos la cintura, sus dedos apretaban febrilmente la tela de su camisa, y sus labios se unieron en una imitación apasionada de la cercanía que ansiaban sus cuerpos. El mundo de ella se concentró en el varonil cuerpo escuchando sólo la respiración discordante de Tyler mientras se movía sobre ella, sin descanso.

El vacío dentro de ella que durante estos años se había esforzado en ignorar, ahora clamaba apaciguamiento. El pensamiento coherente alzó el vuelo cuando la mano de Tyler se deslizó por debajo de su suéter, vagando sobre sus costillas para rodearle los pechos. Con un suspiro de placer quitó violentamente sus labios de los de él, sintiendo que su seno se hinchaba dentro de la cavidad de su mano. Abrió los ojos, pero no vio nada, sólo sentía la respiración de Tyler al tiempo que sus labios besaban su mejilla y mandíbula, y el frotamiento constante de su dedo pulgar sobre el pezón duro enviaba sensaciones de placer a todo su cuerpo.

El calor del cuerpo varonil la quemaba mientras que él se movía con impaciencia, quitándole el suéter para que sus cálidos labios

reemplazaran el dedo pulgar. Con un movimiento de vaivén los labios abiertos trazaron un camino que hizo estragos, antes de cerrarse sobre el pezón.

—¡Tyler! —pronunció su nombre con un gemido mientras se ahogaba en el placer originado por esta succión.

El instinto sustituyó a la sensatez cuando el galanteo de Tyler siguió el bien recordado camino. La presión de sus labios se extendió de los contornos de los senos a los pezones, sometiéndolos a la misma tortura sensual. Ligeros gemidos de placer salían de la garganta de ella, mezclándose con los de él. Perdidos en un mundo erótico de pasión, Tyler se deslizó entre los muslos de Claudia, bajando las manos para sostenerle las caderas y sujetarla con firmeza. Después sus labios viajaron por su cuello besando la delicada piel con pasión.

—Cielos, tu sabor es tan delicioso. Siente cuanto te quiero.

Podía percibirlo, y la sensación de hacerlo sentir así, era embriagadora. Con un gemido de placer, Claudia le metió los dedos en el cabello, para acercarle la cabeza a la de ella.

—Sí, mi amor. Oh, sí… sí.

Sus palabras eran un eco de las de él, pero desencadenaron una reacción para la que no estaba preparada. Tyler se quedó inmóvil en sus brazos, y la tensión dentro de él parecía llenar el aire alrededor de ellos. Ella también quedó inmóvil, mientras que la pasión se desvanecía; no obstante subió la cabeza para mirarla. Sólo que no le agradó lo que las profundidades azules de los ojos de Tyler le revelaron, quemándola por dentro.

—¡No! —con un grito ahogado de rechazo, Tyler se desprendió de los brazos de Claudia y cayó de rodillas junto al sofá, respirando con fuerza.

Temblorosa por el sobresalto de su inesperado rechazo, Claudia hizo un esfuerzo por incorporarse y arreglarse la ropa. Su cuerpo adolorido por la repentina negativa sólo sirvió para recordarle que habían estado peligrosamente cerca del punto sin regreso. Una consumación que sus sentidos deseaban ardientemente, pero su mente y corazón estaban conscientes que sólo la llevarían a una mayor infelicidad.

Eran dos substancias altamente volátiles, que juntas, ardían. Siempre había sido así, y ahora sin proponérselo demostraron que aún era así. Pero no había futuro, ni renacimiento de las cenizas… sólo una destrucción candente. Un instante de felicidad desigual, seguido de una vida de tristeza. Porque para Tyler no había cambiado nada, ni tampoco cambiaría.

Lo demostró al dirigirle una mirada de aversión aplastante.

—¡Cielos, estaba seguro que era un error traerte aquí! Nunca debí permitir que entraras de nuevo en mi vida —agregó mesándose el

cabello con la mano.

—No te preocupes, no ha cambiado nada —Claudia curvó los labios con amargura—. Conozco mi lugar. Sé que desearme te enferma. Bueno, tampoco estoy orgullosa de mí misma —afirmó con voz poco clara e hizo esfuerzo por respirar cuando él le puso la mano en el mentón para volverle la cabeza.

Sus ojos azules taladraron los de su interlocutora.

—Sabiendo quién eres, lo que has hecho, ¿por qué diablos aún te quiero? —demandó con voz ronca.

—Pregúntatelo a ti mismo, no a mí —sus creencias rigurosas la despedazaron.

—Quizá debería de acostarme contigo de todas maneras —su mirada se ensombreció—. Sacarte de mí organismo de una vez por todas.

—Pero podría no funcionar de esa manera, Tyler —Claudia sentía que la rabia se apoderaba de ella, debido a su arrogancia—. ¡Más bien podrías aficionarte! —le lanzó la pulla al tiempo que se soltaba de él.

—¿No imaginas que estoy consciente de eso? —su indignación era tangible—. A pesar de todo, me seduces, eres una calentura en mi sangre. Al mirarte, anhelo ahogarme en tu pasión —la vehemencia de sus palabras, hicieron que la sangre de ella de nuevo se excitara, impidiéndole respirar—. Pero, lucharé contra este deseo. De una forma y otra, me curaré de ti.

—¿Y si no lo logras? —un dolor oprimía su corazón.

—Lo lograré, porque en mi vida jamás existirá un lugar para ti —Tyler se paró, una vez más en absoluto control de sus emociones—. El único vínculo entre nosotros es Natalie. Tengo el propósito de que continúe así.

No esperó a llegar a un acuerdo con ella. Sin una palabra más, tomó su chaqueta del respaldo de la silla y cerró de golpe la puerta.

Al verlo marcharse, Claudia se mordió el labio y con un gemido apoyó la frente sobre el respaldo del sofá. Aunque la amara, y ella no había visto el menor indicio, no intentaba concederle un lugar en su vida.

Como madre de Natalie, la toleraría, pues no había otra alternativa. Aunque la quisiera, sojuzgaría sus emociones a su voluntad, y jamás la tocaría, nunca iría en contra de su propio código de moralidad. No importaba que ella fuera libre. No borraba sus antiguos pecados.

Ya lo sabía, entonces, ¿por qué estaba tan contrariada? ¿Acaso intentaba luchar por él? No había funcionado la última vez… ah, pero entonces él no le había dado la oportunidad. ¿Iba a luchar contra el código tan arraigado que él mismo estableciera? ¿Era ese el motivo de que se sintiera lastimada por su ira y desprecio?

Era una locura. ¿Qué caso tenía luchar? La contestación era sencilla: era el único hombre que había amado. ¿Acaso valía la pena correr el riego? ¿Y si no la amara? No podía admitirlo, a pesar de lo que dijera o hiciera. Y esa era la verdad desnuda. Ninguna prueba, sólo instinto.

Lo único que tenía que hacer era derribar las barreras que él había levantado, aún no sabía cómo. Lo establecería cuando decidiera si en verdad iba a seguir adelante.

Agotada, cerró los ojos. Su cuerpo pesado y los ojos arenosos por falta de sueño. Se acurrucó y no supo más.

Capítulo 5

Claudia despertó horas después. Frotándose el brazo derecho dormido, hizo una mueca de dolor cuando restableció no sólo la circulación sanguínea, sino su sentido de tiempo y lugar. Recordó la discusión con Tyler, y de forma instintiva volvió la cabeza para haber si había regresado.

No sólo había regresado, sino que estaba sentado en un sillón, observándola. Cuando sus miradas coincidieron el tiempo pareció haberse detenido, y todo lo acontecido antes estaba en el aire que los rodeaba.

—¿Qué hora es? —se incorporó, alisándose el cabello con los dedos.

—Más de la una.

¡Había dormido durante horas! Es más, no había ido a visitar a Natalie, e imaginó lo que su hija pensaría de eso. ¡Maldición! Era imprescindible que le causara buena impresión y no actuar como si no le importara. ¡Todo era un lío!

—¿Fuiste al hospital? —sin duda él pensaba que después de su cita amorosa estaba demasiado casada para interesarse por su hija.

—Desde luego. Natalie se encuentra bien, y los doctores están complacidos con ella. Wendy preguntó por ti —le informó Tyler, sin darle importancia.

—Muy amable de su parte —susurró Claudia antes de bajar los ojos—. No creo que Natalie haya mencionado mi nombre.

—Conmigo no, pero cuando llegué escuché que hablaba con Wendy. Parece que Natalie tuvo un sueño muy extraño. Soñó que despertaba en la noche y que su mamá estaba sentada junto a su cama.

Claudia brincó, y sus ojos eran como canicas cuando se volvió a mirarlo.

—¡Pero estaba dormida! —protestó ella, incrédula.

Una expresión extraña apreció en la cara de Tyler, en la que Claudia reconoció como ira y confusión.

—De manera que estabas ahí. ¿Por qué diablos no me lo dijiste?

—Te divertía mucho acusarme de ir a la cama con todos —Claudia lanzó una risa frágil.

—Debes admitir que tengo razones para sospecharlo —argumentó.

—¡Oh, por favor! Cuando menos sé honesto contigo mismo, Tyler. No necesitas razones. No deseas creerme. Aunque tuvieras un informe del Papa, seguirías acusándome. ¿Qué temes? ¿Qué amenaza puedo representar para ti?

—Algunas mujeres no pueden evitarlo —hizo notar, desdeñoso.

—¡Y son más dignas de compasión que culpables! —replicó Claudia, con aspereza—. No soy una de ellas, Tyler, independientemente de lo que pienses. Lo sabrías, si estuvieras enterado de lo que fue mi vida con Gordon.

—Sé qué hiciste un compromiso con él —Tyler se enderezó en el asiento—. Te comprometiste con algo que rompiste demasiado pronto.

—No pintes a Gordon como un caballero. También rompió sus votos en tantas ocasiones que perdí la cuenta. Cualquier cosa que te haya dicho, y puedo imaginar las mentiras que te contó, Gordon nunca me amó. Me lo confesó antes que transcurriera una semana de casados. Lo único que le interesaba era el dinero, pero cometió un error de cálculo, porque no era mío. Al darse cuenta de que no podía ejercer control sobre el dinero, dejó de fingir.

—Podría creerte, si no hubieras emprendido una serie de aventuras —Tyler frunció el ceño.

—Mi única "aventura" nunca se consumó —explicó haciendo un esfuerzo por controlarse, pues la invadía la rabia.

Por un instante Tyler parecía perplejo, pero logró recuperarse.

—Oh, por favor. ¿Supones que voy a creerte eso? Los periódicos insinuaron algo muy distinto.

—Aunque lo hubieran insinuado, no tuve ninguna aventura, Tyler. Admito haber cometido todas las locuras, desórdenes y peligros que publicaron —tragó saliva—. Cuando te informan que tu hija está muerta, cuando crees haberla matado, tienes que hacer algo o volverte loca. Se recurre a cualquier cosa para olvidar la culpabilidad abrumadora, y poder olvidar, aunque sea un minuto, lo que has hecho. Cosas disparatadas, para quedar agotada y poder dormir una o dos horas. ¡Pero no hay escapatoria para la angustia de saber que tú deberías estar muerta, y tu hija viva! Compré el olvido. Lo perseguí país tras país, pero el recuerdo siempre me atormentaba. Hubo un momento en que no quise seguir viviendo, pero incluso eso me fue negado. Mi castigo no era morir, sino vivir. Cuando me conociste, incluso olvidaba lo que había hecho durante semanas. De manera que las aventuras amorosas era lo último de lo que podía ocuparme, en caso de que me hubieran interesado, lo que no ocurrió.

Su confesión concluyó con el silencio. Le había informado de todas las agonías que había sufrido en los últimos años. Si ahora no le creía, sería inútil tratar de convencerlo.

—Si Gordon era el mentiroso que pintas, ¿por qué le creíste? —Tyler no le quitaba los ojos de la cara.

Claudia dio un suspiro de dolor, ante los recuerdos que propició la conversación.

—Porque Natalie iba en el coche conmigo, cuando chocamos —

reveló con voz temblorosa. Observó el desconcierto de él al dirigir las palabras de ella—. No te dijo eso, ¿verdad? Iba a abandonarlo, llevándome a Natalie conmigo, pero una llanta se reventó en la autopista… —incluso ahora, el recuerdo doloroso la hacía sudar—. Cuando me llevaron al hospital, Gordon se encontraba ahí, y me informó que Natalie estaba muerta —hizo una mueca de desagrado ante el sabor amargo del engaño.

—¿Y la policía o el personal del hospital? Sin duda te comentaron algo, ¿verdad? —investigó aún renuente a creer en sus palabras.

—Supongo que sufrí una conmoción. Si hubiera podido pensar, supongo que habría creído que no mencionaban a mi bebé por amabilidad.

—Santo cielo, Claudia —Tyler sacudió la cabeza en señal de incredulidad—. Debió haber un funeral… ¡un certificado de defunción!

—Gordon me dijo que lo hicieron cuando yo estaba en la Unidad de Cuidados Intensivos. Al oír eso, no pensé en el certificado. Enloquecí. Sólo me importaba estar muerta yo también. Lo único que logré recordar era a Gordon, con lágrimas en los ojos, informándome que mi bebé había muerto —lo miró con ojos húmedos—. ¡Y todo era mentira!

—¡Cielos! —Tyler palideció—. ¿Por qué? ¿Por qué hizo eso?

—Porque sabía que yo la amaba. Era consciente que eso me lastimaría más que cualquier cosa que hiciera para arrebatármela. Y tenía razón. Estuvo a punto de destruirme por completo. Y si no me crees, pregúntale a mi familia… te confirmarán que no miento.

Tyler se puso de pie, a punto de decir algo, pero cambió de opinión.

—¡Caramba! —exclamó—. Una noche, cuando cenábamos, Wendy hizo un comentario de que Natalie se había portado mal ese día. Gordon le preguntó cuál era el juguete favorito de su hija, y después le ordenó que se lo quitara, que lo destruyera. Por eso la niña aprendió a conformarse. Gordon había bebido, y pensé que a eso se debía su actitud. Ahora comprendo. Lo hizo con premeditación —se volvió hacia Claudia—. Sí, te creo.

—Gracias —sintió un nudo en la garganta por la emoción.

Tyler inclinó la cabeza con discreción.

—Me contó un relato diferente.

—Gordon jamás se habría condenado a sí mismo. Nunca pensó que nos volveríamos a ver y compararíamos las dos versiones —dijo con voz suave—. En realidad nunca conociste a tu primo. Ni siquiera una cuarta parte de lo que Gordon te conocía a ti.

—Empiezo a comprenderlo —el rostro de Tyler era lúgubre—. ¿Y la persona que te trajo al hotel?

—Era mi primo, Marco —ella suspiró—. Nos encontramos por accidente. Ni siquiera sabía que estaba en este país. Fue amable en traerme.

—Comprendo —Tyler hizo un gesto de disgusto y con una mano se frotó el cuello—. Toleraste que yo creyera…

—Yo no, Tyler; Gordon —Claudia sacudió la cabeza—. Él tuvo la culpa de que imaginaras que yo era una libertina. En la misma forma en que permitió que yo creyera que Natalie estaba muerta. Porque así le convenía. Manipulaba a todos, era un experto en hacerlo. Necesitaba un aliado, y tú eras la persona idónea. No se enteró de lo nuestro, pero conocía tus sentimientos sobre las esposas que cometen errores. No espero que eso me disculpe. Soy consciente que ante tus ojos, un paso en falso me condena como si hubiera cometido mil errores. Lo único que pretendo es aclarar que no soy tan mala como Gordon me describió. Lo menos que puedes hacer es recapacitar en eso —¿acaso aceptaría someterse a esta petición?

—¿Con qué fin? Esto no cambia nada.

—Jamás pensé que lo cambiara. Pero me parece que en beneficio de Natalie, necesitamos ser amigos. Después de todo, de ahora en adelante nos veremos con mucha frecuencia —concluyó, recordándole a Tyler que no pensaba marcharse.

—¡Qué día tan ajetreado! —se rió de sí mismo y desvió la mirada hacia ella—. Que podamos ser amigos es discutible, pero tienes razón en que Natalie, sobre todo, necesita estabilidad. Como somos los únicos que tiene, nos toca asegurarnos de que la tenga. Lo intentaremos, pero no esperes que de la noche a la mañana, Natalie te acepte.

No le estaba diciendo algo que desconociera. Natalie se sintió abandonada de sus padres. Sufrió desde niña, y no iba a correr el riesgo de que la rechazaran otra vez. Tomaría tiempo y paciencia.

Con tal propósito, aunque un poco tardío, debía hablar con sus abogados para impugnar el testamento de Gordon. No le negarían sus derechos legales, aunque eventualmente los condicionara para satisfacer las necesidades de Natalie.

Antes que nada, necesitaba tomar una ducha y cambiarse de ropa.

—¿A qué hora vas a regresar al hospital?

—Le prometí a Wendy que en una hora más o menos. Así dispondré de tiempo para venir aquí para recoger ropa limpia y otras cosas personales —contestó Tyler después de consultar su reloj—. ¿Ya almorzaste?

La pregunta le recordó que ni siquiera había desayunado, y su estómago hambriento clamaba comida.

—Se me olvidó…

—Eres peor que un bebé —opinó Tyler, alargando la mano para

levantar el auricular.

Le subieron de inmediato el tentempié que ordenó, y Claudia tenía demasiada hambre para que le importara que él la estuviera observando, con un gesto de burla en la boca. Satisfecha, se recostó en el sillón con un suspiró, lamiéndose los dedos.

Una carcajada varonil la sorprendió, y miró a Tyler, estupefacta de que al fin se relajara.

—Sentada ahí, pareces de la misma edad que Natalie. No creo volver a ver a alguien menos elegante y *soignée*.

Ella también rió, el cambio repentino le levantó el ánimo.

—Me siento como si tuviera ocho años. Rejuvenecí desde que me informaste que Natalie vivía. Nunca te arrepientas, por favor. Fue una actitud desinteresada y generosa, y nunca sabrás lo que significa para mí. He vuelto a vivir, y siempre te lo agradeceré —le aseguró, sincera.

—No quiero tu gratitud —repuso, ceremonioso.

—Lo sé, pero de todos modos la tienes —se puso de pie con garbo —. Sé valiente, no te dañará. Te aseguro que no es una trampa —no pudo evitar burlarse de él. ¿Cómo podían ser amigos, si insistía en verla como una amenaza?—. Voy a tomar una ducha y a cambiarme —se detuvo en la puerta del dormitorio para mirarlo y sus blancos dientes quedaron al descubierto. No le había preguntado por qué dejó a Gordon. Quizá, era esperar demasiado. Cuando menos ahora ya estaba enterado de la clase de persona que era su primo. Si reflexionaba sobre ello, ya era una ganancia.

Entre tanto, debía tomar las cosas con calma, y no esperar demasiado. Mientras él siguiera con las mismas creencias sobre las esposas y madres tramposas, siempre habría entre ellos una muralla. Con un suspiró, procedió a arreglarse.

Cuando llegaron al hospital por la tarde, Wendy Nicholls los saludó con una sonrisa.

—Natalie está dormida. Todo el día estuvo soñolienta, pero no hay nada de qué preocuparse. Mañana estará mucho más despabilada. ¡Tanto que quizá desearemos que duerma!

—¡Correré el riesgo! —Claudia sonrió contemplando a su hija que dormía plácidamente. Sus mejillas se arrebolaron al ver que bajo el brazo tenía a la muñeca que le regaló.

—El doctor Reardon desea verlo, señor Monroe —le informó Wendy—. Quizá la señora Peterson quiera acompañarlo.

—Pensé que Natalie estaba en perfectas condiciones —Claudia sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Lo está —Wendy la tranquilizó de inmediato—. Estoy segura que el médico sólo desea dar una información de su progreso. Quizá les

dirá cuándo puede regresar a su casa.

Claudia dio un suspiro de alivio. La preocupación era un aspecto de la maternidad que tendría que aprender.

—Está bien. Me quedaré con Natalie. Merece un descanso, Wendy. Tyler puede decirme después el comentario del médico.

—Bueno, si insiste —Wendy consultó su reloj—. Tengo que hacer algunas compras.

—Claudia tiene razón —terció Tyler—. Vete ahora mismo, y no regreses hasta que hayas terminado todos tus asuntos.

Una vez que Wendy se fue, Tyler se volvió hacia Claudia, quien se había acercado a la cama.

—Veré a Reardon ahora. Trataré de no demorarme mucho.

—Puedo arreglármelas. Natalie está perfectamente segura conmigo.

Claudia le dirigió una mirada de confianza en ella misma.

—No quise decir lo contrario —aclaró, irritado—. Sólo pensé que si Natalie despertara, sería mejor que yo también estuviera aquí.

Claudia desvió la vista, haciendo una mueca.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo—. Parece que yo la pongo de mal humor, ¿no es verdad?

—¿Tratas de ser deliberadamente obtusa? —su respuesta cortante ocasionó que ella levantara la cabeza—. Sí, Natalie está de mal humor, pero cuando estoy aquí puedo frenar las cosas que dice.

—¡Oh! —exclamó Claudia, desconcertada. ¡De modo que buscaba protegerla a ella! La revelación hizo que la cabeza le diera vueltas.

—No te sorprendas tanto —Tyler sonrió, burlón—. No soy completamente insensible. Si creo en lo que me dijiste de Gordon, entonces eras aún más vulnerable que tu hija.

La inesperada comprensión, la hizo ponerse a la defensiva.

—Pensé que te agradaría. ¿No es eso lo que merezco? —lo acusó con brusquedad.

—Tal vez, pero me niego a que me utilicen para llevar adelante la venganza de un muerto. Usar a una niña como instrumento es imperdonable. Lo que Natalie necesita es estabilidad, e incluso un ciego podría ver que la quieres.

—No sé qué decir —sus cambios la desconcertaban.

—Nunca la hieras, Claudia, o te arrepentirás —se volvió con brusquedad hacia la puerta y desapareció.

Una vez sola, Claudia se arrellanó en el asiento más cercano. Aunque él le creía, no debía hacerse demasiadas ilusiones; no deseaba confiar en ella. El perdón era otra cosa. Pero, ¿por qué debían perdonarla de algo que no había hecho?

Ahora contaba con su amistad, porque ella misma se lo había pedido pero le parecía algo muy amargo de aceptar, pues no era lo

que ella deseaba. Sería devastador encontrarse a menudo con Tyler y nunca obtener algo más que su indulgencia. Un refinamiento que Gordon hubiera agradecido muchísimo. Estaba desesperada.

Desalentada se acercó a su hija. En sus mejillas había un color sano que presagiaba algo bueno. No pasaría mucho tiempo para que le permitieran irse a su casa. Esta posibilidad creaba problemas nuevos. El hogar de Tyler y Natalie estaba en Shropshire. Su enorme preocupación por la salud de su hija, le impedía ver más allá del hospital.

¿Cuándo se fueran a su casa, qué sucedería con ella? Ni siquiera sabía con exactitud dónde estaba la casa. Tendría que averiguarlo y buscar una casa cercana. Por mucho que Tyler hubiera cedido, jamás aceptaría que viviera con él.

Debía pensar con serenidad en las posibilidades que se le presentarían.

Una casa cerca de su hija propiciaría que se descubrieran de nuevo. Estaba segura que la ley le otorgaría la custodia, pero hasta que eso ocurriera, debían llegar a un acuerdo sobre las visitas. Sería una lucha ardua, pero le daría la oportunidad de demostrarle a Tyler, que podía ser una madre responsable. Entonces quizá…

Claudia interrumpió sus fantasías. ¿Quizá qué? ¿La perdonaría? ¿Volvería a amarla? Era lo único que deseaba. Sin el perdón y el cariño de él su vida estaría vacía. Haciendo un esfuerzo por ser realista, comprendió que cuando menos una de las dos posibilidades era una mera ilusión. La otra… quizá la perdonaría, pero nunca olvidaría.

Pero lo más importante en este momento era encontrar la forma de abrir una brecha en comprensibles defensas de Natalie.

Se inclinó para besar la mejilla de su hija, y se quedó rígida cuando Natalie suspiró, sin despertarse. Nuevamente se sentó y tomó una revista para hojearla. En realidad no le estaba prestando demasiada atención, pero de pronto vio una fotografía que la impresionó, pues había en ella algo familiar. Sin embargo, no lograba situarla, hasta que leyó el pie que mencionaba al distinguido caballero de cabello blanco como el famoso pianista Oscar Wheeler, y a la elegante dama al lado de él como Nancy, su esposa.

Entonces recordó todo. Los años habían añadido serenidad su belleza, pero el rostro era muy similar al que había visto antes en una revista. Era Nancy, la madre de Tyler. El corazón le dio un vuelco cuando comenzó a leer el artículo correspondiente, relativo a una serie de las mujeres casadas con hombres famosos, pero lo que más le llamó la atención era que la entrevista había sido efectuada en Londres, en el hotel Ritz, donde la pareja se hospedaba durante la serie de conciertos en los que su esposo participaba.

No informaba cuándo. Algunas revistas circulaban de un lado para otro antes que las tiraran. Cuando estaba a punto de renegar de su suerte se le ocurrió revisar la portada y sintió que el ritmo del corazón se le aceleraba al comprobar la última edición y que el matrimonio Wheeler se encontraba ahora en Inglaterra.

Sintió que las manos le temblaban. ¿Acaso de pronto los dioses estaban de su parte? Debía ser algo más que una coincidencia que la mujer con la que ansiosamente deseaba hablar, estuviera en esta ciudad. Sí, quería hablar con Nancy Wheeler, pero, ¿querría hablar con ella? No había pensado en esa posibilidad.

No es que la deprimiera, pero simplemente no estaba preparaba a recibir una respuesta negativa. Había cosas del pasado de Tyler que necesitaba conocer, y de alguna manera su madre las sabría. Lo primero era contactar a la dama, y no podría hacerlo mientras Tyler estuviera presente, lo cual eliminaba el hotel y le dejaba como única alternativa el hospital. Aunque no fuese lo ideal, existían teléfonos públicos en ese edificio.

En un instante tomó la decisión. Cuándo Tyler regresara pondría una excusa para escabullirse y hablar por teléfono.

Estaba sobre ascuas esperando a que volviera, pero transcurrió casi media hora antes que escuchara sus pisadas fuera de la puerta. Como de costumbre, al verlo el corazón le dio un vuelco, y no pudo evitar recordar los minutos apasionados en que estuvo en sus brazos. El solo hecho de pensarlo arreboló sus mejillas, las cuales se enrojecieron aún más cuando él lo presenció con las cejas arqueadas. La expresión de sus ojos le hizo saber que conocía a la perfección lo que estaba pasando.

En ese momento se dio cuenta que la revista abierta yacía sobre su regazo, mostrando la fotografía de su madre, y la cerró con rapidez. Demasiado aprisa, porque el movimiento ocasionó que él frunciera el ceño.

—Tardaste muchísimo —le reclamó con la intención de desviar su atención de la revista, que dejó a un lado. Funcionó.

—El doctor Reardon tenía muchas cosas que decirme —levantó los hombros, al tiempo que se acercaba a Natalie.

—Supongo que buenas —observó que Tyler acariciaba con un dedo la mejilla de Natalie.

—Muy buenas —contestó Tyler—. Si todo continúa así, la próxima semana podremos llevarnos a Natalie a su casa.

—Oh, Tyler, las noticias son maravillosas —sonrió feliz—. Estoy encantada.

—Ya lo veo —respondió y sus miradas coincidieron. Un rayo de luz intensa flotaba en el espacio entre ellos, y Claudia sintió que no podía moverse ni respirar, al quedar atrapada en ese resplandor.

Nunca sabría cuáles hubieran sido las consecuencias, porque afuera en el corredor alguien tiró un objeto pesado y metálico, haciendo que los dos brincaran, rompiendo el sortilegio. En el mismo momento vio que los ojos increíblemente azules una vez más se cerraban y Claudia apretó los dedos. Estaba consciente que jamás se acostumbraría a esto.

—Creo… pues… que saldré un momento a estirar las piernas.

—Haz lo que quieras —levantó los hombros, y le dio la espalda.

Claudia hizo un esfuerzo por no devolverle el insulto.

La relación oscilante entre ellos la torturaba, pues jamás sabía cuándo estaba en las alturas o en el suelo. En silencio, tomó su bolso de mano para marcharse.

Caminó en dirección al kiosco el cual le ofrecía el mayor aislamiento. Fue fácil encontrar el número telefónico del hotel, pero mientras esperaba que le contestaran, se aceleró el latido de su corazón. Cuando la operadora le pasó la llamada a la habitación, sus nervios estaban destrozados.

—¿Hola? —una cálida voz femenina contestó la llamada, y a Claudia se le resecó la boca.

—¿Señora Wheeler?

—Sí, habla Nancy Wheeler —contestó con cierta curiosidad.

—No me conoce, señora Wheeler. Me llamó Claudia Peterson… ¡oh! ¡Se cortó! —rápidamente puso más monedas en el aparato—. ¿Señora Wheeler?

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Peterson? —preguntó Nancy Wheeler, cautelosa.

—Soy la señora Peterson, y… quisiera hablarle de su hijo.

Se hizo un silencio total en el otro lado de la línea. Cuando Nancy Wheeler volvió a hablar, la amabilidad se había convertido en preocupación.

—¿Mi… hijo?

—Sí, Tyler Monroe —Claudia sintió que su propia tensión era idéntica a la de su interlocutora.

—¿Cómo se enteró de que era mi hijo? —la voz temblaba un poco.

—Él me lo dijo —Claudia cerró los ojos—. En una revista salió una fotografía de usted con su esposo. ¡Acababan de casarse! Es algo sumamente importante para mí, señora Wheeler. Necesito su ayuda.

—Si sabe quién soy, entonces también debe estar enterada de que no he visto a mi hijo durante más de veinte años. No puedo ayudarla —la voz luchaba por tranquilizarse.

Claudia comprendió que la señora estaba a punto de dar por terminada la conversación, y se apresuró a explicarle su situación.

—¡Oh, se, equivoca! Usted es la única persona que puede hacerlo. Sabe, lo amo. Pero…

—Querida, no tengo influencia alguna sobre mi hijo. Si no la

ama…

—¡Sí me ama! —la interrumpió Claudia de inmediato—. Quiero decir, me amaba y quizá vuelva a hacerlo, si se diera él mismo la oportunidad. Cuando me acababa de separar de mi esposo conocí a Tyler. Cuando lo supo, no quiso escuchar mis razones. Me desprecia por haber faltado a mis votos.

—Creo que empiezo a comprender —un suspiro suave, casi doloroso se escuchó en la línea.

—No me daré por vencida sin luchar, pero no puedo pelear contra lo que desconozco.

—Sucedió hace tanto tiempo —Nancy Wheeler respiró con fuerza.

—Para Tyler no —añadió Claudia con voz baja.

Se hizo un corto silencio.

—Está bien. Tengo una agenda muy ocupada, pero estoy libre para que almorcemos mañana. ¿Quiere venir al hotel a la una?

—Estaré ahí, y gracias por aceptar verme, señora Wheeler —aliviada, colgó el auricular.

Natalie estaba despierta y tomando su té cuando Claudia regresó. La risa alegre de su hija, hizo que sonriera al entrar en la habitación.

—Bueno, estás mucho mejor —acercó una silla al lado de la cama —. ¿Cómo te sientes?

La risa de Natalie desapareció mientras miraba a su madre con curiosidad.

—Molesta —contestó calmada.

Claudia había alargado la mano y, al sentirse rechazada, la retiró. Natalie parecía quedarse inmóvil y la sonrisa de Claudia desapareció.

—Estoy segura de que lo estás, pero pronto desaparecerá. Entonces irás a casa. Supongo que estas ansiosa de irte, ¿no es verdad? —cobró ánimos.

—Supongo que sí —asintió, levantando los hombros.

Claudia le dirigió una mirada interrogativa a Tyler, y después desvió la vista otra vez hacia Natalie.

—No pareces muy segura. Pensé que estarías feliz de regresar a casa, con Tyler.

—Desde luego que lo estoy. ¡Quiero a Tyler, y él me quiere a mí! —insistió, contundente.

Claudia bajó la mirada, sintiéndose invadida por los celos.

—Eso te convierte en una niña muy afortunada —ojalá yo pudiera decir lo mismo, pensó.

—Lo sé. No necesito ni mamá ni papá, porque tengo a Tyler —su rostro tomó una apariencia belicosa.

La voz de Tyler ahogó el grito adolorido de Claudia.

—Sin embargo, tienes una mamá, y eso te hace doblemente afortunada. Las madres son personas especiales.

—¿Por qué? —preguntó la niña con interés.

Claudia lo miró, estupefacta.

—Porque aman y perdonan a sus hijos, no importa lo que hagan o digan.

El comentario ocasionó que sintiera un nudo en la garganta. Estaba apoyándola, como le prometió.

El efecto de sus palabras en Natalie era limitado. A pesar de la duda que se adivinaba en la expresión de su cara, no hizo de inmediato caso omiso de ellas, y pensativa, guardó silencio. Claudia tuvo la esperanza que fuera un buen presagio.

Estuvieron una hora más, y se marcharon cuando llegó Wendy. Claudia se aferró a la idea de que aunque la despedida de Natalie no fue excesivamente entusiasta, al menos había sido espontánea, gracias a la intervención de Tyler.

—Te agradezco lo que le dijiste a mi hija.

—No te entusiasmes demasiado —le advirtió, con calma.

Claudia se apoyó en el asiento, la noche parecía oscurecer todo a su alrededor.

—¿Por qué es tan difícil que aceptes algo que viene de mí? ¿Incluso la gratitud? —preguntó, nerviosa.

—Porque me obliga a preguntarme qué esperas obtener a cambio.

¡Luchar con su constante desconfianza era como golpearse la cabeza en una pared de piedra!

—Ya lo recibí —contestó con brusquedad.

—Eres muy susceptible —él rió.

—¡No hagas bromas, Tyler! —respiró con fuerza—. ¡Esto significa mucho para mí! Quizá te divierta tenerme corriendo de un lado a otro, pero sólo tengo una oportunidad con Natalie, y no puedo desperdiciarla. Sabes muy bien que necesito toda tu ayuda. De modo que si has decidido no creerme, a pesar de todo lo que te he contado, dímelo —Claudia le regresó la pulla, furiosa de esta pelea constante.

—Tranquilízate, Claudia —Tyler respiró profundamente—. Estoy seguro que Gordon mintió. No resisto que me haya utilizado, y que yo, como si fuese un tonto, se lo permitiera.

—Manipulaba a todos —a pesar de la espléndida noche, Claudia temblaba—. Lo sabía, pero permanecí al lado de él. Ese fue mi error. Era demasiado orgullosa para admitir que me había equivocado, y él lo sabía.

—No obstante, te marchaste —contraatacó él.

—Ahora que sabes la clase de persona que era, ¿hubieras deseado que me quedara con él? —preguntó, incrédula.

—En la ceremonia matrimonial se dice que para bien o para mal. No puedes optar por dejar todo cuando las cosas no funcionan —aclaró Tyler.

—¡Tu opinión es medieval! —exclamó Claudia—. ¿Debemos condenarnos de por vida por un error? ¡No tienes idea de lo que era estar casada con Gordon!

—Y no quiero saberlo —replicó sin emoción, sin dejar de poner atención en la carretera—. Conoces mi forma de pensar. No ha cambiado.

—Entonces, eres un tonto, Tyler —amargas lágrimas brillaron en sus ojos—. En este mundo, hay muy poca felicidad, y debemos aprovecharla cuanto podamos. No se nos da a menudo una segunda oportunidad.

—¡Puedes estar segura que mi padre no la tuvo! —reconoció con una risa rabiosa.

—Pero pudo haberla tenido —no logró contener su respuesta airada—. ¡Te tenía a ti, Tyler! Tenía una vida por delante, pero en vez de aprovecharla se dedicó a beber en exceso. ¡Supongo que tú tampoco te preguntaste el motivo! Aunque me aseguraste que deseaba con ansia que tu madre volviera, me pregunto si no era más bien por olvidar su sentimiento de culpabilidad.

Tyler frenó con tal violencia que Claudia se vio obligada a poner la mano sobre el tablero para no golpearse. Se volvió a mirarla con ojos asesinos.

—¡Cielos, podría matarte por eso! Mi padre vivía para esa mujer y veneraba el suelo que ella pisaba. ¡Le cumplía todos sus caprichos! —apretó con fuerza el volante y los nudillos de la mano se le pusieron blancos.

La ira de Tyler la acosó, pero a pesar de tener la boca seca, Claudia se negó a permitir que él la dominara.

—Si fue así —lo agredió con voz ronca—, ¿por qué se marchó? Debió existir una razón.

—Desde luego… la avaricia —frunció el labio en un gesto de mofa —. Una vez que le quitó todo, se marchó en busca de hombres ricos.

—Y te dejó —concluyó ella en voz baja para que él no la oyera, pero logró escucharla y la temperatura bajó considerablemente.

—¿Qué diablos significa eso?

Debía continuar, pues había ya dicho demasiado. Se humedeció los labios con nerviosismo, guiándose por un raciocinio instintivo que no había examinado ella misma.

—¿Estás seguro que toda tu ira es por lo que sufrió tu padre? ¿No es realmente por ti mismo? ¿Porque ella te abandonó?

—¿Me acusas de ser un hijito de mamá? —demandó, con tranquilidad impresionante.

—No, desde luego que no —Claudia sacudió la cabeza con impaciencia—. Pero eras pequeño, y te lastimó… —la interrumpió al golpear el radio con el puño.

—¡Basta! No necesito tu psicología empalagosa. No me sentí lastimado, porque ella nunca pudo hacerlo. Lo único que logró fue ayudarme a crecer deprisa. Por lo cual, supongo que debería darle las gracias.

Claudia sintió un impulso desesperado de llorar. Por el niño que negaba su sufrimiento, y que seguía sufriendo… aunque no lo supiera. Ahora más que nunca comprendió que entrevistarse con la madre de él, era esencial. Nancy Wheeler tenía la llave de muchas puertas. Puertas que debían abrirse para que la verdad saliera a la luz. Así el pasado finalmente descansaría y mirarían hacia el futuro. Claudia se negaba a creer que fuera demasiado tarde.

El resto del trayecto hacia el hotel, transcurrió en un silencio incómodo. Él en vez de estacionar el coche, la dejó en la puerta y entre dientes le comentó que tenía que verse con alguien.

Ordenó la cena en la habitación, pero apenas saboreó los alientos espléndidamente preparados. Tampoco pudo concentrarse en la película que encontró mientras cambiaba los canales de la televisión. Su mente constantemente pensaba en Tyler. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde se encontraba? Sobre todo cuando las horas pasaban sin que él regresara. Aunque estaba furioso, dudaba que se hubiera emborrachado dados sus antecedentes. ¿Dónde estaba, entonces? ¿Quién era la persona con quien iba a reunirse? ¿Acaso una mujer?

El pensamiento de que él estuviera con una amante, la hizo sentir celos.

Tomó una ducha para desterrar las visiones que su mente evocaba, pero continuaron torturándola bastante tiempo después de haberse acostado. Pero mientras yacía despierta en la oscuridad, comprendió que no tenía derecho a estar celosa. Había perdido a Tyler desde mucho tiempo antes, pero su corazón se negaba a escuchar, porque siempre le fue fiel.

Se pertenecían… eran uno para el otro. Por esta razón iba a ver a su madre. Iba a luchar por su futuro, y las posibilidades de fracasar eran demasiado amargas para pensar en ellas.

Capítulo 6

Claudia llegó a los elegantes alrededores del Ritz cinco minutos antes de la cita y se acercó al escritorio con la sensación de haber quemado sus naves. Llevaba uno de sus trajes favoritos, y el rosa oscuro de la seda y del bolero favorecía el color de su piel y además alegraba un rostro pálido por falta de sueño.

Había sido necesario maquillarse con cuidado. Cuando menos le daba una apariencia externa de tranquilidad, y disimulaba las evidentes señales de insomnio. Tyler no le explicó el motivo de su ausencia prolongada, y ella se abstuvo de preguntarle dónde había estado e hizo acopio de paciencia cuando él la observaba con una burla mal disimulada. Sin duda no le había perdonado sus comentarios de ayer, y esperaba la oportunidad de decirle algo aplastante.

Ella no se la dio, y con una indiferencia estudiada le informó que iba a almorzar con su primo Marco. Había sido una buena idea, pues él no le hizo preguntas.

—La señora Wheeler me espera —esperó con paciencia a que se desocupara el empleado.

—Ah, sí, la señora Peterson. En el piso de arriba.

En menos de dos minutos, Claudia llamaba a la puerta. La dama que le abrió sin duda era la madre de Tyler, no obstante era de menor estatura y más regordeta de lo que había imaginado, a través de su voz.

—¿Señora Peterson? —Nancy Wheeler sonrió. Claudia observó en sus mejillas la palidez de la tensión. Las ojeras ensombrecían sus ojos azules y sus labios estaban tensos—. Entre —caminó hacia un salón elegantemente amueblado—. Siéntese, por favor. Ordené que nos sirvieran el almuerzo aquí, para tener mayor intimidad —tomó asiento con nerviosismo, y le pidió a Claudia que se acomodara en el sofá de enfrente.

—En cierto modo esperaba que hubiese cambiado de opinión —le comentó Claudia mientras se acomodaba. Debía saber con qué clase de mujer se enfrentaba.

—Para serle sincera, estuve a punto de hacerlo —la mirada de Nancy Wheeler le recordaba extrañamente, la de su hijo—. Tuve una larga charla con Oscar, mi esposo y me convenció de que la recibiera.

—Comprendo que esto quizá es incómodo para usted. Le aseguro que no le hubiera pedido una cita, si no creyera que es importante. No sólo para mí, sino también para Tyler —¿acaso le importaba?

—¿Cómo está él? —Nancy Wheeler bajó la mirada hacia sus dedos

de la mano izquierda.

Detrás de esas sencillas palabras se ocultaba una agonía que Claudia logró sentir, porque reflejaba su propia angustia al perder a su hija. Esa no era la actitud de una mujer que de manera insensible hubiese abandonado a su familia. Esta no era la mujer que Tyler le había descrito.

—Está bien. Debe estar orgullosa de su hijo —le confesó, con amabilidad.

—Lo estoy —la dama levantó los ojos y sonrió con tristeza—. Sigo religiosamente la carrera de mi hijo. Siempre he reconocido su instinto para triunfar.

—De modo… que usted no lo rechazó, ¿verdad? —la pregunta era imprescindible.

—Quiero a mi hijo, señora Peterson —de nuevo apareció aquella mirada tranquila—. Si no fuera así, no tendríamos esta conversación.

—Discúlpeme, pero era necesario que lo supiera —se disculpó con tristeza—. Yo también lo amo.

—Ya me lo informó. Y necesita mi ayuda.

—Ni siquiera sé si será benéfica —Claudia se inclinó hacia adelante, con las manos apretadas—. Sólo estoy segura que debo intentarlo. Conocí a Tyler hace ocho años, y nos enamoramos. Desde entonces, nunca he dejado de quererlo —dio un profundo suspiro—. Él también me quería, pero me abandonó. Un día me enseñó una fotografía de usted y su esposo y comentó algo que… es una historia muy complicada, pero lo mejor es empezar desde el principio. El día que conocí a Gordon Peterson, mi esposo.

No fue fácil relatar todo lo sucedido. La narración propició recuerdos dolorosos, pero Claudia no se reservó nada. Fue una especie de catarsis que al fin mitigó muchos dolores de cabeza, y aunque agotada, logró la paz consigo misma. Nancy Wheeler la escuchó en silencio, horrorizada y molesta por los virajes de las revelaciones, y sus ojos compasivos no se apartaron de aquella cabeza inclinada.

Cuando terminó el relato, ninguna se movió por unos momentos, y después Nancy se puso de pie para llenar dos copas de *brandy*. Le alargó una a Claudia, quien la aceptó agradecida, y después de tomar asiento, esperó con paciencia a que Claudia suspirara y se acomodara sobre los cojines.

—Siento mucho, querida, que hubiera tenido que soportar todo eso. No tenía una idea exacta de cómo había reaccionado Tyler con mi abandono. Aunque esperaba que le hubiera dolido, no imaginé hasta qué extremo. Jamás intenté separarme de él de manera definitiva. Pero las circunstancias estuvieron fuera de mi control. Le escribí para explicarle lo sucedido. Durante aquellos primeros años le dirigí muchas cartas. Nunca recibí respuesta.

—Él nunca las recibió —Claudia frunció el ceño.

Por un momento, su madre parecía sorprendida, y después le preguntó con voz extraña:

—¿Me escribió?

—Me informó que sí —confirmó Claudia y observó que en la cara de su interlocutora, aparecía un dejo de dolor.

—Comprendo. Gracioso, pero nunca tomé en cuenta… pensé que quizás era la influencia de su padre.

—¿Qué sucedió?

—Envié mis cartas a la casa de los abuelos de Tyler —Nancy Wheeler sonrió con amargura—. Vivía con ellos. Nunca me quisieron, y ahora comprendo que debieron destruir mis cartas y las de Tyler. ¿Cómo pudieron? Pensar ahora en él, víctima de deformaciones y amargura, sin recibir amor, y todo porque… ¡qué terrible desperdicio de una vida!

Con los dedos se enjugó las lágrimas que salieron de sus ojos. Claudia sintió una enorme simpatía por ella, y en un momento estaba en el otro sofá, tomando entre las suyas una mano temblorosa.

—¿Podría decirme qué ocurrió? —la exhortó.

—Quizá si lo hago, el pasado al fin logrará descansar —Nancy Wheeler le dio una palmadita a la mano de Claudia y sonrió con los ojos húmedos—. Conocí al padre de Tyler en África. Era el propietario de un rancho, desde donde manejaba grupos modestos de safari. Era guapo y dinámico y creo que me enamoré de aquel ambiente, tanto como de Kit. Fui a África en un safari, y me quedé como esposa. Al principio todo marchaba a la perfección, no me importaba el aislamiento porque tenía a Kit, y más tarde Tyler llegó. Éramos increíblemente felices… o eso pensé. Siempre había personas que iban y venían. Mientras que Kit se encargaba de los animales, yo abastecía las comidas y administraba el alojamiento. Teníamos mucho éxito, pero pienso que eso comenzó a arruinar nuestro matrimonio. Siempre supe que Kit era un hombre celoso, posesivo. Casi desde el principio le guardo rencor a su hijo porque absorbía la mayor parte de mi tiempo. No obstante, pienso que podríamos haberlo superado, si la pensión para ir de cacería, no hubiera estado ahí. Tenía que mezclarme con los huéspedes, pues era parte de mi trabajo, y la proporción de hombres contra mujeres, por lo general era de tres a uno. Al principio me reía de las sospechas de Kit, pero llegó a tal grado que ni siquiera podía hablar con un hombre acerca del desayuno, sin que me acusara de tener una aventura con él. En poco tiempo las cosas se volvieron insoportables. Inventaba pretextos para regresar a la hacienda para sorprenderme. Hablaba por radio siempre que podía, y si yo estaba sin aliento por haber corrido a contestar, puede imaginar lo que él pensaba que estaba ocurriendo.

Nancy Wheeler ahogó un sollozo y prosiguió.

—Fue terrible. Comenzó a insultarme, y sus acusaciones eran cada vez más violentas. Se convirtió en el hazmerreír y el negocio comenzó a irse para abajo. Había peleas con los huéspedes… todo tipo de cosas. No sabía yo qué hacer, a dónde dirigirme. Mi única familia estaba en Inglaterra, y carecía de dinero propio. Kit me había apartado de todos los amigos que intenté hacer. Sus celos lentamente comenzaron a enloquecerme. Por fortuna Tyler se encontraba en un internado, y no quise que él se enterara de lo que estaba ocurriendo. Aunque no temía que Kit pudiera dañarlo de alguna manera, sí me preocupaba que sus absurdas acusaciones volvieran a mi hijo en mi contra. Kit hubiera estado feliz de que yo no conociera a nadie, fuera de él. Las cosas empeoraron tanto, que la única forma de no volverme loca era huir. Había amado verdaderamente a Kit y supongo que él también me quiso, pero sus celos destruyeron el amor. No tenía caso divorciarnos, porque jamás me hubiera dejado marcharme. Un día, cuando Kit estaba ausente, hice mi maleta, saqué el coche, y me fui. Tenía pensado recoger a Tyler y llevarlo a casa de mi familia. De alguna manera conseguiría yo el dinero. Pero me equivoqué. Llegué a la casa de una amiga, de las pocas que aún me quedaban, y me derrumbé. Los meses siguientes estuve en el hospital, y cuando salí descubrí que Tyler había dejado la escuela y estaba viviendo con su padre. No me atreví a regresar. Después encontré trabajo y un lugar para vivir. Kit se dedicó a beber, y supongo que el pobre de Tyler escuchaba todas sus quejas sobre mi ingratitud de abandonarlos. ¿Qué otra cosa podía creer un niño de diez años, que durante seis meses no sabía nada de su madre? —no había amargura en la voz de Nancy Wheeler, sólo una tristeza profunda.

—¿Qué hizo? —la impulsó Claudia.

—Todo lo que pude —suspiró—. Le escribí a Tyler a través de mis parientes políticos, y después comencé a rehacer mi vida de la mejor manera posible. Aunque me dolía no saber de mi hijo, continué escribiéndole. Cuando me enteré que Kit había muerto y que Tyler estaba con los padres de Kit, intenté verlo, pero me informaron que mi hijo no quería verme, que no deseaba saber nada de mí, y que lo mejor era que lo dejara solo para que llorara la muerte de su padre. ¿Qué otra cosa podía hacer yo? Supuse que estaba feliz con ellos, ya que no me quería. Tuve la esperanza de que llegaría el momento de las explicaciones. De modo que obedecí a mis suegros, esperando que alguna vez mi hijo me buscara. Siempre tuve la precaución de que supieran dónde localizarme, pero nunca supe de mi hijo. Viví varios años llena de esperanza, hasta que unos buenos amigos me convencieron de que debía reconstruir mi vida. Tuvieron razón. Terminé por marcharme de África… el resto, como dicen, pertenece a

la historia.

Las dos mujeres se miraron fijamente, horrorizadas y tristes de una tragedia que nunca debió ocurrir, pero como una pesadilla recurrente, parecía estar a punto de volver a suceder.

—Debe enterarse de la verdad —sugirió Claudia, con decisión.

—Oh, estoy completamente de acuerdo —respondió Nancy Wheeler de inmediato—. Siempre quise verlo, pero a medida que los años pasaban, de alguna manera se hizo más y más difícil. Si yo hubiera tenido el valor, le habría evitado esta rabia terrible. Creí que lo que estaba yo haciendo, era lo mejor. Sus abuelos lo querían, estaba feliz mientras que yo a veces casi no tenía dinero para comer. No podía darle lo que ellos, al menos no al principio —suspiró con fuerza —. Mi pobre Tyler.

Alguien llamó a la puerta y como Nancy estaba embebida en sus pensamientos, Claudia dejó entrar al mesero con el almuerzo. Y no fue sino hasta que se fue, que la anfitriona vio a Claudia con los ojos brillantes de decisión.

—Mi hijo me ha odiado por más de veinte años, y es demasiado. Estoy decidida a decirle la verdad.

—¿Pero cómo? ¿Dónde? Tyler es orgulloso y obstinado. No está preparado para escuchar —objetó Claudia, consciente de la magnitud de la tarea.

—Me corresponde a mí obligarlo a que me escuche. No puedo obligarlo a que me crea. Eso no lo ayudará, ¿verdad? Usted tiene muchas cosas qué decirle.

—También tengo mi orgullo. Él debe hacerme las preguntas. Debo estar al tanto de lo que desea saber. Las dos sabemos que nunca lo hará, a menos que tenga noticias de usted.

—Y quizá ni siquiera entonces —Nancy Wheeler le dio el brazo a Claudia—. Tendrá que prepararse para la eventualidad.

—Por el momento, Tyler me desprecia. Desconozco si siente o pudiera sentir algo distinto, por lo que no tengo nada que perder.

—Yo tampoco —Nancy Wheeler le correspondió la sonrisa—. Señora Peterson, parece que somos dos mujeres con una misión… redimir a mi hijo. Cuando logremos hacerlo, y si las cosas salen como queremos, seré feliz de darle la bienvenida para que pertenezca a mi familia. Por lo tanto, si no se opone, voy a llamarla Claudia. ¿Quiere llamarme Nancy?

—Desde luego.

—Magnífico. Vayamos a almorzar.

Sentadas en la mesa frente a la ventana, se sirvieron distintas ensaladas.

—La dificultad verdadera es cuándo ver a Tyler —fue Nancy quien rompió el silencio—. No soñaría en hacerlo mientras que su hija

permanezca en el hospital. Los conciertos de Oscar en Londres, terminan dentro de dos días. Después iremos a Glasgow, Edinburgh y luego Manchester. Por un tiempo no regresaremos aquí —sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

—¿Manchester? —dijo Claudia con rapidez—. Tyler vive en Shropshire. No queda muy lejos. Tan pronto como Natalie mejore, la llevará a ese lugar.

—Querida, estaría perfecto. Si logramos localizarlo cuando usted y Natalie estén ahí, es muy poco probable que me haga un escándalo, ¿verdad? —Nancy hizo una mueca.

—Por el momento, no sé dónde estaré, ya que tendré que encontrar un lugar para vivir cerca de ellos. Pero le prometo que la ayudaré en todo lo que pueda. Si me da el número de teléfono en donde puedo encontrarla y en qué fecha, la llamaré en el momento oportuno.

—Supongo que vivirá con su hija.

—Sería difícil. Todos los movimientos de Gordon son discutibles. Hablé por teléfono con mi abogado por la mañana, y va a impugnar el testamento. Tal vez obtenga la custodia temporal de Natalie hasta que el tribunal dé el fallo, pero por el momento no debo hacerme ilusiones, porque aún está en el hospital. Su convalecencia será mejor en un lugar familiar, y ése es la casa de Tyler. Supongo que él no querrá tenerme en su casa.

—Nunca conocí a su esposo, ni a ninguno de los Peterson. Seguramente eran parientes lejanos de Kit. Me agrada no haberme topado con ellos, y no sabe lo que me disgusta que Tyler lo haya conocido. El rencor me deja muda. Es inconcebible que a pesar de todo, Tyler se hubiera dejado engañar.

—Gordon era una persona encantadora, un experto en manipular a la gente. Se conocieron en la universidad, supongo que Gordon logró inspirarle confianza y Tyler se desahogó con él. En cualquier otro asunto, Tyler no habría sido tan susceptible. Me temo que somos su punto ciego.

—Tal vez detrás de todos nuestros sufrimientos, exista una especie de plan divino. Si me hubiera quedado en África, quizá no habría conocido a mi segundo esposo, el actor Donald Miles. Vivimos juntos siete años. Años agridulces, porque desde que me casé con él estaba enfermo de cáncer. Cuando murió, jamás esperé conocer a alguien más, pero entonces apareció Oscar, y transformó mi vida. No creo haber sido nunca tan feliz. Nada de esto habría ocurrido, si Kit no hubiera sido tan celoso. Aunque hubiera sacrificado todo para quedarme con mi hijo, pero eso no pudo ser. Sin embargo, cuando ya había perdido la esperanza de volverlo a ver, usted se presenta en mi vida y e da la oportunidad de acercarme a él. Debe existir un poder

detrás de ello, algo que no podemos ver pero sí seguirlo, si tenemos fe.

—Es un pensamiento reconfortante, pero sería más feliz si Tyler también lo sintiera —Claudia sonrió.

—Quizá lo siente. ¿Quién puede saberlo? Me comentó que era obstinado, y le creo. Sé muy poco de mi hijo, pero todo eso va a cambiar —Nancy tomó un sorbo de vino blanco—. Hábleme de él, Claudia; todo lo que sepa, por poco que sea.

La siguiente hora hablaron de sus hijos e hicieron planes tentativos. No las unía sólo su situación similar; también existía comprensión. A Claudia le agradaba mucho Nancy Wheeler, ya que en ella había mucho de su hijo, y la diferencia de edades no significaba nada.

Claudia abandonó el hotel sintiéndose más animada por haber compartido su pena. Lo que Nancy le contó la hizo comprender a Tyler mucho mejor.

La tarde estaba preciosa, por lo que prefirió regresar a pie. En el trayecto entró en una tienda para elegir unos libros, esperando que Natalie los disfrutara.

Estaba agradablemente cansada cuando subió en el ascensor a la suite. Aunque Tyler no le había dicho que iba a salir, de alguna manera le sorprendió encontrarlo al entrar en el salón. Estaba sentado cómodamente en un sofá hablando con la persona menos esperada su primo Marco.

—Mira quién vino a visitarnos —señaló Tyler con voz calmada.

Atrapada en la mentira, Claudia se humedeció los labios.

—Hola, Marco, ¿hace mucho tiempo que llegaste? —sin dejar de pensar en una disculpa, aceptó el beso afectuoso que él le dio en la mejilla.

—Más o menos media hora —contestó Tyler por él—. Insistí en que te esperara. Estaba seguro que te agradaría verlo.

La amenaza oculta ocasionó que el corazón le latiera con fuerza. Después de sentarse y de apartar los bultos, Claudia tomó tiempo para recobrar la compostura.

—Es una agradable sorpresa. ¿Qué te hizo venir aquí, Marco?

—Como siempre, tú, *cara* —su blanca sonrisa quedó al descubierto —. La verdad es que recibí una llamada telefónica de tía Lucía. Me pidió localizarte y además que comprara un regalo para Natalie —sacó de su bolsillo un paquetito y se lo entregó—. Es algo modesto, sólo para desearle que se alivie.

—Gracias, Marco —Claudia le dijo cariñosamente—. Estoy segura que le encantará. Pero no debiste haberte molestado.

—Para ti y tu familia, Claudia, nada es molestia. También vine para recordarte que te pongas en contacto con nuestra tía. Me informó que no ha sabido nada de ti.

—Es cierto; debí haberle telefoneado, pero las cosas estuvieron bastante agitadas. Te prometo que le escribiré tan pronto como me sea posible.

—*Bene* —su primo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Mientras los primos sonreían, Tyler rompió su prolongado silencio.

—Marco y yo tratamos de deducir con quién habías ido a almorzar. Me informaste que un pariente, pero olvidé el nombre. ¿Quién era? —su tono era una mezcla magistral de coraje con relativo interés, y Claudia comprendió que estaba furioso.

Marco, sin proponérselo, agravó la situación.

—Sí, *cara*, ¿quién es? Giancarlo y Anna no regresarán hasta el mes próximo. ¿Se trata de Raf? —nombró a sus hermanos y cuñadas.

Claudia sentía ganas de quejarse en voz alta. ¡Si Marco no hubiera elegido el día de hoy para hacer una visita! Sin embargo, no tenía caso enredar más a su primo.

—Tengo otros parientes —aclaró, intencionada—. Mi tío George regresó de América, y necesitaba mi firma en un documento. Después fui de compras. Qué raro que olvidaras el nombre de George, Tyler —no pudo resistir la pulla.

—Hmm, sí, muy raro —sus ojos brillaron.

Las mejillas de Claudia se arrebolaron, y agradeció la interrupción de Marco.

—Es el pariente estirado que se encarga de tus inversiones. Una vez lo conocí, ¿no es verdad?

—Sí. A pesar de sus defectos, es un experto en manejar mis posesiones.

—¿Inversiones? ¿Posesiones? —Tyler irrumpió con una risa—. Con tu forma de vivir, ¡supongo que ya no te queda mucho de la pensión de tu divorcio!

—Pensión… —comenzó Marco, pero Claudia levantó la mano para interrumpirlo.

—De modo que Gordon te informó eso, ¿verdad? —miró a Tyler con frialdad—. Lo que no te dijo es que puedo manejar yo sola mi dinero —había descubierto otra mentira y le interesaba saber hasta dónde llegaba.

—Hacer lo que quieras con el dinero que tienes para tus gastos personales, no te convierte en un as de los negocios —Tyler arrastró las palabras con burla.

—Una actitud que una vez compartió mi tío abuelo. Quizá no sepas nada de ellos. Pensé que eran del dominio público, pero creo que Gordon pensó que era preferible no mencionarlos. Deseaba tu comprensión, no que lo condenaras, y con tus antecedentes financieros, quizá los habrías unido con las herederas Webster.

—¿Las herederas Webster? —Tyler se enderezó en el asiento y

entrecerró los ojos—. ¿Estamos hablando de las Webster de Wall Street?

Claudia sonrió, inflexible. Gordon tuvo razón en comportarse con cautela, ya que Tyler sabía la historia de ellas.

—Exactamente. ¿Qué más sabes de ellas?

—No mucho —trataba evidentemente de establecer la relación—. Dos niñas quedaron huérfanas en el mismo accidente. Causó sensación la muerte de una de ellas, hace unos años. ¿Cómo se llamaban? Nombres pasados de moda, según recuerdo. ¡Amelia! Así se llamaba la que murió, y la otra era… —su voz fue apagándose, y sus ojos la miraron con incredulidad.

—Claudia. Resulta ahora divertido pensar en la situación. Ustedes dos no querían recordar ese nombre. Tú porque… bueno, no lo sé, y Gordon por haberse casado con la prima equivocada. Después descubrió que su ex esposa, de quien había recibido una pensión muy considerable por darle el divorcio, ¡se había convertido finalmente en la heredera! ¡Debió herirlo en lo más profundo!

—Entonces, ¿eres tú Claudia Webster? —Tyler caminó por el salón antes de pararse frente a ella—. Con razón puedes darte el lujo de viajar por el mundo, haciendo lo que te venga en gana.

¿Qué otra cosa esperaba? Tyler no criticaba la falta de honradez de Gordon, sino el comportamiento denigrante de ella.

—Podría hacerlo, pero ya no me interesa. Sí, viajo por el mundo, pero con un objetivo. Administro varias fundaciones de caridad para niños desvalidos. Además enviamos misiones a los países del Tercer Mundo para ofrecer ayuda, y nos absorbe mucho tiempo. Quizás hayas oído mencionar la Fundación Webster, ¿no es verdad?

—¿Quién no? —exclamó, pero sus ojos ahora tenían un aspecto diferente—. Es un trabajo que te interesa mucho, ¿no es verdad?

—Mmm. Y como dije, es un negocio agotador. De modo que cuando puedo, me comporto con liberalidad.

—Y sales en los periódicos —concluyó Tyler, sin indicio de burla.

—¡Los reporteros! ¿Qué saben ellos? —Marco la defendió—. Lo único que les interesa es el escándalo. Pero nosotros conocemos la realidad, ¿verdad, *cara*? —alargó la mano que ella apretó con agradecimiento, pero no dejaba de mirar a Tyler, retándolo a que dijera lo contrario.

—No lo discuto —la expresión de Tyler ante esta defensa era divertida—. Mi primo me hizo creer que Claudia no tenía un centavo.

Marco dijo una obscenidad en italiano.

—¡Ese era un sinvergüenza capaz de inventar cualquier cosa!

Claudia fijó los ojos en Tyler para observar cómo reaccionaba ante esta difamación de su intachable primo. Tyler no rió, pero tampoco se apresuró a defenderlo, lo que ya era bastante. Parecía pensativo y

Claudia, en su mente, cruzó los dedos. Cambiando de táctica, fijó la vista en su primo.

—Tengo una idea excelente, Marco. ¿Por qué no vienes con nosotros al hospital para entregarle tú mismo su regalo? Estoy segura que te lo agradecerá.

—Iré con gusto.

Claudia miró a Tyler, cuyos ojos una vez más se entrecerraron con recelo.

—Te parece bien, ¿no es verdad?

Parecía estar a punto de discutir, y ella comprendió que él creía que estaba ejerciendo una táctica dilatoria. No podía evitar que él pensara lo que quisiera.

—Por supuesto. ¿Deseas cambiarte de ropa? Si no, podemos irnos —fue todo lo que él dijo, la implicación era que cuanto antes terminara la visita, más pronto podían hablar entre ellos.

—Me iré así —sonrió, a pesar de que el corazón se le estremecía.

Después de un momento de timidez, Natalie quedó encantada con su nuevo tío, el cual estuvo muy cómodo con ella, bromeando de manera escandalosa como solía hacerlo con sus propios sobrinos. Coqueteó con Wendy y las otras enfermeras, con un éxito tal que incluso Natalie abandonó la reserva con su madre, agradeciéndole los libros que también su tío Marco tenía que leer.

Cuando se fueron, dejaron al primo de ella en el club, antes de regresar al hotel.

—Me sorprende que tu primo no tenga sus propios hijos —comentó Tyler cuando pararon el coche en un alto.

—Su prometida murió hace dieciocho meses, en un accidente de equitación —explicó Claudia con un suspiro—. Ese día se apagó para él una luz; se necesita una mujer excepcional para hacerlo olvidar.

—¿A qué se dedica? —Tyler cambió la velocidad cuando las luces cambiaron.

—Lo creas o no, es profesor de arte precolombino. Ahora se encuentra de vacaciones.

—¿Es alguien en tu familia lo que aparenta ser? —Tyler refunfuñó.

—¿Lo tomaste por un aficionado? Eres fantástico para sacar conclusiones precipitadas.

—Y tú… —Tyler se mordió los labios—. Tú —continuó con mayor suavidad—, mi querida Claudia, eres una mentirosa.

Había llegado el momento que Claudia temía.

—¿Con quién almorzaste, Claudia? —preguntó Tyler con voz aterciopelada.

—No estoy obligada a explicarte mis movimientos —aclaró a la

defensiva.

—¿Para qué, entonces, te molestaste en mentirme? —la desafió al tiempo que se acercaba a ella—. Es preferible que me lo digas, porque no saldrás de aquí hasta que lo hagas.

Hablaba en serio, ya que en cada línea de su cuerpo se adivinaba la decisión. Claudia luchó en su interior. Aunque podía mentirle, presentía que él se daría cuenta. Era mejor decirle la verdad.

—Si quieres saberlo, almorcé con tu madre —le confesó.

—¿Qué dices? —preguntó con un susurro, para no gritarle.

—Almorcé con tu madre —repitió al tiempo que levantaba los hombros, pero él con brusquedad se los sujetó.

—Eres una… —Tyler, con un sonido de disgusto, se comió las palabras—. ¿Quién diablos te dio derecho a entrometerte en mis asuntos privados? ¡Traicionándome a mis espaldas!

Claudia levantó las manos, golpeándole el pecho.

—¿Cómo voy a enterarme de algo si nunca me lo dirás? —argumentó, e hizo una mueca cuando la apretó fuertemente con los dedos.

—Sabes todo lo que necesitas saber. Quédate fuera de mi pasado. ¿Me oyes, Claudia? No te metas en asuntos que no te interesan. ¡Son cosas que no comprendes! —la amenazó con tono espeluznante.

—Pero sí las comprendo. Eres tú el que no quiere comprenderlas —insistió—. Quiere verte. Explicarte.

—¿Explicarme? —Tyler rió—. Una vez fui lo suficientemente tonto para creer sus mentiras. Eso no volverá a suceder. Aprendí gracias a mis errores.

—Ahora estás cometiendo uno.

—No lo creo. Mi madre eligió su camino y yo el mío. Nunca se encontrarán.

—Podrían hacerlo si accedieras un poco.

—Escucha, Claudia —Tyler la soltó mientras suspiraba—. Sé que encontrar a Natalie significa mucho para ti, por lo que anhelas que todo el mundo sea tan feliz como tú, pero la vida no es así. Supongo que tu intención es buena, pero demasiado tardía. Mi madre y yo no tenemos nada que decirnos, de modo que olvídalo —consultó el reloj —. Debo irme; tengo una cita para cenar.

Después de la desagradable conversación y sentirse abandonada por segunda vez, le impidió morderse los labios para no pronunciar las irreflexivas palabras que brotaron de su boca.

—¿Con quién? ¿Una mujer?

—¿Estás celosa, Claudia? —sus ojos brillaron con mofa—. Acabo de decirte que no intervengas en mi vida. Elegir con quien cenar, es cosa mía —entró en el dormitorio.

Desalentada, Claudia se arrellanó en el asiento más cercano. Su

confesión no había alcanzado su objetivo en lo absoluto… excepto apartarlo aún más. Era un hombre irracional y obstinado… y Claudia no sabía qué hacer. Fue una tonta al permitir que él se diera cuenta que a ella le importaba lo que hiciera, o con quién. ¡Todo era un lío!

Una hora después Tyler se marchó, aconsejándola que no lo esperara. Cuando la puerta se cerró, tomó la decisión de que no se quedaría en la habitación, preocupándose por él. Tomó un baño y después de ponerse un vestido de seda violeta de cocktail, bajó a cenar al restaurante.

Muchas cabezas masculinas se volvieron a mirarla, lo que levantó su moral, pero no era divertido cenar sola, por lo que regresó a la suite.

Sus pensamientos se dirigieron a Tyler. Sin duda ya habría acabado de cenar y su demora era premeditada para demostrarle que no tenía lugar en su vida. En realidad, lo único con que ella contaba era Natalie, ¡y tampoco estaba segura de su hija! La invadió una profunda tristeza, y de pronto decidió que no quería estar sola un minuto más.

Era más de la medianoche pero no le importó. Se puso un pantalón y un suéter, y después de recoger su bolso de mano bajó a tomar un taxi para que la llevara al hospital. Prefería pasar estas horas con su hija.

Wendy la saludó con una sonrisa, y charlaron en voz baja por un rato, antes de dejarla sola con su hija dormida. Natalie ya no estaba conectada con los monitores, y dormía tranquila con una muñeca en los brazos. Claudia se inclinó para besar la suave mejilla y vislumbró el crucifico que Marco le había regalado. Estaba contenta que los dos se hubieran caído bien, para que Natalie supiera que Tyler no era lo único que tenía.

Claudia acercó una silla, y como antes, la paz parecía invadirla. Tomó el libro que Marco había estado leyendo y que se hallaba en la mesa, y estaba tan inmersa en su contenido que pasó bastante tiempo antes que se diera cuenta que Natalie había despertado, y que la observaba.

Por un momento sus miradas se encontraron, y después Claudia cerró el libro.

—Deberías estar dormida —le sonrió.

—Estuviste aquí antes —en los ojos color de avellana había incertidumbre—. Me observabas.

—Es verdad. Me gusta hacerlo. Cuando eras bebé, acostumbraba sentarme y observarte a menudo. Eso me hacía sentir que no todo era malo —Claudia le confesó con sinceridad.

—Si no era malo, ¿por qué te fuiste? —preguntó Natalie con su acostumbrada brusquedad.

—Tu padre me engañó —Claudia suspiró, sus ojos se

ensombrecieron—. Si no lo hubiera hecho, no te habría abandonado. No espero que me creas de inmediato, pero es la verdad. Te quiero muchísimo, siempre te quise, pero no tuve forma de demostrártelo.

—¿Te agrada Tyler? —Natalie frunció el entrecejo.

—Sí, mucho —Claudia estaba contenta de que la suave luz ocultara el enrojecimiento de sus mejillas.

—A mí también. Me gustaría que fuese mi verdadero padre. Mi padre contaba mentiras —detrás de ese comentario se hallaba un dolor oculto, y Claudia sintió un nudo en la garganta.

—Lo sé, pero puedes confiar en Tyler —contestó con voz ronca.

—Dice que quieres conocerme —aquellos ojos penetrantes se clavaron en su madre—. ¿Significa eso que deseas que me vaya a vivir contigo?

Claudia comprendió que estaba en un campo minado que requería manejarse con exactitud.

—Me gustaría muchísimo, pero todavía no, y sólo si tú también lo deseas —comentó con amabilidad—. La elección será tuya.

—Qué bien —Natalie señaló de inmediato—, porque no quiero ir.

—Nunca creí que te gustaría —disimulando el insulto, Claudia echó la cabeza hacia atrás—. Por el momento lo que quiero es que tengamos la oportunidad de ser amigas.

—¿Porque… quieres mi dinero? —demandó la niña, recelosa.

—Te aseguro que no —Claudia suspiró llena de ira—. No necesito tu dinero porque yo tengo el mío propio. ¿Quieres sacarte esa ridícula idea de la cabeza, de una vez por todas? —concluyó con bastante más brusquedad de lo que hubiera querido, pero la mentira de Gordon la había enfurecido. Cuando estaba a punto de acariciar a su hija, apartó la mano, llena de confusión. Las lágrimas brillaron en sus ojos y rió con amargura—. ¡Mírame! ¡Tengo miedo incluso de tocarte, en caso de que te apartes de mí! —se paró de prisa para ir a la ventana, diciéndose a sí misma que era una tonta.

—¿C… Claudia?

Al oír que la niña la llamaba, se volvió hacia ella llena de asombro.

—Creo… que tal vez… si quieres seremos amigas —Natalie levantó el hombro, con timidez.

—¡Oh, desde luego! —exclamó, pero se controló al ver lo defensiva que se había vuelto su hija. Después de todo, era sólo una niña que se sentía abandonada y no sabía si incluso podría confiar en su propia madre. Claudia regresó a su asiento y levantó el libro—. ¿Quieres que te lea? Te ayudará a dormir —le ofreció.

—Si quieres —aceptó Natalie, acurrucándose.

Después de aclararse la garganta y de enjugarse una lágrima de manera subrepticia, Claudia comenzó a leer.

Cerca del amanecer, Claudia recogió sus pertenencias y salió de la habitación. Natalie se había dormido varias horas antes, dejando que su madre reflexionara. Aunque tentativo, se había logrado un adelanto, y no iba a preguntarse cómo o porqué, simplemente lo aprovecharía al máximo.

Disimulando un bostezo, se volvió hacia los elevadores y se detuvo. Con las piernas extendidas, las manos en los bolsillos de su traje de etiqueta, Tyler estaba sentado en un sofá un poco más allá. La sorpresa de ella fue total. Después de la forma en que se marchó, no esperaba verlo. No se había cambiado de ropa, por lo que debió haber regresado al hotel y descubrir que ella estaba ausente. ¿Cuánto tiempo llevaría sentado ahí, y por qué no había entrado en la habitación?

Sus pisadas no hicieron mucho ruido, sin embargo fue suficiente para que Tyler abriera los ojos y la viera. Se paró para esperar que ella se acercara y observó sus mejillas pálidas y sus ojeras.

—Esto es absurdo. Si te agotas tú misma, no le serás de utilidad alguna a Natalie —señaló, secamente.

—Estaré bien —protestó, caminando hacia el ascensor más cercano.

—Desde luego, tu apariencia lo demuestra —respondió con burla.

Claudia se detuvo y se volvió hacia él, demasiado cansada de todo esto.

—Está bien, es absurdo. Pero algunas veces necesito estar cerca de ella, para convencerme de que no es un sueño.

—Es una realidad. ¿Qué más persuasión necesitas? —Tyler le dio el brazo para que entrara al elevador, presionó el botón del piso de abajo, y la inspeccionó con expresión rígida.

—Toda la del mundo. Es necesario perder algo para verdaderamente valorarlo —apartó la vista de él, torciendo los labios —. Es evidente que jamás has perdido algo de valor.

Salieron del elevador cuando comenzaba otro hermoso día.

—El coche está aquí —le señaló el estacionamiento.

Claudia se acomodó en el asiento del pasajero. Aunque estaba cansada, se sentía satisfecha. Cuando Tyler puso el coche en movimiento ella guardó silencio por un rato, pero no resistió preguntarle:

—¿Te divertiste en tu cena?

Claudia miró por la ventana. Él no iba a revelarle nada, y como miles de preguntas la atormentaban, prefirió guardar silencio.

—¿Por qué viniste a recogerme? ¿Estabas vigilándome?

—Como no estabas en tu cama, de inmediato imaginé dónde te encontrabas. Pensé que agradecerías que te llevara de regreso al hotel; nada más.

—De modo que la cena se convirtió en una fiesta de toda la noche, ¿verdad? —le dijo con brusquedad, y de inmediato se arrepintió al ver que Tyler reía.

—¿Qué cosa evoca tu cerebro? ¿Una noche de pasión? Supongo que Audrey estaría muy halagada.

—¿Audrey? —al repetir el nombre de modo incisivo, la mirada de burla de él la hirió.

—Una analista de mercado, a quien consulto de vez en cuando. Me dio de cenar espléndidamente, y después dedicamos las horas siguientes a una discusión acalorada sobre el valor de reciclar los desechos —concluyó, irónico.

—¿Quieres decir… toda la noche? —preguntó, incrédula.

—Sólo hasta la una. El resto lo pasé sentado en una silla de hospital, muy incómoda.

—Pero… ¿por qué? —preguntó.

—Porque no sabía a qué hora te marcharías, y no me agradaba la idea de que caminaras sola por las calles en busca de un taxi. Considérala una nobleza de mi parte.

Era lo último que ella hubiera esperado de él.

—No sé qué decirte.

—No digas nada. Sólo trata de reprimir esta tendencia, hasta que llevemos a Natalie a la casa. Será más seguro, y quizá no tenga caso —opinó él con brusquedad.

No discutió, ya que Tyler había mencionado algo más importante.

—He querido preguntarte dónde vives, desde luego fuera de Shropshire.

—En un hermoso valle cerca de Church Stretton. Es un poblado al norte de Ludlow.

—Comprendo. Si dan de alta a Natalie la próxima semana, debo ponerme de inmediato en contacto con un agente inmobiliario —necesitaba tener un mapa, o se perdería.

—¿Agente inmobiliario? ¿Para qué diablos lo necesitas? —la pregunta brusca de Tyler interrumpió sus pensamientos.

—Para que encuentre una casa —levantó la vista.

Después de blasfemar, Tyler metió el coche al estacionamiento y una vez que lo apagó, se volvió hacia ella, iracundo.

—¿No te parece que sería mejor vivir con Natalie un tiempo, antes de que desaparezcas?

Su suposición la llenó de ira.

—No intento "desaparecer" —Claudia replicó con la misma violencia—. Debo quedarme en algún lugar. Como ambos sabemos, Natalie vive en tu casa… por el momento… ¡un lugar en el que nunca seré aceptada!

—Sin embargo, ¡te quedarás exactamente en ese lugar! —Tyler le

informó, conciso.

—Pero… ¡no me quieres ahí! —la ira de Claudia se convirtió en sobresalto.

—Tal vez. Pero en este momento pienso en Natalie. Para que las relaciones entre ustedes dos sean buenas, es necesario que estés en la casa, Claudia. Quizá no me agrada, pero lo aceptaré. Y si después deseas buscar un lugar de tu propiedad, podrás hacerlo desde mi casa.

—Gracias. Nunca esperé que fueras tan generoso. Trataré de no molestarte —le prometió con voz ronca.

—No te molestes —Tyler soltó la carcajada—. ¡Un hombre tendría que estar ciego para no saber qué estás cerca, y aun así no creo que funcionaría! No sé qué desees hacer ahora, pero yo voy a dormir —señaló él al bajarse del coche.

Claudia no sabía qué hacer con este nuevo giro de los acontecimientos. Anoche estaba furioso con ella. Esta mañana le había demostrado interés por su salud y bienestar. Aunque la falta de lógica la descontrolaba, al mismo tiempo mantenía vivo un resquicio de esperanza.

Tembló un poco. ¿Era de previsión o susto? No lo sabía, pero de una forma u otra iba a averiguarlo.

Capítulo 7

Sentada sobre los talones, Claudia se pasó el dorso de la mano por la ceja, ya que el sol era abrasador. Por fortuna su piel se bronceaba con facilidad, pero aun así se puso una loción protectora antes de salir a cavar a la tierra endurecida de los arriates.

El ruido de protestas y chapoteos la hizo volver la cabeza. Natalie, en traje de baño, trataba de mojar a Tyler con agua helada, la cual se calentaría en un momento debido al calor que hacía.

No obstante que tanto ella como su hija aprovechaban al máximo el clima, la mayor parte del tiempo Tyler se encerraba en su estudio. Fue necesario que Natalie lo convenciera hoy de que saliera al sol, a llenar el estanque para niños.

Mientras ella los observaba, le arrojó a Natalie, directamente en la cara un puñado de agua y riendo se paró cerca de Claudia, con las manos sobre las caderas.

Claudia admiró el varonil cuerpo bronceado, cubierto sólo con unos calzoncillos de algodón. Los desgastados bordes se ceñían a sus músculos, y admiró las líneas de sus piernas hasta llegar a los pies descalzos. Vestido, había excitado sus sentidos, pero desnudo la hacía sentir un intenso deseo, a sabiendas de que jamás quedaría satisfecho.

Tyler dobló las manos, ocasionando que ella detuviera la vista en su bien formando torso. En su mente, Claudia imaginó que sus manos vagaban sobre la espalda de Tyler, y que sus exploraciones fáciles incitaban a los dos. Sus mejillas se arrebolaron, el pulso se le aceleró, y apretó las manos para controlar su impulso de correr hacia él.

Algunas de estas emociones debieron llegarle a través del aire cargado, porque volvió la cabeza y sus ojos azules perforaron los de ella. Y lentamente, como si no pudiera evitarlo, la miró de arriba abajo, clavando los ojos en sus largas y bien formadas piernas y en los senos, como muestra palpable de los estragos que esta inspección varonil ocasionaba. Cuando él miró de nuevo su cara enrojecida, no obstante la distancia que los separaba, Claudia tuvo la impresión de que no permaneciera insensible.

Quedaron en un mundo sólo de ellos. Claudia nunca sabría lo que pudo haber ocurrido después, ya que Natalie requirió la atención de él. Cuando Tyler se dio la vuelta, Claudia suspiró. Esa mirada logró estremecerla. Qué equivocada había estado durante las semanas pasadas. La actitud de Tyler tan fría, tan lejana, fue capaz de convencerla de que ya no lo atraía. Incluso su amistad informal la había desanimado; pero ahora estaba consciente que fue una actitud deliberada. Un intento casi perfecto de ocultarle la verdad, y si no

hubiera sido por este breve intercambio, quizá nunca lo habría sospechado. Se había quitado la máscara, y ahora los dos estaban enterados de lo que él procuraba ocultar.

Unas pisadas cerca de ella rompieron su ensimismamiento. Era Wendy, con una bandeja de vasos y una jarra grande de limonada con hielo. Mary Barrett, el ama de llaves de Tyler, había preparado las exquisitas botanas.

—Mary pensó que les agradaría esto —la joven mujer colocó la bandeja sobre la mesa del patio.

Claudia apartó la horca y los guantes, y rió.

—¡Oh, fantástico! Esa mujer es una maravilla —agregó mientras se sentaba y tomaba un bocado con un suspiro de satisfacción.

—Es sin duda la mejor promotora de su comida —Wendy asintió al tiempo que imaginaba la figura gorda del ama de llaves.

—Hmm —Claudia hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sus ojos se desviaron hacia donde Natalie y Tyler jugaban.

—Debe estar satisfecha de lo que Natalie ha mejorado —comentó Wendy, siguiendo la mirada de ella—. Parece que también se llevan mucho mejor. Incluso Mary me comentó el otro día que Natalie estaba floreciendo, y que no era sólo por la mejoría de su salud.

Era verdad, a pesar de que Claudia todavía no se atrevería a afirmarlo. Aunque Natalie no había retirado un punto medio, ya que de manera deliberada estaba en el segundo plano para que madre e hija permanecieran juntas.

La mayor parte del tiempo lo dedicaba a los juegos que Natalie escogía y a leerle, pero también le narraba anécdotas de sus parientes italianos. El deseo de saber de su hija algunas veces tenían que superarlo, ¡porque si no se pasaría la noche entera hablando! Cada pregunta las unía más. A pesar de que raras veces mencionaba a su padre, sus comentarios eran muy reveladores.

Natalie interrumpió sus pensamientos; llegó corriendo, sus ojos encendidos de alegría, y las mejillas enrojecidas.

—Tyler necesita tomar aire puro, y me llevará a un día de campo, si estoy lista en diez minutos —le informó, saltando de un pie a otro —. Puedo ir, ¿no es verdad, Claudia? ¡Di que sí! —le suplicó.

Mientras desviaba los ojos hacia donde Tyler estaba parado, Claudia se preguntó si algún día Natalie la llamaría mamá. Pero al menos le había pedido permiso, lo que ya era mucho.

—No veo inconveniente, si Wendy cree que estás ya en buenas condiciones.

—Está muy mejorada. La excursión agotará toda su energía.

—¡Oh, estupendo! —exclamó Natalie y hubiera corrido hacia Tyler, pero él se acercó a ella—. Dicen que puedo ir —se le colgó del brazo.

—Entonces debes prepararte —le sugirió, y Natalie de inmediato se dirigió a la casa.

—Voy a ayudarla —se disculpó Wendy.

Una vez sola, Claudia estaba consciente del cuerpo casi desnudo de Tyler tan cerca de ella. Humedeció los labios para poder hablar.

—¿Quién se va a encargar de la comida? —preguntó con voz aún ronca.

—Compraremos algo. ¿No crees que debes apurarte? No esperaremos a las rezagadas —le aseguró.

—¿Yo? —preguntó descontrolada.

—¿Quieres venir? —Tyler se mofó de ella—. Yo entenderé que tienes otras cosas más importantes que hacer, pero quizá Natalie no. Fue idea suya que nos acompañaras —una idea que a él le hubiera agradado vetar.

Claudia se puso de pie, enojada por su burla.

—Me apena molestarte, pero fue tu elección. Si te arrepientes…

—Independientemente de lo que yo sienta, Natalie quiere que vengas con nosotros. De modo que si no deseas desilusionarla, es preferible que te des prisa —le aconsejó secamente.

Claudia lo obedeció, su alegría de salir con su hija hizo que no le importará la reacción de Tyler. Estaba resentido con ella por la atracción que sentía por su belleza, e intentaba que ella se enterara. Con rapidez tomó una ducha, se cambió de ropa y después de peinarse y ponerse unas sandalias, se apresuró a reunirse con ellos.

Natalie ya estaba sentada en la parte de atrás del coche, y Tyler abrió la puerta del asiento de pasajeros para que ella se acomodara.

Se dirigieron a la hermosa y antigua población de Ludlow donde los restos del castillo de arenisca roja, construido por órdenes de Earl de Shrewsbury, se encaramaban regiamente en la cumbre a insistencia de Natalie de que visitan el castillo, a pesar que alegó, guiñándole el ojo, que ya lo había visto cientos de veces.

Se rió de él cuando la niña, vestida ahora con pantaloncillos y una camiseta, prosiguió.

—¡Eres masilla en manos de ella!

—No estoy dispuesto a que me arrastren para subir a cada torre y para bajar a cada calabozo —la respuesta demostró que estaba de buen humor.

Lo que era cierto. A Claudia nunca le habían gustado los lugares pequeños y oscuros, pero se hubiera quedado por horas sólo por la alegría de que Natalie le tomara la mano. Dudaba que su hija se imaginara cómo hacía sentir a su madre, pero estaba consciente que el destello de humedad en sus ojos, no había pasado inadvertido para Tyler, a pesar de su silencio.

Después de visitar el castillo caminaron por el poblado. Tyler entró

en una panadería que lanzaba olores atractivos y salió con varias bolsas y una caja de cartón. Claudia cargó las botellas de jugo que compró cuando regresaban a donde estaba estacionado el coche.

Esta vez se dirigieron hacia los cerros verdes y almorzaron en un tramo de un páramo con una vista magnífica. Las ovejas paseaban cerca de ellos cuando se sentaron sobre una sábana para comer los deliciosos emparedados que Tyler había comprado.

—¡Riquísima! —exclamó Natalie mientras saboreaba una *dona* con jamón—. ¡Tyler compra lo mejor! Te apuesto a que nunca pasaste un día de campo como éste cuando eras pequeña —le dijo a su madre son aire de suficiencia.

—Nunca fui a un día de campo —Claudia afrontó el reto—. No se consideraba adecuado. Mi institutriz tenía ideas estrictas sobre lo que debía hacer una joven bien educada.

—Parece estirado —Natalie hizo una mueca—. Pensaba que vivías como una princesa. Mi padre me informó que habitabas sola una casa enorme, con cientos de sirvientes.

A Claudia la sorprendían constantemente los comentarios que elegía Gordon para decírselos a su hija.

—Es verdad, aunque mi prima Amelia también estaba ahí. Pero te aseguro que me hubiera agradado mucho más comer alimentos como éstos. No era divertido sentarse al final de una mesa larga, con sirvientes para retirar los platos sucios, pero que nunca te hablaban —desvió los ojos hacia Tyler para ver su reacción, pero estaba acostado boca arriba, con los ojos cerrados. No sabía si la escuchaba.

—¿Te lo pasabas bien? —Natalie quería saber más.

—No cómo quieres darme a entender. Mi diversión eran los libros, y leía todo lo que podía —rió ante el recuerdo—. Entonces en verdad creía que era una princesa. Esperaba a un caballero que me llevara en un caballo blanco.

—¿Alguien como papá? —preguntó Natalie maliciosa, ocasionando que su madre respirara con fuerza.

—Sí, en verdad lo creí. Era un hombre guapo y encantador y decía todo lo que yo quería oír —incluso ahora le molestaba su propia ingenuidad. Pero era muy joven e inexperta… y enamorada de él.

Natalie guardó silencio, sus dedos cortaban el pasto. Cuando hablaba en su voz de siete años existía tal tristeza oculta detrás de una despreocupación casi adulta, que a Claudia se le hizo trizas el corazón.

—A pesar de que mi padre aseguraba que me quería, no era verdad. Acostumbraba presumir conmigo frente a las señoras que traía a la casa, pero cuando estamos solos, no me hacía caso. Una vez lo oí que hablaba por teléfono con alguien y le comentó que no deseaba tener hijos, que yo era un error. Y que lo peor era que me parecía a ti.

—Mi amor, tú fuiste el mejor error que él cometió —Claudia

colocó una mano, visiblemente temblorosa, sobre el cabello oscuro de su hija—. Pero yo te quería. Ni por un segundo me arrepentí de haberte tenido. Y me enorgullece que te parezcas a mí.

Natalie levantó la vista, sus ojos llenos de duda y confusión.

—Tengo pecas —aclaró, obstinada.

—Me encantan las pecas —declaró Claudia, con voz ronca.

—Voy a darles de comer a las ovejas —se puso de pie y corrió.

—¡No te alejes! —Claudia se mordió el labio al ver que se iba.

—No le pasará nada.

El comentario de Tyler ocasionó que Claudia volviera la cabeza hacia él. De modo que las había escuchado.

—Así lo espero.

—Necesita tiempo para pensar —agregó él, al tiempo que se levantaba—. Parecía que estabas enterada de lo que Gordon sentía por Natalie.

—Wendy me lo informó.

—¿Wendy?

—Es una muchacha muy astuta. También rechazó a Gordon, cuando trataba de conquistarla.

—¡Cielos, me haces sentir como si viviera en otro mundo! —se alisó el cabello con la mano.

—Lo principal es que hiciste feliz a Natalie. Le diste un sentimiento de dignidad. El otro día me comentó que quisiera que tú fueras su verdadero padre. No hay mejor alabanza que ésa, Tyler.

—¿Es verdad lo que le dijiste, que tú y tu prima vivíais solas? —le dirigió una mirada extraña.

—Especialmente. Nuestros tíos abuelos eran tutores. Nos educaron como correspondía a nuestra posición en la vida —Claudia levantó los hombros—. Oh, eran bondadosos pero no tenían idea de lo sofocante que era ese régimen. Al menos para mí.

—¿Y tú prima no pensaba igual?

—No tenía sangre latina en la venas —Claudia rió.

—¿No fuisteis a la universidad? —investigó, observando la emoción de su cara.

—Fui a una academia de señoritas. Me capacitaba para todo, menos para vivir en un mundo real. Cuando estaba a punto de rebelarme, conocí a Gordon. Mis tíos lucharon por hacerme cambiar de opinión, pero entonces ya tenía yo dieciocho años, y no lograron convencerme. Demasiado tarde comprendí que tenían razón —su voz carecía de inflexión—. Te dije que nunca me fue leal, pero conocía a la perfección mi debilidad. Mi orgullo me impedía regresar a mi casa.

—Y sin embargo te fuiste sola a Italia —Tyler inclinó la cabeza para inspeccionar mejor el perfil de ella.

—Estaba sola porque necesitaba pensar. Gordon estaba ocupado

con otra mujer aquí en Inglaterra. Creo que se llamaba Angie —al mirarlo de soslayo observó que fruncía el entrecejo—. Gordon fue discreto en sus aventuras. De todos modos, ya no me importaba porque había decidido divorciarme.

—¿Tratas de decir que habías decidido dejarlo cuando me conociste? —comprobó.

—Sencillamente no podía soportar más.

Era imposible describir la expresión de la cara de Tyler.

—Si ya habías decidido abandonarlo, ¿por qué diablos regresaste? Sin duda no esperabas que hubiera cambiado, ¿verdad? —demandó, enojado.

—No regresé con él, no en la forma en que supones. Al menos, no entonces —Claudia desvió la mirada hacia Natalie.

—¡Tampoco te divorciaste!

—Tuve la intención de hacerlo —clavó los ojos en él. ¡Aunque no pudiera tenerte, de ninguna manera me interesaba estar a su lado! Cuando regresé, Gordon había cambiado. Me tomó en un momento vulnerable, y como una tonta creí sus mentiras. Cuando me di cuenta de lo que se proponía, Natalie estaba en camino. De modo que me quedé, y Gordon volvió a ser el mismo—. Perdí la noción de sus mujeres; por Natalie quizá me habría hecho de la vista gorda si él no hubiera decidido que me deseaba. Me negué, olvidando que nadie rechazaba a Gordon —comentó con amargura.

—¡Por el amor de Dios! —explotó Tyler.

—Lo dejé al día siguiente… y ya sabes lo que sucedió —Claudia hizo una mueca.

Tyler palideció visiblemente.

—¡Cielos! —volvió la cabeza y se dio cuenta que Natalie regresaba —. Nunca debiste volver —protestó, unos minutos después.

—Tu comentario carece de lógica, Tyler. Según tú, ¡cometí un error al dejar a Gordon, y otro al regresar! Qué iba a hacer… ¿suplicar tu ayuda? Ya habías emitido tu juicio y me diste la espalda. Para ti, yo no existía. Nunca fuiste una posibilidad ¿verdad? Tomé mis decisiones de la mejor forma que pude. ¿Cuándo vas a tomar las tuyas? ¿Cuándo vas a decidir?

—¿Están peleando?

La pregunta de Natalie los sorprendió, porque ninguno la oyó acercarse. Mientras que Claudia llena de temor se preguntaba qué pudo haber oído su hija, Tyler se recuperó con rapidez.

—No en un día como hoy, preciosa. Sólo hablábamos de viejos tiempos —sonriendo, la sentó en sus rodillas—. ¿Cómo te fue? ¿Aún tienes dos manos?

—Se escaparon —confesó Natalie, disgustada.

Claudia recogió la basura, escuchándolos hablar. Estaba consciente

que ninguno de los dos había olvidado lo dicho, y no sabía cómo tomar la reacción ambivalente de Tyler. ¿Debería alentarla el hecho de que no fue tan rígida como antes? ¿Pero quería decir eso que él de alguna manera se había ablandado un poco? Estas eran cosas que debía conocer, ya que Nancy llegaría a Manchester en cualquier momento, esperando saber de ella. Quizá había logrado que Tyler pensara, y eso sería benéfico.

Unos dedos castañearon frente a ella, haciéndola que parpadeara antes de clavar los ojos en Tyler y la niña. Estaban abrazados y parecían tan felices y cómodos que Claudia sintió que el corazón se le contraía, dolorosamente.

—Disculpad, estaba distraída —se disculpó con una sonrisa forzada.

—Vamos a jugar a la pelota. ¿Vienes? —le preguntó Natalie. Al ver que su madre hacía un gesto afirmativo, se puso de pie. Tyler hizo lo propio y le extendió la mano a Claudia, para ayudarla a ponerse de pie.

Una vez que se levantó, Tyler no la soltó de inmediato, lo que ocasionó que ella lo mirara a la cara.

—¿Qué esperas de mí, Claudia? —susurró.

Aunque la respuesta era absurdamente sencilla, era imposible pronunciarla.

—Debes decirlo tú mismo, Tyler —le retiró la mano para ir con su hija.

Por un momento Tyler las observó en silencio, con la cara sombría. Cuando Natalie le hizo una seña, con una sonrisa forzada se acercó a ellas.

Claudia dio vuelta a la izquierda y condujo el coche por el angosto camino que llevaba al valle y a la casa. Casi no había hablado con Tyler desde ayer en el día de campo, pues estaba en su estudio y ni siquiera salió a tomar sus alimentos. El ama de llaves comentó que casi no había tocado la comida que le llevó; estaba sentado en el escritorio, mirando por la ventana.

Claudia se guardó sus pensamientos, pues sería más fácil sacar conclusiones. Su precaución demostró ser inteligente. Cuando le pidió que cuidara a Natalie mientras iba de compras a Church Stretton, la actitud de él fue cortante.

Sin embargo, había accedido a cuidar a Natalie, lo que no le sorprendió porque siempre tenía tiempo para la niña. Era el día de asueto de Wendy, y necesitaba ir a ver a su hermana que estaba en el hospital.

No es que a Claudia le importara salir. Incluso le dio la

oportunidad de telefonearle a Nancy Wheeler al hotel, sin temor de que la oyeran. El único obstáculo era que la señora estaba fuera, y tuvo que dejarle el número telefónico de la casa. Desde luego que no fue un arreglo ideal, pero sí el único que se ocurrió.

Al dar la vuelta en la esquina, apareció White Gables. La vista era magnífica. Construida en la base de un cerro, la residencia estaba rodeada de árboles.

Después de estacionar el coche, Claudia sacó del portaequipajes la caja de comestibles y la llevó a la cocina. Esta acalorada, a pesar de su vestido ligero y echó de menos la piscina de la villa de su tía Lucia.

La casa parecía estar vacía, pero ella gritó, porque el coche de Tyler se encontraba en el estacionamiento. Levantó los hombros y comenzó a sacar las cosas.

Una vez que terminó le apetecía una bebida fría. Fue a la sala y abrió el mueble bar, pero al no encontrar lo que quería automáticamente abrió el otro lado. Pero en vez de encontrar más botellas, observó que los estantes estaban llenos de cintas de video, algunas de ellas con el nombre de Natalie, y se inclinó para examinarlos mejor. Casi todos eran de su hija, en varias épocas de su corta vida.

El video y la televisión estaban cerca, y Claudia sin vacilar conectó el más antiguo; después se sentó sobre las rodillas, y con el corazón acelerado esperó que las imágenes aparecieran en la pantalla. Representaban los años de crecimiento que no había estado con ella. En casi todas aparecía Wendy jugando con la pequeña Natalie, y presencias momentáneas de Gordon, pero nunca de Tyler. De manera que él debió estar a cargo de la cámara, manejándola con una cariño obvio para Claudia al ver a su hija corriendo, riendo y haciendo sus primeros intensos de hablar.

Apretó los labios con la mano temblorosa para ahogar los sollozos mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. A medida que descartaba una película para sustituirla por la siguiente su angustia crecía, y de manera inconsciente su cuerpo se balanceaba de acá para allá, en un intento infructuoso de calmar su dolor que en momentos parecía insoportable. Sin embargo no desviaba la mirada, porque ésta era la única forma de llenar el vacío de aquellos años de soledad.

Se volvió insensible a todo lo que la rodeaba, y no oyó las voces de dos personas que se pararon en la puerta, observándola. Ni tampoco vio que Natalie, pálida, atravesaba el salón para hincarse junto a ella, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, mamá?

Claudia se volvió hacia ella, aspirando dolorosamente.

—¿Cómo? —¿acaso había escuchado bien?

—¿Por qué lloras, mamá? —sus ojos grandes brillaron, mientras su

barbilla temblaba.

Claudia no pudo contestarle; estrechó a su hija entre sus brazos sujetándola con fuerza. Natalie no estaba enojada y la había llamado "mamá". Y, maravilloso, unos bracitos le rodearon el cuello.

—¡No llores, mamá, no llores! —las palabras de Natalie se ahogaron en sus propias lágrimas.

—No lloraré más. Sujétame, abrázame y nunca te vayas, porque te quiero muchísimo.

Nunca supo el tiempo que estuvieron así, pero sus lágrimas se secaron y las piernas se le durmieron. Al fin Claudia se movió, apagó el aparato antes de sentarse en el sofá, abrazando a Natalie.

—¿Por qué llorabas? —Natalie no estuvo tranquila mucho tiempo.

—Porque las películas me recordaron todo lo que perdí —Claudia retiró un mechón de los ojos de su hija—. Me habría gustado tanto comprobar todo eso, y puede haberlo hecho, pero creí que estabas muerta.

—¿Te contó eso mi papá? —sus ojos no demostraron sorpresa.

La percepción de su hija era sorprendente, de modo que afirmó, con la cabeza.

—Lo siento —no sabía con exactitud de qué se disculpaba.

—Papá siempre mentía —Natalie suspiró—. Tyler no —agregó, maliciosa.

—Y tampoco yo. Fui sincera al decirte que te quiero.

—¿Significa eso que vas a quedarte?

—Tal vez no sea posible, aunque yo lo desee. Esta es la casa de Tyler, lo sabes bien. Buscaré una casa cerca, para que vivas conmigo y al mismo tiempo estés junto a Tyler.

—Si te casaras con Tyler, podrías quedarte aquí —ante el cándido comentario, su madre se sobresaltó.

—Sí —rió de una manera extraña—, pero la gente no se casa por esos motivos —explicó.

—Entonces, ¿no lo quieres? —preguntó Natalie, mirando a su madre cara a cara.

Claudia nunca había enfrentado preguntas tan directas de alguien tan pequeño, y por un momento no supo qué contestarle.

—Sí, lo quiero —decidió que lo mejor era decirle la verdad.

—¿Entonces?

—Oh, Natalie, no es tan sencillo —Claudia soltó la carcajada—. No intentes hacer de casamentera, porque te decepcionarás.

Natalie parecía estar dispuesta a discutirlo, pero cambió de opinión.

—Está bien —su respuesta tranquila ocasionó que su madre dudara un momento, hasta que la sonrisa de Natalie la desterró—. Tyler me llevó a caminar por el arroyo y corté unas flores. ¿Quieres ayudarme a

pegarlas en mi libro?

—Ve a traerlo, mientras me hago un café. ¿Quieres que nos sentemos afuera?

—Sí —Natalie sonrió abiertamente, y se fue.

Después de acomodar las películas se dirigió a la cocina. Sorprendida encontró a Tyler ahí, y sin duda oyó que se acercaba, porque el café ya estaba hecho. Sirvió una taza y la puso sobre la mesa.

—Creo que lo necesitas de inmediato —tomó su propia taza y la observó por encima del borde.

—Gracias —Claudia se sentó y, agradecida, le dio un sorbo.

—De modo que finalmente lograste conquistar a Natalie —observó, seco.

—¿Te molesta? ¿No tengo la impresión que hay algo con lo que no estás de acuerdo? Pensé que querías que yo triunfara, ¿o fueron sólo palabras?

—No, no fueron sólo palabras —aclaró Tyler de inmediato—. Lo creas o no, estoy contento por ti.

—Entonces, ¿cuál es la objeción?

—No me resigno a perder completamente el contacto con Natalie —Tyler fijó los ojos en su taza.

—Nunca te haría eso, Tyler —Claudia lo tranquilizó de inmediato —. Sé lo que Natalie significa para ti, y tú para ella. Ya le comenté que pienso alquilar una casa cercana —le informó, firmemente.

—¿Y qué te contestó?

—Desea que me quede aquí. Su solución a las dificultades evidentes es que nos casemos —dijo, afable. Desde luego que vigilaría la reacción de él. Su regocijo fue un poco desconcertante, pues esperaba que la regañara por incitar a su hija a que lo sugiera.

—¿Te dijo eso, la pequeña fresca? —preguntó, riendo.

—Claro que le aclaré que era algo inverosímil —Claudia se decidió a decirle.

—¿Y lo aceptó? —Tyler entrecerró los ojos y al ver que ella asentía con la cabeza, hizo una mueca—. Hmm, eso quiere decir que está tramando algo. ¡Y los dos sabemos cómo es Natalie!

—Tú sí, pero yo no —aclaró con voz ronca.

—Lo siento, Claudia, fue una estupidez mía —Tyler suspiró después de un corto silencio.

—No importa —levantó los hombros con timidez—. Además trato de averiguar lo que no sé —concluyó, positiva.

—Estoy seguro que lo harás —Tyler parecía divertido—. Ahora veo de dónde saca Natalie su decisión —se puso de pie—. A propósito, ¿trajiste algo de ropa elegante?

—Sí… pero… —Claudia lo miró con asombro.

—Magnífico, úsala esta noche. Voy a llevarte a cenar.

—¿A cenar? —exclamó, sorprendida, por no decir estupefacta.

—Es asombroso ver que por primera vez no sabes qué decir —sus labios se curvaron burlones—. Te has divertido poco últimamente, y no pretendo que me acusen de no invitarte a salir. ¿Alguna objeción?

Claudia sintió que su expresión se parecía a la de un pez fuera del agua.

—No, ninguna. Gracias, Tyler. Fue una invitación inesperada.

—Lo sé —en sus ojos azules había un dejo de suavidad—. Estás acostumbrada a no esperar las cosas, ¿no es cierto?

—No quiero tu compasión, Tyler —sus mejillas se enrojecieron—. No te lo pedí —lo repudió de inmediato.

No pudo interpretar la mirada que le dirigió.

—Esto no es compasión, Claudia… ni mucho menos —contestó él enigmáticamente, y se marchó antes que ella le preguntara qué era.

Claudia no sabía qué pensar. Era peligroso que se hiciera demasiadas ilusiones con la invitación, y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

Terminó su café. Cielos, actuaba como una adolescente, en vez de una mujer con una hija de siete años, la cual venía a buscarla. De mala gana apartó de su mente todos los pensamientos relacionados con esta noche, y caminó hacia ella.

Capítulo 8

Claudia saboreó las últimas migajas del pastel de fresa, con un suspiro. La cena había estado deliciosa de principio a fin, pero la compañía… Tyler estaba de un humor extraño, tranquilo y preocupado. Desde el momento en que dejó a Natalie al cuidado de Wendy estuvo deprimido, y algo lo abrumaba.

Mientras bajaba el tenedor con disimulo. Estaba imponente con su traje de etiqueta y camisa blanca.

—La cena estuvo deliciosa —aunque la voz de Claudia captó su atención, la sonrisa de Tyler fue forzada y breve.

—Siempre disfrutabas de la comida. Es un placer escoltar a una dama que no pica la comida. Recuerdo haber pensado que tenías siempre una aventura con la pasta.

Claudia rió, no obstante que durante un tiempo no pudo ver la pasta, sin relacionarla con recuerdos dolorosos.

—Continuó teniéndola. Debe ser que, en parte, soy latina —bromeó, mientras alargaba una mano para tomar la taza de café—. Me sorprende que lo recuerdes.

—En los últimos tiempos, he estado recordando muchas cosas —Tyler torció los labios con ironía—. Cosas que… —vaciló y Claudia intervino con rapidez.

—¿Esperabas haber olvidado? —preguntó impertinente, sólo para que Tyler la interrumpiera impaciente.

—Cosas que en su momento no significaban nada, pero que en vista de lo que me has contado, ahora tienen un nuevo significado —se contradijo.

—No imaginé que estuvieras escuchando —replicó con aspereza.

—Créeme, tienes formas impresionantes de hacerte oír —Tyler bromeó.

—Sólo intentaba que comprendieras —el rubor le teñían las mejillas—. No estaba reclamando nada ni esperaba algo más de ti.

—¿De veras? —revolvió su café—. ¿Por qué no eres honrada contigo misma, Claudia? —le preguntó, y los nervios de ella se sacudieron.

—No sé qué quieres darme a entender —negó.

—No te hagas la tonta, Claudia; los dos sabemos que estas lejos de serlo. ¿No esperabas que volviéramos a unirnos?

Ella frunció el entrecejo, sin saber a dónde los llevaba la conversación.

—Eso sí sería bastante tonto de mi parte, ¿no es verdad? —arrastró las palabras con sarcasmo.

—¿Quieres decir que nunca cruzó por tu mente? —le preguntó, escéptico.

—¡Sabes que soy humana! —le lanzó la pulla—. Por supuesto que cruzó por mi mente. Pero no te jactes de que hubiera sido algo más.

—Qué lástima; creí que sí.

Claudia se quedó sin habla. No se esperaba esto.

—Durante semanas me estuviste diciendo que estaba al margen de la sociedad. ¿Tratas de insinuarme que cambiaste de opinión?

—Aunque te resulte difícil creerlo, es verdad —Tyler respiró profundamente—. No tenía derecho a condenarte por desear concluir un matrimonio que sólo era una farsa.

Había estado esperando esto, ¿entonces, por qué se sentía tan decepcionada?

—No, no lo tenías.

Él inclinó la cabeza, aceptando el reproche.

—Mis motivos parecían válidos en esa época, pero me demostraste que estaba equivocado.

—¿Esperas que te lo agradezca? —preguntó, tranquila. ¿Qué quería de ella?

—¿Crees en verdad que soy tan egoísta? —Tyler sacudió la cabeza —. Acepté estar equivocado porque merecías oírlo. No espero nada. Pensé que quizá podríamos olvidar el pasado y empezar de nuevo. La elección es tuya, y yo respetaré tu decisión.

Claudia bajó los ojos. ¿Creía él que era tan sencillo? ¿Qué cedería de inmediato? Era lo suficientemente humana, para desear apretarle un poco las clavijas.

—¿Quieres decir… cómo amigos? —con satisfacción notó que él vacilaba—. ¡Por Dios!

—Está bien, si eso es lo que quieres —estuvo de acuerdo.

Le alegró escuchar ese tono valiente en su voz, pero no quiso seguir atormentándolo.

—No sé. Todo esto es tan repentino… —terminó la frase con rapidez porque Tyler le tomó la mano, y al levantar la mirada fue atrapada por el brillo de los ojos azules.

—¡Maldición, Claudia, sabes muy bien que no es nada repentino! ¡No olvides que los dos sabemos que la atracción entre nosotros sigue tan fuerte como siempre!

Sus nervios brincaron violentamente como respuesta tanto al roce de su mano como a sus palabras. Lo que dijo era cierto, pero si esperaba que corriera a sus brazos sólo porque él había cedido, estaba equivocado. Ella no era una conveniencia, lo amaba y sin embargo ignoraba los sentimientos de él… fuera de desearla.

A pesar que sus nervios se estremecieron, hizo un esfuerzo por mantener la postura.

—No viene al caso, Tyler. Vas demasiado aprisa. La semana pasada me odiabas…

De nuevo, la interrumpió.

—¡Jamás! —exclamó con brusquedad, y después agregó con tono más suave—: Nunca te odié, Claudia, a pesar de haberlo intentado.

—Me diste la impresión de que me despreciabas.

—¡Me despreciaba a mí mismo! —soltó una risa burlona—. Por lo que consideraba mi debilidad ante ti. Me apabullaste al pedirme que decidiera qué era lo que quería. Pensaba que lo sabía. Sin embargo, cuando me tranquilicé, comprendí que lo que en realidad me interesaba eras tú. Todo lo demás no tenía la menor importancia.

La confesión puso a Claudia en un dilema, ya que parecía sincero, y su instinto le aconsejaba que cediera.

—Comprendo que es demasiado rápido —le apretó la mano, como si hubiera adivinado sus dudas—. No tienes motivos para confiar en mí. Pero no voy a apresurarte, Claudia. Los dos necesitamos tomar nuestro tiempo.

—Estoy de acuerdo —aceptó con voz ronca, y le sorprendió ver un resquicio de alivio en su cara. No estaba seguro de que ella aceptara, y esa vulnerabilidad fue suficiente para levantarle el ánimo.

—Gracias —sonrió él—. Esta vez no te arrepentirás.

Claudia sinceramente esperaba que no.

—Se baila en este lugar… ¿quieres que bajemos? —Tyler le preguntó mientras que le pedía al mesero la cuenta.

A Claudia le agradó que la noche se prolongara, pues estaba demasiado emocionada para regresar a casa.

—Mmm, me gustaría —aceptó con una sonrisa.

Tyler le correspondió la sonrisa mientras pagaba la cuenta, y la tomó del brazo para bajar por la escalera hacia el club nocturno. Todas las mesas estaban ocupadas, por lo que Tyler metió en su bolsillo el pequeño bolso de noche de Claudia, y la llevó a la pista de baile.

Mientras que sus brazos se estrechaban, para Claudia fue como regresar a casa, pues no había dado cuenta de lo sola que se había sentido hasta que los varoniles brazos la estrecharon de nuevo. Las dudas desaparecieron. La música era romántica y lenta, permitiéndose moverse juntos y disfrutar del cercano contacto de sus cuerpos. Rodeó el cuello de Tyler con los brazos, deslizando una mano dentro de la sedosa melena, y apoyó la cabeza sobre su hombro.

Cuánto había echado de menos esto, y comprendió que en su subconsciente, toda la noche estuvo anhelando este momento. En el cuello sentía la respiración de Tyler, y las varoniles manos se deslizaban con sensualidad a lo largo de la columna vertebral, hasta que finalmente se detuvieron en la región lumbar para sujetarla con

fuerza, y dejó de latir su corazón al comprender el deseo de Tyler por ella.

Tyler bajó la cabeza hacia la suave piel de su cuello, sus labios la atormentaron al subir hacia su oreja, con deliciosos escalofríos.

—Cielos, tengo tantos deseos de besarte —gimió—. Salgamos de aquí —casi sin esperar que ella aceptara, la tomó de la mano para salir.

No había luna, envolviendo en la oscuridad el estacionamiento casi vacío. Con paso ligero Tyler la llevó hacia donde estaba el coche, pero en vez de abrir la puerta, se apoyó en el vehículo para oprimirla contra él. Separó las piernas para apoyarse, y sus brazos rodearon la esbelta cintura mientras bajaba la cabeza. Claudia musitó una protesta antes de rodearle el cuello con los brazos mientras levantaba la cabeza para que sus labios encontraran los de él.

El tiempo perdió su significado ante el febril intercambio de pasiones. El beso se hizo más profundo, convirtiéndose en un viaje erótico de redescubrimiento.

Claudia gemía, moviéndose con impaciencia sobre el cuerpo de él. Necesitaba desesperadamente sentir de nuevo su fuerza en un abrazo. En un momento de tanta incertidumbre, esto era real. Y Tyler sentía lo mismo. El corazón le latía con fuerza cuando separó la boca de la de Claudia para hundirla en su cabello.

—¡No debí haberlo hecho! Dios es testigo, que de antemano yo sabía que no iba a querer que terminara. Pero un estacionamiento no es el lugar apropiado —murmuró él, ronco.

Con los ojos cerrados, luchando con sus propios sentidos, Claudia estuvo de acuerdo.

—Vayamos a casa —susurró, sin molestarse en ocultar lo que sus ojos revelaban, consciente de que reflejaban también el deseo de él.

El trayecto a la casa le pareció eterno a Claudia, sin embargo cuando llegaron era un poco más de las diez y media. El edificio estaba oscuro, con excepción de la pequeña lámpara detrás de las cortinas en la habitación de Natalie, y otra más brillante en el vestíbulo. Dentro de la casa reinaba el silencio; todos estaban acostados.

Claudia oía el ritmo acelerado de su corazón en el silencio, mientras seguía a Tyler hacia la sala, donde encendió el regulador de voltaje para dejar sólo una suave luz en las lámparas. Después se quitó la chaqueta y corbata antes de acercarse a Claudia, parada junto al sofá, para acariciarle las mejillas, inclinándole la cara para que la luz iluminara el rubor del deseo en su piel y la pasión en sus labios.

—¿Voy demasiado rápido? —susurró él con voz ronca, dándole la oportunidad de dar marcha atrás, si lo deseaba.

Aunque estaba consciente de que debía decir sí, no pudo.

—No.

Como respuesta la levantó en brazos para llevarla al sofá. Recostándola a lo largo, se detuvo sólo para quitarse la camisa, ya que el aire de la noche era cálido después de un día sofocante, y su piel brillaba. Claudia jamás estaría de acuerdo con aquellos que afirmaban que el cuerpo masculino no era hermoso. La textura fina y planos de luz y sombra arrastraron sus manos como un magneto, y sus ojos siguieron el ambulante recorrido táctil. Mentalmente había abandonado toda represión y ahora su naturaleza apasionada imperaba, y su concentración sobre el placer que esto le suministraba, era absoluta. Entre sus manos, Tyler gemía y se estremecía de delirio. No hizo intento alguno de detenerla.

Apoyado sobre el costado, con las manos sobre la cadera de ella, la observaba perderse en la voluptuosidad de sus movimientos.

—Cielos, toda la noche anhelé que me acariciaras —cerró los ojos —. Es fantástico… ¡no te detengas!

Pero las palabras la hicieron interrumpir las caricias, levantó los ojos hacia la cara de su interlocutor, y sus miradas transmitieron un mensaje sobreentendido.

—Comprendo, Claudia —susurró y mientras él le quitaba la chaqueta de su traje, ella cerró los ojos.

El sentido común de Claudia se desintegró por completo. Los ojos de Tyler sobre ella la llenaron de pasión, y cuando le puso las manos en las caderas y Comenzó a deslizarías hacia arriba con lentitud, dejándola sin respiración, Claudia confirmó que en verdad Tyler sabía lo que ella deseaba. Sentía que sus senos se endurecían e hinchaban de antemano.

—¡Tyler! —exclamó con un suspiro, y por fin abrió de nuevo los ojos para observarlo mientras se concentraba en ella como Claudia lo hiciera con él. Levantó la cabeza de cabello oscuro, y sus miradas ardientes se unieron, comprensivas.

—Cuánto te eché de menos, Claudia —le confesó, estrechándola con fuerza. Su boca de nuevo se movía con urgencia sobre la de ella, y Claudia abrió los labios inundándose de besos que la dejaron sin aliento, y ansiosa de mucho más.

Estaban tan absortos uno en otro que al principio no oyeron el timbre del teléfono, pero la insistencia estridente los obligó a separarse.

—No —Tyler refunfuñó, incrédulo.

—Es mejor que lo contestes antes que toda la casa se despierte —sugirió Claudia, no obstante que le resultó difícil serenarse.

Aun refunfuñando, Tyler levantó el auricular y después de contestar la llamada, se lo alargó.

—Es para ti.

—¿Para mí? —sorprendida, levantó las cejas—. ¿Estás seguro? —se puso de pie y los brazos de Tyler le rodearon la cintura, acercándola hacia él, la boca escondida en el cuello de Claudia.

—¿Hola? —contestó, tajante.

—¿Claudia? Habla Nancy Wheeler. Discúlpeme por llamar tan tarde. ¿Fue Tyler quien contestó? —la voz de Nancy se quebró un poco.

—Sí. ¿Está usted bien? —preguntó algo preocupada, porque debió haber sido para ella una tremenda sacudida.

—Estoy bien, querida; sólo un poco conmocionada de escuchar su voz después de tantos años. Parecía molesto. ¿Interrumpí algo? —en su voz había un tono burlón que no ocultaba por completo el hecho de que ella aún estaba temerosa.

La pregunta la puso histérica, porque Tyler le acariciaba la oreja con la boca, mientras que su madre le hablaba en la otra.

—Nada… nada importante —respondió en beneficio de los dos. La reacción de Tyler fue morderle el lóbulo de la oreja.

—Quienquiera que sea, dile que llame mañana —susurró.

Boquiabierta, Claudia tiró de las manos que vagaban con tanta libertad.

—¡Suéltame! —castañeó los dedos, y al comprender que Nancy podía oírla, con rapidez cubrió el micrófono—. ¡Por amor de Dios, Tyler, compórtate! —como respuesta, él aflojó las manos un poco, y ella aprovechó para soltarse. Dándole la espalda, levantó la mano para mantenerlo a raya.

—Por favor, Tyler, es algo importante. ¿Por qué no… vas a preparar un poco de café? —sugirió deprisa.

—¿Quieres deshacerte de mí, hmm? —preguntó con las manos en las caderas—. ¿Con quién hablas? —dijo, sospechoso.

—Con una amiga, pero es algo privado. Dame cinco minutos, por favor —le suplicó.

—Está bien, cinco minutos —se alejó echando una mirada hacia atrás.

—Discúlpeme, Nancy —con un suspiro de alivio, quitó la mano del auricular—. ¿Recibió mi mensaje?

—Sí querida, por eso la llamo tan tarde. Tuvimos que hacer unos cambios en nuestro itinerario. Comprendo que es muy precipitado, pero iremos a visitarlos mañana en la tarde.

—¿Mañana? —Claudia se arrellanó en el asiento más cercano—. Comprendo.

—Estoy consciente que tal vez usted piensa que es demasiado pronto. Con franqueza, dudo que me reciba con afecto cuando me presente. De cualquier manera, deberá ser mañana.

Claudia con rapidez trató de tranquilizarse.

—En realidad, creo que no es tan inoportuno. Tyler se ha… suavizado un poco últimamente. Creo que sus palabras esta vez serán escuchadas.

—Entonces todo está arreglado. Lo único que necesito que me dé es la dirección; el resto corre por mi cuenta, querida —manifestó, Nancy decidida.

Al darse cuenta que ya habían pasado los cinco minutos, Claudia le dio la dirección de prisa, y colgó. Ante la inminente visita de Nancy, todo deseo de continuar con su cortejo amoroso la había abandonado. Mañana iba a ser traumático… tenía ese presentimiento. ¡Y no quería pensar lo que haría Tyler para castigarla por meterse en asuntos ajenos!

La interrupción oportuna le había dado la oportunidad de reflexionar. Si el teléfono no hubiera sonado, la noche habría terminado de una sola manera. Sabía que no se habría arrepentido, no obstante debía reconocer que Tyler no se comprometió a amarla, sólo la deseaba.

Tyler entró unos segundos después, cuando se estaba abrochando la chaqueta. Titubeó un momento, pero al ver que de nuevo estaba vestida, la sonrisa desapareció de sus labios, pero sin embargo puso la bandeja sobre la mesita y le ofreció una de las dos tazas de café. Después que ella tomó la suya, él hizo lo propio y la miró por encima del borde.

—¿Sólo tienes frío, o cambiaste de opinión? —preguntó con descaro.

—Las dos cosas. Lo siento —Claudia sintió que sus mejillas se enrojecían.

—No te disculpes —curvó los labios—. Te dije que podías dar la pauta, y que no te apresuraría. Pensé… —interrumpió la frase y levantó los hombros—. Supongo que después de todo, iba muy aprisa —concluyó, irónico.

Claudia avanzó hacia él.

—No era que no lo deseara —aclaró rápidamente y observó que los labios de su interlocutor se torcían, burlones.

—Pero lo pensaste bien —Tyler terminó con sequedad—. No sabes si en verdad puedes confiar en mí, ¿verdad? No te culpo.

Claudia no sabía si alegrarse o entristecerse de esa suposición; no obstante estuvo de acuerdo, aunque sólo en parte, era verdad.

—Necesito tiempo para asimilarla —dijo, sin esperanza.

—Y puedes tomarlo —esta vez su sonrisa fue más amplia—. ¿Qué significa una ducha fría más, después de todas las que he tenido, desde que volvimos a encontrarnos? —bromeó, aunque con cierta tristeza.

Mordiéndose el labio, y con los ojos que revelaban su

remordimiento, Claudia bajó la taza de café, sin haber tocado su contenido.

—De veras lo siento, Tyler —ahogando un bostezo, sonrió con malicia—. Ha sido un día muy ajetreado. Si no te importa, voy a acostarme.

Después de colocar la taza sobre la mesa, la sujetó de los hombros, sosteniéndola con suavidad mientras le daba un beso en la ceja.

—Buenas noches, Claudia; que tengas dulces sueños, mi amor —murmuró, y después la empujó con suavidad hacia la puerta.

Absorta, se alejó, preguntándose si había soñado que él la llamaba "mi amor". Era la primera vez en ocho años que la había llamado así, lo que ocasionó que se le hiciera un nudo en la garganta. Mientras subía por la escalera rezaba que no fueran sólo palabras.

Y que los acontecimientos de mañana, no la hicieran arrepentirse de lo que había dicho hoy.

Todo estaba tan tranquilo que Claudia escuchaba las abejas zumbando en los arriates. Ni un soplo de aire movía las hojas de los árboles, y el calor era enervante. Habían terminado el almuerzo una hora antes, y Tyler, quien había salido de su estudio, decidió jugar hockey y ahora cabeceaba en una hamaca.

Desde donde estaba sentada podía verlo. Claudia eligió este lugar ventajoso que le permitía ver el camino, por el cual, en poco tiempo, aparecería un coche.

El menor movimiento llamaría su atención, como ahora en el campo más lejano, donde se apreciaban las figuras diminutas de Natalie y Wendy cerca del río. Natalie insistió en que ella las acompañara, pero Claudia no podía correr el riesgo de no estar allí cuando Nancy llegara.

Con un suspiro, Claudia cerró el libro que simulaba leer y frunció el entrecejo. Durante el almuerzo casi no había hablado con Tyler, quien se encerró en su despacho en la mañana, antes que ella se levantara. De alguna manera esperaba que la buscara después de lo sucedido la noche anterior. A pesar de haberse comportado con cordialidad, no hubo nada especial en su actitud, como si nada hubiera ocurrido ayer. Imaginó que era una forma de confirmarle su promesa de no apresurarla, pero, por el contrario, la hizo sentirse defraudada.

Al escuchar otro ruido, levantó la cabeza y al ver un coche azul, el corazón le dio un brinco. Desde este momento ya no habría forma de retroceder.

El ruido del motor se hizo más evidente, y con el rabillo del ojo observó que Tyler se levantaba, protegiéndose los ojos con la palma de

la mano, mientras trataba de distinguir quién era. En ese momento ella hubiera dado cualquier cosa por estar en otro lugar, y así evitar la confrontación que ella misma había propiciado. Pero era demasiado tarde, y lo único que podía hacer era cruzar los dedos y esperar.

Cuando el coche se detuvo a un lado del camino, Claudia caminó hacia donde estaba Tyler, sabiendo que en pocos minutos él reconocería a las visitas, y debía impedir que se fuera antes de haber intercambiado una sola palabra. A pesar de no haberse vuelto a mirarla, reconoció su presencia al decirle:

—¿Quién diablos podrá ser? No espero a nadie, ¿y tú?

Claudia pensó que era mejor no contestar. Mientras tanto, Nancy y su esposo ya subían por el sendero y unos segundos después, la tensión del hombre junto a ella era palpable. Claudia se preparó para afrontar la tormenta que se aproximaba.

—¡Cielos, no puede ser! ¿Cómo demonios mi madre...? —interrumpió la pregunta al comprender la verdad, y la miró con ira e incredulidad—. ¡Tú! ¡Tú planeaste esto!

Tyler explotó y Claudia le sujetó el brazo con desesperación, al ver que Nancy y Oscar ahora caminaban por el césped.

—Sólo habla con ella, Tyler, por favor, Es lo único que desea. Se lo merece —le suplicó.

—¡No se merece nada! —la mirada que le dirigió pudo haber agrietado las rocas.

—¡Está bien, entonces te lo debes a ti mismo! —la frustración la invadió.

—¿De veras? —los ojos azules brillaron amenazadores—. ¡Te odio, Claudia! No tenías derecho de hacer esto, y no esperes que te lo agradezca. ¡Esta vez, fuiste demasiado lejos!

Claudia no se atrevió a reflexionar ahora en eso; le sujetó el brazo y saludó a las visitas. Nancy traía un vestido de gasa azul muy favorecedor, pero la tensión de labios y ojos ensombrecía su sonrisa. Claudia imaginó que el brazo de Oscar era un apoyo moral más que físico y cuando se detuvieron, él le dio una palmada tranquilizadora en la mano.

Fue Oscar quien rompió el silencio que se hizo cuando madre e hijo se enfrentaron después de veinte años.

—Debe ser Claudia. Nancy me habló de usted, y me agrada conocerla —sonrió al tiempo que le alargaba la mano.

Al estrecharla, sintió consuelo.

—Siempre he admirado su manera de tocar el piano, señor Wheeler.

—Llámeme Oscar, querida, Me agrada saludar a una admiradora —se volvió hacia Tyler, estirando la mano—. Tyler, por fin nos encontramos, aunque tengo la sensación de que lo he conocido

siempre. Su madre y yo hemos seguido su carrera a través de los años con orgullo. Estoy encantado de verlo en persona.

Tyler era un caballero para ignorar la mano extendida.

—Señor Wheeler. Por supuesto… que sé quién es usted —devolvió el cumplido y fijó su atención en la dama que estaba junto al recién llegado—. Mamá —no había calidez alguna. Saludaba a una desconocida y al hacerlo se soltó de Claudia.

—Tyler —ella reaccionó con idéntica tranquilidad—. Vives en un lugar precioso.

—Me agrada —sus modales aunque impecables, eran distantes.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? ¿Té o café? —les ofreció Claudia.

—No, gracias, querida; comimos en el camino —Nancy sacudió la cabeza. Al volverse, observó a su hijo con una mirada burlona tan parecida a la de Tyler, que Claudia hizo esfuerzos por respirar—. Valor incitado por la bebida, creo que le llamarías así, Tyler —dijo ella, desafiante.

—¿Me conoces lo suficiente para calcular mi reacción?

Nancy soportó la recriminación con enorme fortaleza.

—Te conozco mejor de lo que crees, hijo. De alguna manera esperaba que no estuvieras aquí.

—Si hubiera sabido tus intenciones, te habría evitado un viaje inútil. Sin embargo, tu cómplice guardó el secreto —le dirigió a Claudia una mirada sombría.

—Tyler, ahora eres un hombre, no un niño incapaz de comprender lo que sucede —Nancy frunció el ceño—. Vine a aclarar las cosas —replicó, firmemente.

—¿Crees poder hacerlo? —su sonrisa parecía la de un cocodrilo que contemplaba la comida.

—Desde luego —demostrando su temple, Nancy permaneció impávida. Quitó el brazo del de Oscar, quien le envió a Claudia una sonrisa de entendimiento, y ella se dio cuenta que en Nancy había más de Tyler de lo que sospechaba. Su nerviosismo había desaparecido ahora que esa batalla al fin se impuso.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió, señalando la mesa y sillas en el patio—. De todos modos, le pediré a Mary que preparé el té. Hace tanto calor que creo que a todos nos caerá bien.

Cuando regresó a sentarse, se dio cuenta que Tyler se las había arreglado para estar lo más lejos posible de su madre. El corazón le brincó. ¿Por qué tenía que hacerlo tan difícil?

No obstante, Nancy parecía no darse cuenta.

—Estás muy bien, Tyler.

—Tú también, pero el dinero no disimula los estragos del tiempo, ¿no crees?

Para sorpresa de su hijo, Nancy rió.

—Supongo que sí, pero no me di cuenta. Hasta que me casé con Oscar, siempre trabajé. Primero en una granja, y sabes lo arduo que era. Cuando abandoné el hospital acepté cualquier trabajo, para sobrevivir. Al contraer matrimonio con Donald, trabajé porque me parecía importante tener mi propia identidad ya que Hollywood casi siempre es el cementerio de los matrimonios. El nuestro funcionó bien, tanto que no temí buscar de nuevo la felicidad después que él murió.

—Recuerdo que te dejó mucho dinero —Tyler no parecía impresionado.

—Pero ella no lo disfrutó —corrigió Oscar al tiempo que apretaba la mano de su esposa—. Hay muchas cosas qué admirar en tu madre, Tyler. Su fuerza y generosidad. Donó la fortuna de Donald a la investigación del cáncer, un gesto noble digno de ella.

—¡Tonterías! Tenía mi casa y mi trabajo. No necesitaba el dinero, y era preferible que ayudara a aquéllos que sufrían como Donald —aclaró Nancy.

—Tú y Claudia tienen muchas cosas en común —observó Tyler.

—Más de lo que supones. Por fortuna Claudia se liberó a tiempo, o quién sabe lo que hubiera ocurrido —su madre amplió la explicación.

—Es lógico que aplaudas a cualquiera que hubiera seguido tu ejemplo —afirmó con tono glacial, y Claudia sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Dios mío, no. Esperé demasiado tiempo. Los celos de Kit me ocasionaron una depresión nerviosa, y Claudia se salvó de ello. ¡Ah, el té! —exclamó Nancy cuando Mary apareció con una mesita de ruedas.

Tyler guardó silencio mientras tomaban el té. Nancy cambió el tema, comentándole a Claudia cómo marchaba hasta ese momento la gira de conciertos. Evidentemente había encontrado una estrategia de dar cierta información, si a Tyler le interesaba saber más, tendría que preguntárselo.

Poco después, Nancy bajó la taza y miró a su hijo.

—Hay varias cosas que me gustaría que leyeras. Te las dejaré de todas maneras, ya sea que sigas mi sugerencia o no. Oscar, ¿quisieras traerme el bulto que está en el coche? —lo vio alejarse antes de continuar—. Vine hoy porque estoy consciente que esta podría ser mi última oportunidad de verte. Me habría acercado a ti hace muchos años, si hubieras contestado mis cartas.

—Tienes mala memoria. Tú fuiste quien jamás contestó las mías —replicó Tyler de inmediato.

—Los dos nos escribimos, Tyler, pero ninguno recibió las cartas —Nancy suspiró—. ¿Qué supones qué ocurrió?

—¿Estás sugiriendo que mis abuelos las interceptaron? —Tyler frunció el ceño—. ¡No lo creo! ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Porque nunca me quisieron. Porque pretendían separarnos, y quedarse contigo.

Tyler abrió la boca, pero la cerró sin pronunciar una palabra. Se sentó y contempló el campo, pensativo.

Claudia intervino de prisa.

—Mencionó que estuvo en un sanatorio —le dijo, y Tyler miró a su alrededor, abruptamente.

—Es verdad —Nancy inclinó la cabeza, agradecida—. Lo irónico del caso fue que me desplomé cuando iba a buscarte, Tyler. Cuando salí seis meses después, estabas con tu padre. No te abandoné, aunque todo esté en mi contra, y después ya fue demasiado tarde. No contestaste mis cartas, y cuando murió Kit, sus padres me convencieron de que estabas mejor con ellos. Como te amaba, tuve que acceder. No espero que me creas… ha pasado tanto tiempo… nunca fue mi intención herirte, Tyler. Siempre te he querido mucho —le aseguró. Oscar regresó con un bulto grande, el cual Nancy tomó sonriente—. Gracias, querido —lo puso delante de su hijo—. Esto es para que lo leas, si quieres hacerlo. Si alguna vez decides oír mi versión de lo que ocurrió, ahí mismo encontrarás mi dirección. No es necesario que lo decidas hoy, ni el próximo año, pero sí antes de que me muera. Tienes tiempo suficiente… recuérdalo —Nancy se levantó, con los ojos bien brillantes—. Debemos irnos antes de permanecer más tiempo del conveniente. Claudia querida, espero que pronto nos volvamos a ver. Me hubiera gustado conocer a Natalie —una vez más, se volvió hacia su hijo—. Tyler, el orgullo es un consuelo mal entendido. No le vuelvas la espalda a la felicidad, por los errores que yo hubiera podido cometer. De hacerlo, te arrepentirías. Adiós, hijo; te deseo lo mejor.

Después de haberse despedido de Nancy y de Oscar con un beso, Claudia agitó la mano. Invadida por la emoción desvió la mirada hacia Tyler, quien se encontraba parado, como una estatua, junto a la mesa. No había respondido a las palabras de su madre, y Claudia sabía que Nancy imaginaba haber fracasado, no obstante su serenidad.

Con lentitud se acercó a él, quien contemplaba el coche y no parecía darse cuenta de su presencia. Al tocarle el brazo, él se encogió de hombros, con aversión.

—No me toques, Claudia —le advirtió.

—Tyler, por favor…

—No quiero oírte. Ya hiciste y dijiste lo suficiente en una tarde —agregó, cáustico.

Levantó los hombros, consciente de que él iba a sacar de su interior sus resentimientos hacia ella.

—¿Mirarás, cuando menos, las cosas que tu madre te dejó?

—Si quieres saber su contenido, es preferible que abras el bulto —

apretó los dientes y después de darle la espalda de manera intencionada, se alejó furioso.

Bajó la vista hacia la mesa y miró el bulto. Si Nancy lo había traído era una señal de que lo consideraba importante, quizá vital, lo que le daba autorización para abrirlo. Después de todo, Tyler mismo le había dado permiso, aunque con enojo.

Una vez desenvuelto, quedaron a la vista dos álbumes grandes. Después de hojear dos páginas, Claudia se arrellanó en una silla, absorta en su contenido. Si algo podía demostrar cuánto amaba Nancy a su hijo, era esto. Porqué eran álbumes de recortes, comenzado con el acta de nacimiento de Tyler e incluyendo desde la más pequeña mención de él como miembro del equipo de rugby de la escuela, hasta los artículos escritos sobre él hasta el momento. Y al lado de cada uno los comentarios escritos de Nancy, tan conmovedores, tan orgullosos, que Claudia sintió, deseos de llorar por ellos dos.

Era indispensable que Tyler los viera, y sabía dónde encontrarlo. Entró en el estudio sin llamar a la puerta y los puso frente a él. Abrió el álbum de arriba al azar, y con el dedo detuvo la página.

—Aunque nunca hagas otra cosa por tu madre, Tyler lee esto, y si al hacerlo no comprendes que estabas equivocado, muy equivocado, entonces nunca serás el hombre que amo —le confesó, ardiente.

Sin una palabra más se volvió hacia la puerta para salir. Ya había dicho todo lo que podía; el resto le tocaba a él.

Capítulo 9

—¡Claudia!

Al oír su nombre, Claudia se despertó de un profundo sueño, sobresaltada. Consultó el reloj despertador que marcaba cerca de las tres de la mañana.

Pensando que quizá Natalie la había llamado, caminó descalza hasta la habitación de la niña y asomó la cabeza. Su hija estaba profundamente dormida y la ausencia de Wendy demostraba que ella no la había llamado. Cerró de nuevo la puerta, imaginando que quizá había sido parte de sus sueños. Pero justo en el momento en que entraba en su habitación, se oyó un profundo quejido en el otro lado del vestíbulo. Sintió un escalofrío en la columna vertebral y el misterioso ruido le destrozó los nervios.

Caminó hacia la puerta de Tyler, escuchando con atención. No lo había visto desde que entró en su estudio después de almorzar. No salió a cenar y Mary le había comentado que no comió lo que le había llevado. Tampoco apareció antes que ella fuera a acostarse, cerca de la medianoche, y poco después oyó que subía por la escalera.

Su sueño no era tranquilo. A través del espesor de la madera, escuchaba murmullos vagos, y después un áspero "¡No!", la obligó a entrar al dormitorio.

Tyler estaba sobre la cama, sus movimientos violentos habían arrojado al suelo la sábana y su cuerpo aparecía desnudo frente a ella, bajo el resplandor plateado de la luna y cubierto de sudor. Era un espectáculo erótico que ocasionó que el pulso de Claudia se agitara y en las profundidades de su cuerpo sintió un deseo ardiente de entregarse a él.

—¡No, Claudia! ¡No te vayas! —el grito desesperado de Tyler la hizo volver a la realidad.

Agobiada por la certeza de que ella era parte de lo que él volvía a vivir, Claudia le retiró con la mano los mechones húmedos que caían sobre su frente y mejillas.

—¡Despierta, Tyler, despierta!

Manos inquietas sujetaron de inmediato las de ella, con una fuerza que Tyler mismo ignoraba, atrayéndola hacia su pecho.

—¡No me dejes, Claudia! ¡Ven!

Atrapada, Claudia endureció sus sentidos alborotados por esta cercanía imprevista, e hizo un nuevo intento de tranquilizarlo.

—Aquí estoy, querido. No voy a ninguna parte. ¿Me escuchas, Tyler? ¡Sólo fue una pesadilla!

Con lentitud, las manos varoniles le soltaron las muñecas. Al bajar

los ojos hacia su cara, vio que parpadeaba.

—¿Claudia? —su voz era confusa y ronca.

—Sí, soy yo —se humedeció los labios con la lengua—. Me gritaste en tu sueño. Tuviste una pesadilla.

—¿Una pesadilla? Oh, Dios, sí… ahora recuerdo —habló entre dientes.

—Sí… bueno… —Claudia contra su voluntad hizo el intento de separarse de él, pero de inmediato los brazos de Tyler la estrecharon con fuerza. Claudia se quedó inmóvil, sus ojos se clavaron en los de ella.

—Déjame amarte —suplicó, y la resistencia de ella se desplomó.

La habitación de inmediato se volvió cálida y sin aire cuando el cuerpo varonil revelaba su deseo por Claudia, y ella subió las piernas a la cama, permitiendo que su cuerpo tocara el de él. Tyler le bajó con la mano la cabeza hacia la suya, y era como estar dominada por un poderoso narcótico. La boca de él era cálida, sus lenguas se alocaron en un juego erótico.

¡Era tan agradable! La respuesta eléctrica de los sentidos de Claudia arrojó a los cuatro vientos toda prudencia, mientras empezaban el camino hacia el descubrimiento.

Durante largos minutos permanecieron en silencio, sus cuerpos agotados, no podían moverse. Por fin Tyler tuvo fuerza para cambiar de sitio, y Claudia se estremeció mientras que el aire frío tocaba sus cuerpos sudorosos. Sus párpados parecían más pesados después de una unión tan absolutamente satisfactoria, sin embargo no quería dormir, por temor a perder el prodigo del momento. Tyler apoyó la cabeza sobre su hombro, y ella pudo sentir que su respiración le movía el cabello.

Como soñando, lo acarició con la mano. Quería decirle tantas cosas.

—Tyler —pronunció su nombre, pero no se movió, porque estaba dormido.

Una sonrisa apareció en sus labios. No importaba, siempre había un mañana. Con un suspiro, dejó que el sueño también la venciera.

La luz del sol despertó a Claudia. Afuera de la ventana escuchaba el canto de un pájaro.

Un delicioso letargo la invadía como testimonio de lo ocurrido durante la noche. Se estiró sinuosamente, moviéndose con gracia inconsciente sobre las mantas frías, y al volver la cabeza hacia la almohada descubrió que Tyler ya no se encontraba en la cama.

La desilusión borró la sonrisa de sus ojos. ¿Por qué se había marchado sin avisarle? Le habría gustado despedirse de él en privado,

quizá hubieran hecho de nuevo el amor. La noche anterior había sido algo especial, un nuevo comienzo. Desde luego que eso no cambiaría pero habría sido más feliz con la presencia tranquilizadora de su cuerpo junto al de ella.

Consultó su reloj despertador. Eran las diez de la mañana. Con razón Tyler la había dejado sola. ¡Debió comenzar a trabajar varias horas antes! Quizá pensó que le hacía un favor, sin darse cuenta que a ella le hubiera tranquilizado su presencia, aunque fuera sólo en el desayuno. Ahora tendría que esperar hasta el almuerzo o afrontar su ira e interrumpirlo en su estudio. Una sonrisa sensual apareció en sus labios. Estaba segura que no le importaría la interrupción, no hoy.

Después de ponerse la bata, regresó a su propio dormitorio. Diez minutos después, estimulada por una ducha fría y con pantaloncillos turquesa y una camiseta blanca, bajó por la escalera.

Aunque no oía las voces de Natalie o de Wendy, alguien que cantaba en la cocina llamó su atención. Era Mary que amasaba una pasta. Sonrió al ver a Claudia, y se limpió las manos.

—Buenos días, Mary. ¿No le parece que es un día maravilloso? —la saludó con un gorjeo.

—¡Cielos, está muy contenta esta mañana! —Mary sonrió—. ¿Café? —se volvió hacia el percolador.

—Dos tazas, por favor. Lo tomaré con Tyler. Y sí, estoy contenta. Muy contenta —estuvo de acuerdo.

—Bueno —el ama de llaves llenó dos tazas—. ¡Creo que ya es tiempo! Tome las tazas y vaya corriendo. Me encargaré de que no los interrumpan.

—¡Es un tesoro!

Caminó hacia el estudio, rebosante de alegría. Después de abrir la puerta, saludó a Tyler, quien frunció la frente.

—Hola… el descanso para tomar café —puso las tazas sobre el escritorio, y después dio la vuelta para rodearle el cuello con los brazos—. Buenos días, mi amor —le acarició la mejilla con los labios —. Te eché de menos. ¿Por qué no me despertaste?

—Pensé que querías dormir —Tyler apartó la cabeza.

—Me importabas más que dormir —rió con voz ronca, mientras deslizaba los dedos dentro de su camisa.

Con las manos Tyler le sujetó las muñecas.

—Ya está bien, Claudia. No tengo tiempo para esto —le dijo, represivo.

—Siempre hay tiempo para esto —bromeó y le habría dicho más si no la hubiera empujado.

—¡Dije que no, Claudia! —repitió, poniéndose de pie y apartándose de ella.

—No comprendo. Anoche… —aturdida, bajó los brazos y lo miró

fijamente.

—Fue anoche —Tyler hizo una mueca—. Esta mañana estoy demasiado ocupado para juguetear.

—¿Juguetear? —exclamó, con los ojos clavados en su cara—. ¡Nos hicimos el amor, no jugueteamos!

—Quizá fue un error, pero… —respiró con fuerza.

—¡Me utilizaste! —gritó, interrumpiéndolo.

—¡Claudia, ahora no dispongo de tiempo para esto! —rechinó los dientes al tiempo que consultaba el reloj.

—¡No, anoche tuviste todo lo que querías! —se sintió enferma—. ¡No eres el hombre que creía! —con un grito ahogado corrió hacia la puerta, ignorando su petición de que se detuviera. Era preciso alejarse antes de quedar en ridículo.

En el patio se detuvo con brusquedad porque el ama de llaves dejó de limpiar, para mirarla sorprendida. Antes que alguna de las dos pudiera decir una palabra, unas pisadas detrás de Claudia la dejaron paralizada.

No era necesario volver la cabeza para saber que era Tyler, no obstante lo miró con ojos brillantes de amargura.

—Debo marcharme ahora y no sé cuándo regresaré. No tengo tiempo de explicártelo —señaló él en pocas palabras.

—No hay necesidad; comprendo —Claudia levantó los hombros.

A punto de decir algo, Tyler apretó los labios y cambió de opinión.

—Estaré en contacto.

—A Natalie le agradará —sonrió, mordaz.

Blasfemando entre dientes, él le dirigió una mirada fulminante.

—¡Al diablo! —exclamó furioso y unos minutos después se fue en el coche.

—¡Y al diablo contigo, Tyler Monroe! —susurró ella, controlando las lágrimas. Lo odiaba, se odiaba a sí misma, porque estaba consciente que fue una ilusa al creer que Tyler había sido sincero con ella, la noche anterior.

—¿Qué pasó? —Mary se acercó a ella.

—No quiso el café —Claudia rechinó los dientes.

—Supongo que discutieron. Estoy segura que el señor Tyler aclarará todo cuando regrese —dio un chasquido con la lengua.

—Lo dudo —Claudia tembló, abrazando su cuerpo.

—Sin duda lo hará. La ama, ¿no es verdad? —Mary no la dejó en paz.

—¿Qué supone usted?

—Oh, aunque no quiera aceptarlo, estoy segura de que sí. Debe darle la oportunidad de demostrárselo —le aconsejó el ama de llaves.

—Creí habérsela dado —Claudia rió con amargura.

—Los hombres son difíciles de entender, pero usted es una mujer.

Hay formas de descubrirle su juego —Mary le dio ánimo y Claudia suspiró.

—Sé que su intención es buena, Mary, pero no comprende —le dirigió una sonrisa forzada—. Voy a caminar un poco.

El ama de llaves, pensativa, la vio irse y un poco después su expresión cambió. Algunas veces, las personas necesitaban un pequeño empujón, y canturreando, regresó a su trabajo.

Los días siguientes fueron sombríos, ya que Claudia no dejaba de darle vueltas a lo que consideraba su estupidez más grande. Tenía la impresión de haberse traicionado a sí misma al ceder tan fácilmente, y si él la había usado fue con su consentimiento, lo que ocasionaba que se sintiera aún peor.

Al mismo tiempo estaba consciente que Natalie y Wendy comprendían que algo trascendental había ocurrido, aunque no se imaginaban qué. El resultado fue que Natalie empezó a pegársele como una goma; agradecía la preocupación de ambas, e hizo un esfuerzo por estar contenta, lo que le resultó más fácil a medida que pasaban los días.

Alrededor de ese tiempo, se dio cuenta de que Natalie y Wendy conversaban en voz baja. Supuso que tramaban algo, pero su curiosidad natural estaba embotada por asuntos más importantes. Había tomado una decisión. Cuando Tyler regresara, se iría. Ya se había puesto en contacto con varios agentes inmobiliarios para investigar sobre algunas propiedades.

Aunque no podía decirse que estuviera contenta, su orgullo la obligó a hacerlo. Permanecer ahí, le daría a entender al dueño de la casa que estaba dispuesta a convertirse en una aventura, lo que definitivamente no era el caso. De modo que parecía el final de algo, no el principio de una nueva vida con su hija. Sin embargo, puso la mejor cara que pudo, en beneficio de Natalie.

Una semana después que Tyler se marchara, desayunó en el patio. Cuando acababa de sentarse escuchó que Natalie la llamaba, cuando ella y Wendy caminaban hacia el césped. Con rapidez se las arregló para sonreír, la región vacía en su fuero interno empequeñeció al recibir el abrazo de su hija.

—¡Creí que nunca te levantarías! —la regañó Natalie al tiempo que robaba una rebanada de pan tostado del plato de su madre.

—No es tan tarde —protestó Claudia, a pesar de que se había quedado dormida. Le sonrió a Wendy al levantarse para unirse con ellas.

—Lo sé, pero deseaba preguntarte algo muy especial —explicó Natalie con la boca llena—. ¡He esperado horas!

—Oh, mi amor, lo lamento mucho —Claudia hizo un esfuerzo por no reír—. ¡De haber sabido, no habría dormido!

—En serio, mami, di que sí; le aseguré a Wendy que no te opondrías.

Su instinto maternal, la hizo sospechar.

—No puedo decirte que sí, hasta que me entere de lo que se trata.

—¡La playa! —Natalie exclamó con desesperación, ya que todo el tiempo fue obvio—. ¿Por qué no vamos a Gales? Podemos usar la cabaña de Tyler. Hace demasiado calor aquí. ¿Podemos ir? —suplicó con los ojos abiertos de par en par.

—¿La playa? —Claudia susurró, dudosa, mirando a Wendy quien se encogió de hombros.

—No veo por qué no. Natalie se encuentra bien. Pero le advertí que la decisión la tomaría usted.

Claudia inclinó la cabeza, pero no contestó de inmediato. La idea de ir a una cabaña en la playa resultaba agradable. Quizá era lo que necesitaba para olvidar algunas cosas. Tyler no tenía derecho a reclamar nada, ya que él mismo había desaparecido sin explicación alguna, dejándola a cargo. Además, si iba a independizarse, era mejor empezar ahora. Le dirigió a Natalie una sonrisa amplia.

—¿Por qué no? Me parece una magnífica idea. Podemos comer carne asada a la parrilla o cualquier otra cosa que nos apetezca.

Natalie se puso de pie para rodear el cuello de su madre con los brazos, casi estrangulándola.

—¡Fantástico! Sabía que ibas a decir que sí. ¿Podemos irnos… hoy?

—No veo por qué no —Claudia se dejó llevar por el entusiasmo de la niña—. Desde luego tendremos que hacer las maletas, y ver lo de la comida.

—Le diré a Mary. ¡Nos pondrá una canasta llena de comida! —opinó Natalie.

Con un suspiro, Claudia intercambió miradas con Wendy y las dos soltaron la carcajada.

—Tal vez no fue una buena idea —comentó Claudia con una sonrisa forzada.

—Oh, no lo sé; pienso que será benéfico para todas. Voy a hacer la maleta antes que Natalie se ponga insoportable.

Claudia terminó el café y también se levantó.

—En ese caso, la acompaño —las dos entraron en la casa, para poner en práctica sus apresurados planes.

La cabaña era muy antigua. Construida de piedra y techada con la mejor pizarra de Gales, estaba situada en la ladera al final de un

camino tranquilo. El jardín estaba cubierto de rosas que trepaban por las paredes y enmarcaban las ventanas inferiores. Más allá del jardín, un sendero llevaba a una montaña, desde la cual se oía el ruido del mar.

Tan pronto Claudia estacionó el coche, Natalie bajó para descubrir nuevos lugares, y las dos damas bajaron más despacio. Claudia buscó en su bolso de mano la llave que Mary le había entregado, y caminó hacia la puerta de enfrente que era la entrada a una enorme y aireada sala. Una puerta daba acceso a la cocina, la cual servía al mismo tiempo de comedor. Otra puerta descubría una escalera empinada que conducía a tres dormitorios, dos grandes y otro más pequeño, y el baño.

Natalie regresó y las tres sacaron las cosas y la comida de la maleta y se instalaron. Después estuvieron en la playa unas dos horas antes de tomar el té, y Natalie ya estaba bostezando agotada por el viaje y el entusiasmo. No objetó cuando la llevaron a la cama.

A las diez de la noche Claudia no pudo controlar más tiempo los bostezos. Wendy se había ya acostado y Claudia subió por la escalera hacia su habitación, y se quedó dormida, tan pronto como su cabeza tocó la almohada.

Al día siguiente estuvieron encantadas en la playa, sólo regresaron a comer a la cabaña y a las once de la noche dormían profundamente. Claudia no se dio tiempo para darle vueltas a los problemas. Aún faltaban algunos quehaceres domésticos y ella misma los realizó, rechazando el ofrecimiento de ayuda de Wendy. Porque el agotamiento le permitía dormir tranquila hasta que la luz del sol la despertara.

A media semana. Cuando llevó a Natalie al pueblo para abastecer las alacenas, Claudia se felicitó a sí misma por haber hecho bien las cosas. Casi no había pensado en Tyler… bueno, sólo una o dos veces al día y se hizo el propósito de olvidarlo por completo. Una vez en su vida la habían utilizado, pero no volvería a ocurrir. Aunque su corazón llorara, era algo más que sólo un cuerpo.

Una vez que terminaron de hacer las compras, Claudia permitió que Natalie le enseñara las ruinas de lo que alguna vez fue un espléndido castillo, y después comieron en la playa. Sonrientes, lucharon por construir un castillo de arena sin la ayuda de una cubeta y una pala. El único vestigio de la reserva de Natalie se había desvanecido, y día a día, forjaban vínculos que nada podría destruir.

Durante el trayecto a la casa cantaron canciones, y llegaron justo en el momento en que unos hombres salieron a cortar el prado. Wendy acaba de colgar el auricular cuando las dos entraron con los comestibles.

—¿Era para mí? —preguntó Claudia una vez que bajó la pesada

caja. El solo pensamiento de que pudiera haber sido Tyler hizo que el corazón le brincara, hasta que vio a Wendy sacudía la cabeza.

—No, señora Paterson —explicó la niñera y le sonrió a Natalie cuando se acercó a ayudarles a sacar las cosas—. Hablaba con mi madre —indecisa, hizo una pausa—. No recuerdo si le comenté que ella vive bastante cerca. Mis padres tienen un rancho —levantó una vasija y la estudió, como si tuviera la facultad de hablar—. Pues… sé que es un atrevimiento, pero quizá no se opondría a que los visitara por la noche. Sería necesario que me prestara su coche. Me quedaré a pasar la noche con ellos, y regresaré mañana por la mañana.

—Desde luego que estoy de acuerdo, Wendy. En realidad, debí haberlo pensado antes. Llévese mi coche —Claudia insistió de inmediato.

—Gracias. Una cosa más. ¿Podría acompañarme Natalie? Le prometí llevarla a ver los animales. Están a solo diez kilómetros del valle, de modo que no iré lejos.

Claudia se quedó estupefacta, pero al ver la mirada expectante de su hija, no se atrevió a negarle el permiso. Después de todo, tomaría únicamente unas cuantas horas.

—Si digo que no, de alguna manera no creo que mi vida valdría la pena de vivirse —rió con pesar—. Está bien, puedes ir, pero si no te portas bien, Natalie, no te daré permiso otra vez —le advirtió.

—Te prometo que me portaré, bien —respondió Natalie con una sonrisa.

—Hmm —Claudia susurró, dudosa y le tomó la mano—. Ven, vamos a hacer tu maleta. Y debes ponerte jeans y zapatos cómodos. Si no me equivoco, los ranchos son lugares sucios. ¡Estoy segura que vas a divertirte mucho!

Una hora después, se despidió de ellas. Su sonrisa desapareció, cuando el silencio fue su única compañía. Tenía la sensación de que estaba abandonada, lo cual era absurdo porque Natalie regresaría mañana.

El resto de la tarde lo dedicó a cortar el césped y a arreglar los arriates. Después de inspeccionar su trabajo, satisfecha entró en la casa y se dio un agradable baño de tina con su aceite favorito.

Después, arropada con su bata de seda, se lavó y secó el cabello, preparó café y emparedados y los llevó a la sala, acostándose en el sofá con un libro. Pero apenas lo había abierto cuando el ruido de un coche que se acercaba a la cabaña rompió la paz del valle.

Dada la hora, la suposición más lógica era un conductor extraviado en el camino, que de manera brusca terminaba frente a su puerta. Durante su corta estancia en este lugar, ya había pasado una o dos veces y tuvieron que solicitarles que les indicaran la forma adecuada de ir al pueblo. Aunque en el día no era peligroso, por la noche todo

cambiaba.

Al darse cuenta que la bata era lo único que llevaba puesto, comprendió que no era la ropa adecuada para recibir extraños. Sin embargo, ya no le dio tiempo de subir a cambiarse, pues el coche se había parado y las pisadas del conductor se escuchaban en el camino. Aunque lo esperaba, un fuerte golpe en la puerta la sorprendió.

Después de apretarse el cinturón de la bata, se puso de pie. Cuando estaba a punto de abrir, una idea tomó forma en su mente, y levantó la voz.

—Natalie, por favor deja al perro en la cocina.

Con la esperanza de que fuera una advertencia de que no estaba sola en la casa, quitó el cerrojo.

Al abrir la puerta y ver al visitante, las palabras murieron en sus labios.

—¡Tyler!

Capítulo 10

—Sí, Tyler —aceptó con voz de trueno, y dando un paso hacia adelante, obligó a Claudia a retroceder por la fuerza de su presencia. La puerta se cerró detrás de él.

Desconcertada, no pudo hacer otra cosa que mirarlo. En el rostro del recién llegado había huellas de cansancio, pero la emoción predominante era la ira. Su cabello demostraba falta de cuidado y su cuerpo rígido indicaba sentimientos fuertes contenidos. Al recordar cómo se habían separado, su regreso le resultaba incomprensible, pero un momento después entendió todo. No le agradó que ella se burlara de sus órdenes.

La indignación vino en su defensa. Ella también tenía derechos. Que no pensara que podía intimidarla, ¡sólo por no haberle pedido permiso de llevarse a Natalie!

—¿Huyendo de nuevo, Claudia? ¡Parece que se te ha vuelto un hábito! —rechinó los dientes.

La acusación la sorprendió tanto, que no pudo evitar que dos manos fuertes esposaran sus hombros, lastimándole la piel. Pero en vez de sacudirla salvajemente como su mente absorta esperaba, la movió a tirones hacia adelante hasta hacerla casi caer sobre su pecho.

Una mano le soltó el hombro para aprisionar un mechón de pelo, echándole la cabeza hacia atrás, y no tuvo más alternativa que mirarlo, confundida por el cauce que habían tomado los acontecimientos.

—Dios, podría matarte —Tyler habló entre dientes—. Esta es la última vez que huyes de mí. ¿Me entiendes, Claudia? La última vez.

No entendía nada; sólo estaba consciente de que necesitaba tranquilizarlo.

—Sí. Sí, comprendo —y de inmediato se encontró más cerca del varonil cuerpo, su cabeza apoyada sobre el hombro de Tyler. La apretaba como si nunca fuera a soltarla.

—¿Por qué diablos lo hiciste? —refunfuñó Tyler—. ¿Por qué me fui? Dije que regresaría. ¿A dónde más podía ir? Diablos, sé que nunca lo confesé pero pensaba que lo sabías.

Lo único que sabía era que un cúmulo de emociones se estremecían en su interior.

—¿Qué cosa? —susurró ella, al tiempo que buscaba la luz.

—Que te amaba. Que al fin había aceptado cuánto te necesitaba —su voz no podía ocultar la verdad de sus palabras—. Cuando volví a casa, y Mary me informó que te habías marchado, no podía creerlo. Y cuando me di cuenta que te habías llevado todas tus cosas, me quedé

anonadado. Creí haberte perdido para siempre, y que era mi culpa por ser tan ciego y obstinado.

Claudia respiró, vacilante. ¿Le habría dicho Mary que se había ido? ¿Había escondido las pertenencias de ella para apoyar la mentira? Parecía increíble. ¡Sin embargo no tan increíble como el hecho de que Tyler hubiera venido a buscarla!

—Comprendo —el corazón le dio un brinco—. ¿Y entonces Mary te informó que me encontraba aquí? —se vio obligada a cubrir la charada del ama de llaves, pues ahora comprendía todo a la perfección. Él la amaba. ¡En verdad estaba enamorado de ella!

Tyler la soltó un poco para verle el rostro.

—No te enojes con ella. Al verme destrozado, me comentó que pensaba que yo podía tener una última oportunidad. Que si te decía exactamente cómo me sentía, podría hacerte cambiar de opinión. Sé que no tienes motivos para confiar en mí, pero si regresas conmigo, te prometo que nunca jamás volverás a dudar que te quiero.

En un momento le había dicho dos veces las palabras que jamás pensaba escuchar. Olvidó las heridas, olvidó todo, excepto lo que sus ojos y oídos le decían.

—¿Todavía quieres matarme? —lo miró con ojos cálidos y luminosos.

—No, quiero casarme contigo cuanto antes. ¿Estás de acuerdo?

—Te quiero —Claudia levantó el brazo libre para acariciarle con suavidad la mejilla—. ¿No comprendes que quiero esta junto a ti, envejecer contigo? Sí, nos casaremos.

—Gracias —Tyler le dio un beso en la palma de la mano—. No te arrepentirás.

—Nunca me he arrepentido de quererte, Tyler, no podría.

—Estoy de acuerdo con Mary, no te merezco —levantó la cabeza y le sonrió.

—Mary es una mujer maravillosa, pero no siempre tiene razón — ¡pero se las arregló para manipular a Tyler!—. Pareces cansado.

—Estoy agotado, pero valió la pena —confesó.

Claudia se soltó de sus brazos, sintiéndose un poco culpable.

—Me acabo de preparar café y emparedados. ¿Por qué no te quitas la cazadora y te pones cómodo, mientras los traigo? —susurró ella—. ¿Te gustan de queso y tomate? —le preguntó mientras lo observaba quitarse la cazadora y sentarse en el sofá, moviendo los músculos del cuello y hombros.

—Magnífico, gracias —levantó los ojos con una sonrisa.

—En un momento los traigo —Claudia caminó hacia la cocina pero de nuevo se dio la vuelta—. Oh, en cuanto a Natalie… —comenzó, pero Tyler la interrumpió.

—Ella no sabe nada de esto. Mary le pidió a Wendy que la llevara

a ver el rancho de sus padres.

—Oh, está bien —en la cocina sacudió la cabeza, asombrada. La única forma que Mary estuviera enterada del paseo al rancho, era que todo hubiera sido cuidadosamente arreglado. Ahora ya no le quedaba duda. Si Wendy estaba en la conspiración, Natalie debía estarlo. Supuso que debía mostrarse enojada. Habían tramado todo para que Tyler viniera a buscarla, ¿pero si él no lo hubiera hecho? Sin duda que la amaba. ¿Cómo podía estar enojada?

Después que terminaron su sencilla comida y estaban sentados en el sofá, Claudia intentó explicarle.

—Tyler, con respecto a mí salida…

Se volvió hacia ella, para tomarle las manos entre las suyas.

—No hay nada que explicar. Fue una lección que yo necesitaba aprender. Para saber en realidad el valor de algo, es necesario estar a punto de perderlo, como me dijiste tú, y es verdad. Quiero hacerte una pregunta. Me agradaría muchísimo una vez que estemos casados, adoptar a Natalie. ¿Tendrías alguna objeción?

—Desde luego que no —su emoción entorpecía su voz.

—Quiero que seamos una familia, Claudia —los ojos azules la miraron con suavidad.

Soltó las manos sólo para rodearle el cuello, las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Yo también lo deseo, con toda mi alma. Pero no quiero que sea la única hija, sino que tenga hermanos.

—En vista de lo que te quiero —con los pulgares le limpió las lágrimas—, estoy seguro que hay muchas posibilidades. Te quiero, Claudia. Nunca lo dudes.

Después de mirarla por largos minutos, le besó los labios con suavidad hasta que ella le correspondió, y lo abrazó con fuerza, sus manos ascendieron por su espalda mientras sus labios se hacían caricias.

Los dos respiraban con dificultad cuando se separaron. Los ojos azules brillaban mientras él miraba la cara levantada. Los ojos de Claudia enviaban un mensaje que no necesitaba interpretación.

La respuesta de Tyler fue inmediata. Dejó que sus manos descendieran por su hermoso cuello, deteniéndose de los dedos de Tyler mientras bajaban hacia el escote de su bata, separando los bordes para desnudar sus senos para deleite de sus manos y calor de su mirada.

Cuando sus manos apretaron su suave redondez, Claudia no pudo respirar y cerró los ojos cuando una ola de deseo la invadió. Nada podría igualar el placer de sentir las manos de Tyler sobre su cuerpo. Sólo podía pensar en la fiebre de su sangre que vibraba en cada poro, convirtiendo sus terminales nerviosas en conductores del poderoso

deseo.

Con respiración acelerada se separaron para enfocar sus miradas, buscando y encontrando las respuestas a innumerables preguntas.

—Te quiero —la voz de Tyler era casi imperceptible. Sus manos descansaban sobre el cuerpo de ella, y el dominio de sí mismo temblaba a lo largo de su cuerpo.

—Hazme el amor —con las manos que se estremecían, tanto como las de él, trató de desabrocharle la camisa, pero sus dedos chocaban y fue Tyler quien se la quitó de prisa; después se hincó frente a ella para desabrocharle el cinturón y deslizarle la bata desde los hombros hasta las caderas.

Las manos grandes apretaron la cintura de Claudia y la atrajo hacia él, creando una caldera burbujeante dentro de ella para corresponder el deseo que reflejaban los ojos de Tyler, cuya intensidad la hizo temblar. El pulso le latía de manera acelerada, y con un gemido de placer cayó entre los fuertes brazos que la envolvían. Acomodó su cuerpo con el de Tyler, sus brazos le rodearon el cuello, y echó la cabeza hacia atrás mientras se regocijaba en sentir las manos varoniles que acercaban sus caderas hacia las de él.

En tanto se dejaban acariciar por el luminoso resplandor, su respiración agitada poco a poco se tranquilizó, y Claudia permaneció con los ojos cerrados pues una languidez voluptuosa la rodeaba. Casi parecía que era la primera vez en ellos, como si hubieran empezado un viaje de exploración y al final encontraban un nuevo mundo.

El suspiro de ella más bien parecía un ronroneo de felicidad.

—¿Contenta? —sonrió Tyler aún con la cabeza apoyada sobre su pecho.

—Maravillosamente contenta —Claudia enrolló en el dedo el cabello de su acompañante.

Durante un rato no dijeron nada, contentándose con estar uno en brazos del otro y disfrutar la cercanía que alguna vez creyeron perdida para siempre. Pero una vez que el fuego de la pasión se había apagado, quedando sólo débiles rescoldos encendidos, Claudia decidió que era el momento de buscar algunas respuestas.

—¿Por qué te marchaste de esa forma? —tan pronto pronunció estas palabras, percibió una nueva tensión en Tyler.

—Demonios, lamento lastimarte, Claudia. Esa noche fue fantástica, pero me hizo preguntarme todas las cosas en que creía. Cuando llegaste a mi estudio, lo único que me interesaba era estar contigo, pero existían cosas que tenía que hacer. Cosas que no podía explicarme. Lo que no podía informarte, Claudia, era que iba a ver a mi madre —le explicó con brusquedad.

—¡Oh, Tyler! —el corazón de Claudia casi estuvo a punto de detenerse.

—Cuando la vi… cuando leí aquellos álbumes… ya no pude seguir odiándola por más tiempo —en su voz se adivinaba el dolor, y ella cerró los ojos.

—Sabía que no podrías. ¿Crees que ella te quiere?

—Si esos libros no son una muestra de su amor, entonces no sé qué sea. Tengo suficiente tiempo para enmendar mis errores… muchas heridas tendrán que cicatrizar. Ahora sé que mis abuelos me mintieron; me hicieron creer que yo no le importaba a mi madre. Lo importante es que se me dio la oportunidad de aclarar las cosas con ella. Estuvimos todo el día juntos y creo que empezamos de nuevo. Después me quedé en el apartamento de un amigo para reflexionar, porque estaba en peligro de perder lo que más quería… tú. De modo que volví a la casa para decirte que te amaba.

—Y ya me había marchado —la desilusión arreboló sus mejillas—. Lo siento, pero estoy feliz por lo ocurrido entre tú y Nancy. Cuando se quiere a alguien, jamás es demasiado tarde. ¿Volverás a vería pronto?

—Aún tenemos mucho de qué hablar. Le informé que los invitamos a nuestra boda, y te manda su cariño —reconoció Tyler.

—Me encantaría, y quizá Oscar pueda llevarme al altar —Claudia sintió que su corazón, lleno de felicidad, podría estallar.

—Causará una verdadera sorpresa —Tyler levantó la cabeza—. Igual a la de Natalie cuando lleguemos a la casa y le digamos que vamos a casarnos.

—Creo que habrá varias sorpresas —señaló riendo, al imaginar la expresión de Tyler cuando Natalie regresara en la mañana.

—¿De qué te ríes? —preguntó Tyler con el ceño fruncido.

—Nada —ella sonrió—. Nada en verdad.

Con un suspiro Tyler rodó sobre su espalda para que la cabeza de ella se apoyara en su hombro.

—Estás loca —opinó Tyler, y en silencio Claudia estuvo de acuerdo. Locamente enamorada de él y no lo hubiera aceptado de otra manera.

Fin